



*La inocente
pregunta de
Fuencis*

MARISA MAVERICK



La inocente pregunta

de

Fuencis

La inocente pregunta

de

Fuencis

MARISA MAVERICK

Los nombres, hechos y lugares que aparecen en esta obra son totalmente ficticios.

Cualquier parecido con la realidad es producto de la casualidad.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea por fotocopia o cualquier medio electrónico. Grabaciones o cualquier otro método sin el permiso previo del autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito.

Obra inscrita en Safe Creative: 1906051079264

Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual con fecha 21 de junio de 2019

Diseño de cubierta: Tiaré Pearl

Registro de cubierta en Safe Creative: 1906201218536

Registro de logotipo de autor en Safe Creative: 1802135773281

Imágenes: Shutterstock

Primera edición: julio, 2019

©Todos los derechos reservados

©Marisa Maverick, 2019

www.marisamaverick.wordpress.com

*Ya te has recreado en el sueño.
Llegó el día de hacerlo realidad.*

María Coca Duarte



En el presente...

Cogió la blanca camisa de lino de manga larga, que descansaba sobre la cama de matrimonio, y se dirigió al balcón poniéndosela con un ágil vuelo que acarició su robusta espalda. Ya en el exterior, tomó una profunda y lenta inspiración mientras la tenue brisa ahuecaba la liviana prenda despegándola del moreno y poderoso torso.

Le gustaba impregnarse de ese olor a salitre tan peculiar que solo el mar Jónico poseía, sin duda influenciado por su fuente mediterránea, aventuraba él.

Y también, como ya era rutina desde el primer día que llegó al hotel, dejó vagar la vista por el insondable azul de sus aguas, que a esa hora del atardecer adquirirían unas tonalidades tan mágicas que invitaban a sumergirse en ellas en un relajante y sensual abrazo.

Le vino a la mente el baño del día anterior, justo a la hora del crepúsculo, las risas compartidas y el voluptuoso cuerpo que, tembloroso, se refugiaba entre sus brazos al abrigo del oleaje, que solo a su alrededor parecía manifestarse bravo al hacer que entrechocaran una y otra vez, hasta que él la pegó a su torso. Aún creía sentir las manos de ella deslizarse por la humedad de sus hombros, para terminar enlazadas en la nuca.

—Jamás lo olvidaré. Nunca.

Esas palabras, roncas por la emoción que le saturaba la garganta y dichas, sin detenerse a pensarlas, en su lengua materna, fueron pronunciadas con firmeza al suave viento que le acariciaba el húmedo y ondulado cabello; sin embargo, este se las devolvió en forma de tsunami emocional al inspirarle una posibilidad de...

La diaria y conocida melodía interrumpió el pensamiento que estaba a punto de completar, dejándolo con una sensación de frustración que le hizo fruncir el ceño. Contrariado, regresó al dormitorio y se dirigió a la mesa de madera blanca que estaba pegada a la pared, a la izquierda, y sobre la que se encontraba el culpable de su repentino enfado.

—*Pronto...*

Sabía de antemano que ese saludo la molestaría.

—¿Cómo que *pronto*? ¡Que soy tu madre!

Sonrió con malicia, le encantaba provocarla desde que tenía uso de razón, lo que terminó convirtiéndose en un juego entre ellos que siempre acababa en

tablas, pues nunca estuvo en el ánimo de ninguno el herirse. Desde que empezó a balbucear las primeras palabras, su madre se empeñó y obstinó en que con ella solo hablara en español, consiguiéndolo, pues decía que su padre y el resto de la sociedad ya se ocuparían de que aprendiera el idioma del país que era su hogar. Así que cuando quería irritarla le hablaba en italiano, como era la situación en la que se encontraban.

—Tenía mis dudas, *mamma. Come stai?*

La oyó rezongar.

—Definitivamente tendré que ir a buscarte y...

La carcajada de él no dejó que la terrible amenaza se completara.

—Estás muy gracioso, hijo —le dijo Ana.

Esta se hallaba en su casa de Florencia, un impresionante ático de dos plantas ubicado en un elegante edificio del siglo XIX, próximo al Duomo, y desde cuya terraza se podían divisar los principales monumentos florentinos. Llegó a esa ciudad, hacía ya muchos años, para estudiar Bellas Artes, y acabó enamorada de lo que la impresionante urbe le ofrecía y del «hombre más guapo del mundo», como ella seguía denominándolo.

—Y también muy feliz, mamá. Estos días de descanso están siendo muy placenteros —se sinceró con su progenitora, pero se arrepintió al segundo de la última frase.

El sonido seco de una ventana cerrarse de golpe le indicó que era tarde para rectificar o buscar una explicación que no sonara muy increíble, así que se quitó la camisa, cambiándose el móvil de una mano a otra, y la colgó del respaldo de la silla que había junto a la mesa; de esa forma evitaba arrugarla al sentarse en la cama con la espalda recostada en el cabecero. Barruntaba lo que se le venía encima.

Ana, en efecto, que hablaba con su hijo mientras admiraba por millonésima vez la cúpula de la catedral de Santa María del Fiore, obra de Brunelleschi, percibió un matiz en la voz de él que hizo que todas sus alarmas maternas se dispararan; por lo que dejó de lado la vista de la antiquísima construcción y se centró en lo único que importaba.

—Explícame eso, Dago. —Ahí estaba, cuando lo llamaba por su nombre era imposible hacerla cambiar de tema—. Llevo tres días sin hablar contigo, solo algún wasap de saludo y nada más, y conste que no te controlo, pero...

—Mamá, que soy mayorcito, ¿no crees? Te puedo recordar los años que tengo si es que tu memoria empieza a fallar —la retó con total descaro, cruzando las piernas sobre el colchón.

La oyó chasquear la lengua.

—No hace falta... —y añadió—: todavía. Además, para mí, siempre serás un bebé —suspiró, y una sonrisa ladina se empezó a dibujar en el maternal rostro, que no delataba en absoluto los años que corrían por sus venas—. Un bebé que pesó al nacer algo más de cuatro kilos, ¡si te traje al mundo ya medio criado, por Dios!, y que según las enfermeras, y fueron muchas, tenía los...

—¡Mamá, ya vale! —protestó azorado, como siempre que ella comentaba ese hecho que tanto lo abochornaba.

—¡Más grandes que habían visto en un recién nacido! ¡Y no eran pocos! —remató con dificultad entre risas al imaginarse la previsible cara avergonzada de él—. Y ahora detállame eso de *placentero* —incidió en la última palabra con voz cantarina—. Te escucho.

Derrotado, se pasó una mano por la cara. A su madre le daba igual que fuese un adolescente de quince años o un hombre adulto de cuarenta y siete, quería estar al tanto de cualquier cosa que le afectara, y no importaba de qué

se tratara. Nunca había tenido problema en abrirle su corazón, ¡quién mejor que una madre para aconsejar de buena fe! A pesar de creer en ello, no siempre siguió sus recomendaciones, y en alguna que otra ocasión bien que lo lamentó, pues se habría evitado descalabros que hieren y que solo el paso del tiempo sana.

No obstante, y en esta ocasión, no quiso dar muchos detalles. Aún tenía que madurar el pensamiento que la llamada había interrumpido. Movi6 la cabeza a un lado y otro, «¿a quién quiero engañar? *Estaba decidido incluso antes de planteármelo*», tuvo que admitir para sí.

—¿Sigues ahí?

Por un segundo, llevó la vista al blanco techo antes de responder.

—Me refería a que estoy pasando unos días de descanso físico y mental. Además, el hotel está mejor de lo que esperaba; el nombre de Aphrodite Apartments no me terminaba de convencer, lo sabes, pero ha sido una sorpresa...

—¡Ajá, hombre de poca fe! Todo eso está muy bien y me alegro mucho. Has tenido un año académico muy estresante —comentó mirándose la perfecta manicura francesa y sin dejarse embaucar por la maniobra de despiste de su vástago—. Tantas conferencias... ¿Quién iba a pensar que la historia medieval pudiera interesar de esa manera? —le lanzó con premeditación.

—Muchas gracias, mamá. Muchas gracias por tu confianza —ironizó—. Siempre he dado muchas charlas y asistido a congresos. Además, mis clases son amenas, por ello tengo tantos alumnos y...

—Sí, por eso y porque estás en el mercado de hombres macizos disponibles, ¡y no me repliques, que soy mujer y tengo ojos en la cara! ¿O por qué, si no, asisten cada vez más *alumnas*?

—¿Te volviste loca? ¡¿Mercado de hombres macizos disponibles?! — fingió escandalizarse—. ¿Se puede saber qué estás leyendo últimamente?

—¡Déjate de tonterías! —lo cortó, apenas contenida la risa que su tono de falsa irritación le provocaba—. Ya en serio, sabes que tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti. El apellido Strozzi ha aportado mucho a la cultura en general, y tú, hijo, no ibas a ser menos —lo halagó con voz suave, dejando ver su adoración.

Dago hinchó el pecho de satisfacción. Ser el titular de la cátedra de Historia Medieval en la universidad de la ciudad que lo había visto crecer era un sueño hecho realidad. Dejó salir el aire con paciencia, a la espera, pues las frases de su madre solo eran un canto de sirenas que conocía sobradamente.

—Hay una mujer involucrada en tu estado de total relajación, ¿verdad? — afirmó con la certeza de que así sería.

—Todo lo que hemos hablado para llegar a este punto, *¡santa Madonna!*

Acompañó la exclamación con un exagerado aspaviento de exasperación, aunque esperaba la pregunta desde que atendió su llamada.

—Venga, no seas así; no quería ser muy directa —se disculpó de manera falsa y con total descaro.

—Sí, ya —aceptó a regañadientes—. Bueno, ¿qué quieres saber?

—¡Todo! ¡Detalles! —Y como conocía la capacidad de su hijo para divagar, pensó que era mejor que ella llevara el control del interrogatorio, pues de eso se trataba: de un interrogatorio en toda regla—. Yo pregunto y tú respondes, ¿de acuerdo, *figlio*? —intentó engatusarlo, melosa.

Dago comprobó la hora en su reloj de pulsera y observó que apenas faltaba algo más de media hora para la anhelada cita.

—Bien, pero solo tengo quince minutos —mintió impunemente—, todavía

he de vestirme y no *queremos* —enfaticó— llegar tarde.

Oyó a su madre murmurar por lo bajo, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y esperó la batería de preguntas.

—Se trata de una mujer.

—Sí, así es —respondió muy escueto—. Y creo que esa afirmación sobraba.

—No, podían ser varias —se defendió con una pueril salida para no darle la razón a su hijo; en efecto, no había estado brillante—. ¿Es famosa, rica?... Lo digo porque ahí abundan —añadió veloz mientras su marido entraba en el salón y se dirigía hacia ella para tomar asiento a su lado.

—No es famosa ni rica, pero no me extrañaría que un día lo fuera. De hecho, me encantaría que eso sucediera.

—¿Ah, sí? —Sonrió ante la rápida curiosidad de su madre mientras oía a su padre saludarlo y a ella regañarlo por interrumpir, lo que provocó una carcajada en su progenitor—. ¿Y eso por qué?

—Porque, sin duda, se lo merece.

—¿A qué se dedica?

—...

—Comprendo, no me vas a responder.

Hubo unos segundos de silencio que él aprovechó para devolver el saludo a Rinaldo, su padre.

—¿Cómo se llama? ¿De dónde es? —le lanzó, al tiempo que abría la aplicación de Facebook en su móvil para buscar el nombre que le dijera.

—Eso da igual. —Descruzó las piernas y bajó una del colchón, agradeciendo el frescor del mosaico del suelo en la planta del pie. El día

había sido bochornoso por el alto grado de humedad—. Lo importante es que es una mujer muy transparente en lo que dice y muestra, en sus emociones... Optimista, de gran vitalidad y con inquietudes que yo comparto.

En Florencia, Ana y Rinaldo intercambiaron una inteligente mirada al percibir a su hijo muy interesado en esa desconocida. Por un lado, se alegraban de que volviera a abrirse al mundo; sin embargo, eso no disminuía el lógico temor que, como padres, tenían ante otro posible desengaño.

—*Figlio mio* —carraspeó suavemente Ana antes de proseguir—, tu padre y yo nos alegramos mucho de lo que nos cuentas, y cuando se entere tu hermana... se volverá loca, lo sabes; pero, tranquilo, no le diremos nada, ya lo harás tú en su momento. Solo... actúa con juicio, precavido. Sé que me vas a decir que no eres un chiquillo, que ya has aprendido... Pero...

—*Sii felice, caro figlio.*

Esas cuatro palabras, dichas por su padre, hicieron que se le formara un nudo en la garganta por el profundo deseo de felicidad que le transmitían, y lo imaginó enjugando las lágrimas de su madre, pues estaba seguro de que ese era el motivo de que ella no hubiese seguido hablando.

—*Grazie, papà.* —Se aclaró la voz antes de continuar—. Tengo que colgar. Hablamos mañana. *Ciao.*

Dejó el teléfono sobre la cama y se levantó para dirigirse al balcón, serio, la vista perdida en el horizonte, escondido el sol tras él.

A su mente acudió cómo había transcurrido la noche anterior, y sin percatarse de ello se encontró sonriendo. La amena conversación, alguna que otra nueva confianza, el ocasional pero provocado roce de sus manos, el íntimo baño en el mar... Inconscientemente, se pasó una palma por la barba de varios días.

La breve charla con sus padres solo había servido para afianzar su decisión.

—¿Qué pierdo por intentarlo? —cuestionó a la suave brisa que placenteramente lo envolvía—. Nada, ¡absolutamente nada!

El tañido lejano de una campana lo hizo volver a la realidad y darse cuenta de que tenía el tiempo justo para terminar de alistarse.

Presuroso, se puso la camisa dejándola por fuera del pantalón, también blanco de lino. Se dirigió al armario para coger los cómodos mocasines marrones de Ferragamo y calzarlos. Peinó con los dedos su rebelde cabello mirándose en el sencillo espejo de pared, pintada de azul, y bajo el cual se hallaba la mesa sobre la que estaba su bolso bandolera, guardó en este el móvil y las gafas; observó que sus ojos parecían más verdes que nunca, quizás por la nueva ilusión que hacía que el corazón le martilleara con ímpetu, dedicó un guiño a su imagen y se marchó.

De espaldas a la puerta del hotel y desde el mirador que sobre la colina se alzaba en la amplia explanada, que también servía de aparcamiento privado para los huéspedes, Dago admiraba la iluminada bahía a sus pies. La moto alquilada hacía cuatro días, y que resultó ideal para los recorridos que habían hecho, esperaba a sus dueños a pocos metros de donde él se encontraba.

Echó un rápido vistazo la hora en su reloj: las ocho y media, justo la acordada para encontrarse. Se giró y sintió que el pulso se le disparaba al verla descender los cuatro escalones de la entrada principal.

Con urgencia, empezó a salvar la distancia que los separaba sin perderla de vista. Recreándose en el ondulado cabello, que descansaba sobre sus bronceados hombros; envidioso del vestido largo, de algodón en color turquesa, que se agitaba con soltura en torno a su cuerpo por el armonioso y

sugereute cimbrear de las caderas que envolvía. Observó que llevaba en una mano un chal blanco y un pequeño bolso de rafia, mientras que con la otra se apartaba el rebelde mechón de pelo que insistía en descansar sobre sus expresivos ojos.

Se sabía perdido en la sonrisa de ella, en su caminar... Suspiró profundamente y alargó la mano derecha para tomar, sin permiso, la de esa mujer que lo había sacado del largo encierro emocional autoimpuesto.

Aspiró el sutil aroma que la envolvía acercándose a su cuello, ansioso pero lento, sin prisa aparente. Tuvo la certeza de que estaba viviendo un momento cuyo recuerdo lo acompañaría el resto de sus días. Extasiado, le besó la tibia piel apenas posando los labios en ella, como el delicado aleteo de una mariposa, para murmurar embrujado:

—*Bella, la più bella.*



Casi año y medio atrás...

—Mi color va a ser el naranja —decido mientras parpadeo ante la irritante luz del espejo que hay sobre la encimera de mármol blanco del baño, y que abarca los dos lavabos.

—Seré una naranjita alegre y vitalista.

Dejo el monólogo para lavarme la cara y seguir con el ritual de aseo. Soy una convencida de la influencia de los colores en las emociones y en un estado

mental positivo. Por eso hoy elijo ese, porque necesito un chute de entusiasmo y creatividad, que les he dado vacaciones a las musas, demasiadas, y las necesito de vuelta a la voz de ¡ya!

Después de la ducha con agua calentita, que es como me gusta, me estoy cepillando los dientes cuando veo entrar a Rick, mi marido; en realidad se llama Ricardo, pero prefiere esa cursilería. Según él, suena internacional; será que como trabaja de auditor en una firma inglesa se sentirá mimetizado con sus superiores.

¡Anda! *Mimetizado*, hacía tiempo que no usaba esa palabra, me la apuntaré.

Le doy un *buenos días*, casi ininteligible, y me devuelve un gruñido. ¡Pues empezamos bien el día y la semana! Me enjuago y salgo rápido para dejarlo solo, no es agradable verlo hacer sus necesidades, ¡¡puaf!! Esa costumbre suya es algo que, en casi veinte años de matrimonio, no he conseguido que entienda que me repugna.

Un vaquero; camiseta blanca termal; jersey grueso de lana, naranja, de cuello amplio, y botines con el interior de borreguito. El cabello lo he recogido en una cola alta; preferiría llevarlo a mi aire, pero a mi marido no le gusta, lo prefiere liso y recogido; bueno, no cuesta darle ese capricho. No me he pintado la raya del ojo, que hoy parecen más grises, ¿por qué no lo hago?, porque no me apetece, aún estoy medio dormida.

Ya arreglada, me dirijo a despertar a las dos marmotas que tenemos de hijos: Ricardito y Luis, de dieciocho y dieciséis años; muy estudiosos y buenos chicos. No resulta tarea fácil traerlos del mundo de los sueños. El mayor es clavado a su padre tanto físicamente como en el carácter, de mí no tiene nada; ahora, el pequeño sí ha heredado mis rasgos, y es lo único. Como dice mi amiga Carmen, que es muy graciosa: «¿Nueve meses cargando con

ellos para esto?». Y es que sus tres hijos son una reproducción exacta del padre; antojos de la genética.

Después de unos cuantos zarandeos enérgicos, destaparlos y levantar las persianas, incluido algún que otro salto para esquivar ropa y calzado desperdigados por el suelo, me marché a preparar el desayuno.

¡Por todo lo que se menea! ¡Se va a quedar ronco el *celu* de tanto pitido! Sí, *celu*, tengo amigas al otro lado del charco y me han pegado algunas palabras y expresiones. Vivo en Boadilla, muy cerca de Madrid, en la urbanización Las Lomas; mis suegros nos regalaron el terreno en el que nos hicimos la casa, hace ya...

—¡Mamá, no hay leche!

—¡Oh, Dios mío! No podré superarlo. Creo... Creo que llamaré a los bomberos. ¡No! Mejor al Grupo Especial de Operaciones —divago con cara de horror ante el reclamo de mi hijo mayor mientras echo dos pastillitas de sacarina en mi té.

—Buenos días, ¿qué pasa? —pregunta el hombre de la casa, entiéndase mi marido.

Ha elegido un traje azul marino, camisa blanca y corbata celeste, le favorece a su piel bronceada... en una cabina de rayos UVA. Yo, personalmente, me niego a usarlas, prefiero estar blanca como la pared a jugármela en el futuro con algún problema de piel. Pero, como él dice, son opciones. También observo que se ha recortado un poco la barba. Le gusta cuidarse: comidas, gimnasio... Ya lo dicen mis amigas: tu marido está bueno. En fin...

—Pues que estoy desolada, no hay leche en la nevera —suspiro

hondamente—. Y, claro, dar tres pasos a la despensa para coger otra botella... no es una opción, ¿verdad, Ricardito? —apunto con retintín.

—Haz caso a tu madre.

Y problema resuelto. ¡Qué fácil! Con cinco palabras ha arreglado la catástrofe, y mi hijo obedece como un corderito; ahora, si se lo mando yo, ¡ni puñetero caso!

—Y da los buenos días, hijo —le dice el padre después de dejar un beso en mi coronilla.

—Sí, eso. Y, por cierto, se acabó lo de Ricardito si no quieres que te llame por tu nombre completo —me amenaza mi primogénito antes de engullir una tostada de un solo bocado.

Miro a su padre, de pie, apoyado en el borde de la encimera y vertiendo un poco de leche en su café. Me dedica un alzamiento de cejas que ya sé lo que significa: aguántate.

—¿Y puedo saber cómo habré de dirigirme a vos, insigne cabeza pensante? —le lanzo con sorna.

Observo que parte del Cola-Cao de su cuchara se ha quedado en el camino entre el tazón y el bote. Respiro hondo para no regañarlo por... ¡Ni sé el número de veces que le he dicho que sea cuidadoso!

—¿Cómo quieres que te llamemos, hijo?

Su padre siempre tan conciliador.

—Ricar —desvela sin quitarme la vista de encima, ¡cómo me conoce!

—¿Solo Ricar, o Ricar con *de* al final como el anís? Lo que prefieras. — Y no me puedo aguantar de añadir—: Soy tu criada, tu esclava... Ordenas y obedezco —concluyo, mordiéndome el labio para no estallar en carcajadas y ocultando el rostro en una reverencia.

—¡¡Con *de*!! ¡Ricard! —estalla malhumorado. ¡Qué poco sentido del humor tiene! Igualito al que lo engendró.

—Perfecto, no te enfades y contrólate, ¿de acuerdo..., Ricardddd? —Accedo a su pedido alargando la última letra hasta el punto de que por poco me trago la lengua.

—Eres imposible, mamá —farfulla entre sorbo y sorbo, que le deja una línea marrón a modo de bigote y evito comentar.

Hace el amago de levantarse, pero soy rápida y llego a él para darle un abrazo, esos que él escatima tanto por lo arisco que es.

—Venga, me parece muy bien —lo calmo sin soltarlo—. ¿Cuándo tienes exámenes? —me intereso mientras le echo el flequillo a un lado e introduzco los dedos entre las finas y onduladas hebras de su cabello.

—En dos semanas. Hoy a las cinco voy a una asamblea.

—¡¿Ah, sí?!

Miro a Rick y lo veo encogerse de hombros. Está poco hablador, que tampoco es raro, pero hoy más.

—Sí, queremos organizar una manifestación para la defensa de...

—¡Muy buenos días, gente! —nos interrumpe Luis entrando en la cocina como un ciclón—. ¡Voy tarde! ¡¿Quién me lleva?! ¡Rápido!

Y llegan las prisas y las carreras, para no variar. Que si desayuna algo... Que si lo haré en la cafetería... Que si vienes a comer, le pregunto a mi marido... Que si ya te avisaré... Total, la rutina de todas las mañanas de lunes a viernes.

¡Ay! ¡Cuánto he echado de menos mi rincón! Después de que se marcharan

los tres como si los persiguiera la policía, recoger los restos del desayuno y charlar un ratito con Fina, la señora que viene una vez por semana a limpiar, enciendo el ordenador y empiezo por ojear las redes sociales.

Incontables notificaciones de Facebook, algunos mensajes en el chat preguntando por mi novela... ¡Sí! Ya me pican los dedos de las ganas que tengo de empezar a teclear. Me pongo al día, lo que me lleva casi media hora, ¡el tiempo vuela! Y por fin introduzco el lápiz negro USB y abro el archivo de mi manuscrito: *Imposible, amor*, de la maravillosa y divina... ¡María Coca Duarte!, es decir: ¡yo!; esos apellidos son un homenaje a mis raíces castellanas y andaluzas.

Miro alrededor, el despacho de Rick es un culto a la armonía y el orden, y eso me pone nerviosa. No soy una mujer desordenada, pero no busco ni me preocupa la perfección, como él. Así que ya tengo sobre la mesa de pulida madera mis cuadernos de anotaciones y los bolígrafos con los que me gusta escribir, además de una pluma, todo desperdigado. Mi pequeño y temporal caos en su metódico espacio.

En este punto, abro en el móvil mi cuenta en Spotify y elijo música romántica, lo necesito para el capítulo que voy a iniciar. Será el tercero, y pocos más subiré al blog: *Un mundo por inventar*, en donde tengo algunos relatos. He decidido dar el salto a la autopublicación, por lo que mis lectoras, que son muchas, tendrán que esperar para saber cómo continúa la historia entre Maribel y César, los divinos protagonistas.

Fijo la vista en la pantalla y pienso en cuánto me gustaría que mi familia supiera lo que hago. Aún recuerdo el golpe de risa de Rick cuando le comenté sobre la idea de escribir una novela, pues de lo que ya he escrito ni pregunta. ¿Por qué no me da un voto de confianza? Y mis amigas igual, salvo Carmen, ni siquiera tienen una pizca de curiosidad... ¡Bah!, no importa, yo me lo he

propuesto y sigo adelante, tengo ilusión y fe; nadie me va a mover de ahí.

Releo lo último que escribí, hemos estado tres días en la casa que tienen en Cercedilla unos amigos de nuestra pandilla, y entre las cuatro parejas que éramos, más ocho chicos, me resultaba imposible juntar dos letras. La música instrumental me relaja e inspira, las ideas fluyen y... César me habla...

Apenas había dado unos pasos por el amplio pasillo que lo llevaba a las habitaciones de su padre cuando ese olor, que se estaba volviendo adictivo, lo golpeó con fuerza y sin compasión. Sabía qué significaba: ella había llegado.

Instintivamente, se ajustó el nudo de la corbata de seda y, sin detenerse, miró su imagen fugazmente en el espejo que, a su derecha, dejó atrás. Nervioso como un chiquillo en su primer día de colegio, y no eran los problemas de salud de su progenitor los que le ponían en ese estado, sino *ella*; la mujer que había conseguido alterar su ordenada vida y controladas emociones como ninguna otra. La mujer que lo tenía en tal estado de excitación que lo obligaba a desahogarse en soledad, algo que odiaba profundamente.

Dos golpes con los nudillos en la madera ricamente labrada advirtieron de su entrada a las personas que se encontraban al otro lado. Todo fue a peor desde el instante en el que ese aroma a lavanda, fresco y penetrante, inundó sus sentidos y lo hizo tambalearse breve e imperceptiblemente.

Y de nuevo su insatisfecho miembro reclamó una atención que, sabía, no cesaría hasta poseerla, hasta hacerla suya una y mil veces, y otras mil. Estar con otra no servía de nada, como comprobó la noche anterior; al contrario, tan solo consiguió frustrarse aún más, pues se vio obligado a complacer a su ocasional y exigente acompañante, cuando lo único que él deseó al mirar el cuerpo desnudo que se le ofrecía sin pudor fue irse.

Sin embargo, se propuso culminar en un intento de borrar esa obsesión que lo martirizaba hasta en sueños; pero resultó inútil. Así que se limitó a desahogarse y darle un corto placer a ella, lo justo para contentarla. Puro sexo, y no precisamente del bueno.

¡UF! ¡Uf! Esto se pone calentito. Repaso por encima lo anterior, no está mal. Sigo, que hoy estoy inspirada...

Allí estaba la diosa que le impedía centrarse en su trabajo, en... su vida, acomodando unos almohadones tras la cabeza de su enfermo padre. ¡Bendita la hora en la que contactaron con esa empresa de ayuda profesional y personalizada a domicilio! No les enviaron una enfermera, sino un ángel, «*mi ángel, ¿o será mi personal demonio?*», pensaba sin apartar los ojos de su cuerpo, vestido por un pantalón y blusón amplio, blanco; admirando el castaño cabello, recogido en un informal moño. Observó sus pequeñas manos..., que él ansiaba acariciar y que, también, le recorrieran la piel hasta abrigar su hombría y...

—Buenos días, César —lo saludó ella, dedicándole una sonrisa que lo desarmaba.

No conseguía encontrar las palabras adecuadas que, además de saludarla, contuvieran todo lo que quisiera decir; así que se limitó a un breve y seco *buenos días* que fue recibido con calidez, o eso quiso creer.

Se acercó al lecho de su progenitor y lo besó en la frente con el deseo de que se recuperase pronto del maldito ictus que lo tenía así, postrado en la cama con el lado derecho del cuerpo paralizado; sin embargo, si él se recuperase... Ese pensamiento inconcluso le mortificó por ser el propio de un mal hijo.

—Hoy está muy animado. —La oyó decir refiriéndose a su paciente.

—Sí, yo también.

«*Yo también*», y sonrió en su interior. «*Si supieras por qué lo estoy...*». Moría por meter las manos bajo su ropa y acariciar la ambrosía de su sexo mientras con sus espectaculares piernas se anclaba a él, a la cintura... Y, contra la pared de la habitación contigua, la poseía fuerte, duro, hasta que gritase de puro gozo y...

—¡¡Fuencis!! ¡¿Pero dónde estás, chica?!

¿Que dónde estoy...? Sigo entre los brazos de César desde esta mañana, ¡Dios mío, qué hombre!

Se me han pasado las horas volando. Rick, al final, me avisó de que no vendría a comer, como los críos; así que he aprovechado para darle a la tecla con ganas, las mismas de... ¡mi César! Y obvio, se me olvidó que venían a merendar mis amigas. Y ahora tengo a Carmen aquí pegada, en la cocina, ayudándome a llevar en dos bandejas el café, el té...

—¿Ya se han acostado? ¿Cuándo podré leer el siguiente capi? Él tiene que ser potente, bestial. Venga, habla, que por tu cara seguro que has escrito algo... ¿guarro? ¡Me encantaaaa!

La miro como si no la conociera.

—A ti se te ha ido la cabeza para no volver jamás, chica. Mi César no hace cosas guarras.

—¡Claro que no! *Nuestro* César solo folla como lo hacen los dioses cuando están muy necesitados, ¿verdad? Es decir: siempre empotrando.

—¡Mira que eres burra! ¿Dónde está el romanticismo, la ternura...? —la provocho por puro placer, pues ya sé su respuesta.

—¿Dónde?... Esto es sexo, amiga, desenfrenado sexo del bueno con un pedazo de hombre que te vuelva los ojos del revés.

Y la veo irse con una bandeja, dejando un profundo suspiro en el aire. Carmen no tiene remedio, comprendo por qué Juan, su marido, que trabaja en Hacienda, después del tercer hijo se hizo una vasectomía; con esas ganas de marcha no hay anticonceptivo que aguante el ritmo... Ella es mi lectora cero, la única, pues Sonia y Celeste no pusieron interés en leer; de hecho, ni me

preguntan. Así que de este proyecto solo sabemos nosotras dos.

Llevando lo que falta de la merienda, voy a la sala de estar y me uno a ellas y a su conversación preferida: los tíos tan buenos del gimnasio. ¡Vaya novedad! Sé que no lo admitirían ni bajo tortura, pero esa es la excusa para machacarse allí tres veces a la semana; de lo que yo paso olímpicamente, ya tengo a mi Cé... ¡Por Dios y el que lo abatanó, qué obcecación!

—Mucho ejercicio... —les digo, ya sentada en uno de los butacones libres y en torno a la amplia mesa rectangular de madera—, pero a la hora de comer...

Me responden con miradas asesinas y sin desviarse del asunto que las tiene tan entusiasmadas. Las aprecio, las quiero, somos una piña, a pesar de que en algunos aspectos no me entiendan. Nos conocimos al ir nuestros hijos al mismo colegio aunque, alguno de ellos, en diferentes cursos por el tema de la edad. Y los cuatro matrimonios nos volvimos inseparables, ya que ellos también congeniaron de maravilla.

Sonia y Rodrigo tienen una hija, Estrella, de la edad de mi Ricardi... ¡Dios!, de mi Ricard; a veces bromeamos con que si un día se hicieran novios... Él tiene el concesionario de una marca de coches de alta gama en Madrid; es un hombre muy educado, cariñoso y único como vendedor, ¡un verdadero peligro!, pues es capaz de convencerte de que si quieres ser feliz, necesitas uno de los vehículos que representa. Mi amiga es un poco estirada, elitista; pero como ya la conocemos, ni caso. A pesar de su diferencia de caracteres, forman una pareja muy unida.

Celeste está medio loca, tal cual, y soy generosa. Siempre organizando excursiones y haciendo planes para cada día de la semana. Al igual que Sonia, no trabaja fuera y también es bastante pija; estudió la carrera de Física y Química, y aún no me explico cómo no voló la universidad con alguno de sus

experimentos; sin duda, es la más vitalista de nosotras. Su marido, Fernando, es socio de un bufete de abogados muy renombrado; tienen dos hijos: Fernando, el mayor, y Topacio, sí, como la de la telenovela...

—Para el próximo puente, el de Semana Santa —apunta Celeste después de haberse comido dos magdalenas enormes, ¡dos!—, he pensado que vayamos a Arenas de San Pedro.

Carmen y yo nos miramos, perdidas, y pregunta:

—¿Dónde coño está eso?

Ella siempre tan expresiva.

—En Ávila —le responde mientras anuda bien sus carísimas deportivas. Se endereza, cruza las piernas y se suelta el largo cabello, castaño con mechas claritas, que lo llevaba recogido con dos pinzas de pedrería; muy estilosa ella—. Os va a encantar, la casa es...

—¿Y qué se nos ha perdido allí? Seguro que es un sitio de lo más deprimente. Además, ¿con quién has consultado? —se revuelve Carmen contra la proposición.

Celeste y Sonia cruzan una rápida mirada. ¡Ay! Ellas ya lo han hablado.

—Solo hemos buscado sitios que no estén muy lejos y que sean cómodos para todos —defiende Sonia, lo que confirma mi sospecha.

—Ya. —Carmen deja su taza, vacía, en una de las bandejas y se recuesta en el sillón, frunce los labios, pensativa—. ¿Y si vamos a la playa? Podemos ir cogiendo color para el verano, que esta y yo parecemos dos hojas de papel.

«“¡¿Esta?!”». Vale, se lo perdono porque es verdad. Sin embargo, no se libra de una patadita de mi parte en el tobillo, que no le hace ni cosquillas al llevar botas, su calzado preferido.

—Los sitios de playa siempre están atestados en esas fechas, pues todo el

mundo piensa como tú. Hay que ser originales y...

—Ávila, a tragar nieve —corta Carmen la explicación de Celeste, la cual vuelve a su argumento.

—... y nuestros maridos podrán relajarse. Dejadlo en mis manos como siempre, que nunca fallo.

Sonia empieza a toser tan fuerte que, por un momento, nos asusta, hasta que hace un aspaviento de que se encuentra bien.

—Espera, que te traigo un poco de agua —le digo incorporándome.

—Mejor la botella de ron, así me tomo otro carajillo —me pide con voz entrecortada y el rostro enrojecido.

Accedo y oigo a Celeste que le dice:

—Recuerda que hemos venido en tu coche...

—Yo controlo, tranquila. Bueno, y ya que está decidido eso, ¿habéis pensado algo para el verano?

¡¿Cómo?! ¡¿Ya está decidido?! Espero que Carmen proteste, pero no dice ni mu, la veo muy ensimismada en sus pensamientos mientras dejo la botella de Bacardí en la mesa. No le doy más importancia porque una idea, que lleva días rondándome, me asalta de nuevo.

—Sí, podemos ir a Zahara de los Atunes o a Cádiz, están muy cerca una de la otra... Playas interminables, arena blanca...

Si no fuera porque estoy pensando en lo mío, diría que estoy viendo un anuncio de televisión pero sin la modelo en bikini. Y no filtro.

—Nosotros no iremos.

Tres pares de ojos me taladran.

—Explícate.

Me molesta un poco el tono imperativo de Celeste, que tampoco es nada nuevo.

—Nosotros haremos un viaje por nuestra cuenta —adelanto con una seguridad que no tengo, pues mi marido no tiene ni idea de esto.

Sonia enarca las cejas y le da un sorbo a su taza como si le fuera la vida en ello; Carmen se reacomoda en su asiento, igual que la que va a ver una película interesante, y Celeste...

—¿Qué opina Rick? —me demanda con tono de ¿ironía? Y no me gusta ni un pelo.

—Le parece bien.

¡Zasca! ¿Qué le importa lo que él opine?

—Yo no estoy tan segura —insiste con chulería.

Me estoy cabreando, una cosa es que le aguantemos sus aires de marquesa y otra, muy distinta, que me vacile. Hago un breve taconeo para echar fuera los nervios y la miro con mi mejor cara de benevolencia.

—¿Te ha comentado algo?

Como me diga que sí... ¡La hundo!

—Nada, no hace falta —suspira con una resignación y confianza en sus palabras que parece que habla con una idiota—. Es solo que ya sabemos lo que le gusta que estemos siempre juntos.

Carmen y Sonia parecen que están en un partido de tenis, limitándose a mirarnos alternativamente.

Sonrío de forma exagerada, tengo una rabia por dentro que no me extrañaría empezar a echar espuma por la boca; no obstante, me tomo un tiempo en contestar y me acuerdo de una escena de mi novela en la que viene

que ni pintada la respuesta de mi adorado César.

—Bueno, un cambio de vez en cuando nunca está mal, ¿verdad?

La merienda con las chicas no dio para mucho más, pues enseguida llegaron mis hijos y ellas se marcharon a sus casas. Preparar la cena, interesarme por su día de instituto... Rick que venía con dolor de cabeza... En fin, que las horas pasaron rápidas y aquí estamos, en la cama.

Después del rifirrafe con mi amiga, no he podido quitarme de la cabeza ese plan que tan segura les expuse. A ver, lo pasamos genial a donde quiera que vamos, los chicos se llevan estupendamente, pero...

Dejo el libro que estoy leyendo, *Noches en Florencia, 2. La alondra*, sobre la mesita de noche que tengo a la derecha. Me incorporo un poco, doblo por la mitad mi almohada y recoloco el tirante del camisón que se ha deslizado por el hombro, los uso de verano incluso en pleno invierno.

Lo observo, totalmente pendiente del programa deportivo que están echando en el televisor, de pantalla plana; y eso que dijo que se iba a dormir rápidamente... Lleva puesto un pijama de algodón, a cuadros pequeños azul y blanco, de camiseta con manga larga para no enfriarse, pues le gusta dormir con los brazos por fuera del edredón.

—Cariño... Quería comentarte una cosa —le digo mientras me giro a él un poco.

—¿De los niños? —No aparta la vista de la pantalla—. ¡Maldita sea, será cabrón! ¡¿Pero dónde tiene los ojos ese inepto?!

No necesito mirar para saber que se refiere a alguna decisión arbitral en contra de su equipo de fútbol favorito; aun así, fastidia que no me preste atención.

—No, no es de ellos.

—Estupendo... ¡Pero claro que tiene razón! ¡Eso era fuera de línea, imbécil! —increpa de nuevo, ayudado de un obsceno aspaviento.

Tomo aire y me vuelvo completamente a él, observo su perfil; no es un hombre... guapo de morirte, pero tiene magnetismo, de ese que atrae a las mujeres. «Resultón», como se autodenomina cuando le advierto de que alguna lagarta lo mira. Yo creo que es el conjunto, pues si examinas por separado sus ojos, el perfil de la nariz..., casi dirías que es del montón.

—Cariño, he estado pensando que...

—No gastes tu linda cabecita, nena, yo me ocuparé de lo que sea.

¡Odio! ¡Odio cuando se pone en este plan de marido paternalista con tintes omnipotentes! Me apoyo en el codo izquierdo y lo miro directamente a la cara.

—¿De qué te vas a ocupar si no he terminado de decirte lo...?

—Un momento.

Coge el mando a distancia, apaga el televisor y lo vuelve a dejar en su mesita de noche. La habitación se queda iluminada solo con las dos pequeñas lámparas de lectura. Con que le hubiese bajado el sonido habría bastado.

—Rick, no es necesario que...

Y lo vuelve a hacer. Sabe que me irrita, pues lo hemos hablado dos millones de veces, pero nada.

En un nanosegundo lo tengo sobre mí, besándome como si me faltara el aire. ¡Que no me quejo, oye! ¡Que besa de lujo! Sin embargo, vuelve a usar la táctica de siempre cuando no quiere que se hable de algo.

Como usamos almohadas independientes, y me ha pillado por sorpresa,

estoy entre las dos y con él casi aplastándome mientras mete una mano bajo el camisón, pellizca mi cadera e inmediatamente se dedica a toquetearme los pechos.

Respiro por la nariz. ¡Me asfixio!

—Riiii...

Intento moverme bajo su peso, y lo único que consigo es que se acomode entre mis piernas. ¡Anda que lo he arreglado! Hago fuerza con mis manos en sus hombros para apartarlo, consiguiéndolo a medias.

—Espera, espera —balbuceo con jadeos agónicos, sintiendo su pelvis embestir una y otra vez a la mía.

—Chisss, calla.

Y vuelve a las andadas: beso de exploración profunda y toque mamario. ¡¿Pero por qué es tan primitivo, tan poco delicado?!

—Ya sé lo que necesitas primero.

¡¿Seguro?! Porque yo creo que no tiene ni puñetera idea, jolines. Claro, esto me es imposible verbalizarlo pues no me da respiro. Me viene a la mente un reportaje que vi sobre los animales en no sé qué selva: el felino persigue a su presa hasta agotarla y...

¡Y soy gilipollas! Mientras divagaba con esa estupidez, él ha cogido de mi cajón el tubo de gel lubricante vaginal, me ha puesto toda pringosa y... ¡Está helada!

—Cariño, hablemos un segundo —le pido con una calma que alguien me ha debido de prestar.

—Disfruta, tonta...

¡Juro que lo intento! Que procuro centrarme en sus caricias, olvidarme de

todo... Pero mi mente no me da tregua y grita algo ya viejo: «¿Es así como lo quieres? ¿Dónde está el romanticismo, el flirteo, ¡los preliminares!?».

Noto la tela de mis braguitas en un tobillo. Deslizo una mano por su espalda, palpo su nalga izquierda y, un poco más abajo, el pantalón, que ni siquiera ha llegado a quitarse; total, para qué si esto va a ir rápido...

Y no sé si es por la rabia de que me maneje así o por el desencanto de ver en qué se ha convertido nuestra intimidad, pero muevo la cabeza a un lado y otro, lo empujo con brusquedad con las manos e intento quitármelo de encima ayudándome con una rodilla.

Se detiene y me mira con una cara de asombro que le dura cinco segundos.

—¿Qué pasa? —Frunce el ceño—. ¿No quieres?

Su tono duro y de reproche me encabrona como no imagina.

—¿Es que siempre haces igual! —espeto sin contenerme, tampoco lo intento—. He tenido una idea y quiero que...

—¿Hablar?! ¡¿Haces que me pierda mi programa favorito para... hablar?! ¡Creí que querías sexo! Es lo que intento darte si me dejas, obvio.

Ya me ha cabreado; bueno, ya lo estaba.

—¿Sexo?... ¿Por qué no dices hacer el amor? ¡Mierda, que soy tu mujer!

Ha pegado un salto de la cama y se ha subido el pantalón. Sin querer, porque no tengo el ánimo para eso, he visto que apenas tenía a su «colega» erecto, así lo llama él. ¡Sí que se ha venido abajo pronto! ¿O es que eso era lo único que iba a haber? Lucho con todas mis fuerzas para que no pase, pero pierdo la batalla miserablemente: una sonrisita se instala en mi cara; suerte que no la ve.

—Ya sé que eres mi mujer. No hace falta que me lo recuerdes, y menos

con esos modos.

Informa mientras vuelve a acostarse, recoloca su almohada y me da la espalda. Respiro en profundidad para serenar los nervios, no quiero que nos durmamos enfadados, es algo que siempre hemos procurado que no pase, aunque últimamente... Y tampoco quiero pensar en eso de que no hace falta que se lo recuerde, puede ser tanto bueno como malo; mejor dejarlo por hoy.

Me pongo bien el camisón y me deshago de la desertora braga.

—Cariño, escucha, que te va a gustar —le digo casi en un susurro, zalamera—. Llevo días pensando...

—Tengo sueño, Fuencis, y me duele la cabeza. Ya me lo contarás en otro momento.

Apaga la lámpara de su lado, escupe un *buenas noches* atropellado y... nada más.

¡¡NA-DA-MÁS!!



Llevaba quince minutos al amparo de la marquesina de la parada de autobús, cansada y desesperada por el retraso de este. Miró de nuevo su diminuto reloj de pulsera, ajustándose luego la manga, tendría el tiempo justo para comer y... La bocina de un coche, que se había detenido frente a ella, la sacó de sus lamentaciones.

El vehículo tenía los cristales tintados en negro, así que se limitó a observarlo sin moverse de su lugar. De pronto, el de la puerta derecha delantera fue accionado y comenzó a descender suavemente, dejando ver al conductor.

—Maribel, suba...

¡Psss...! No sé, no sé. Me da la impresión de que está un poco flojo; bueno, tomo nota y en el segundo repaso lo tendré en cuenta.

¡Uff! Es que así no se puede, o me centro o esto no sale. Tamborileo con los dedos sobre la mesa, cojo un bolígrafo e, inconscientemente, me lo llevo a la boca y lo mordisqueo. Echo un vistazo al reloj de pared y veo que son cerca de las tres. He quedado con Catalina, mi suegra, a las cinco y media en una cafetería de El Palacio, un centro comercial que a ella le gusta mucho y queda cerca de aquí. A ver qué me cuenta, tiene la habilidad de sorprenderme siempre con algo, y pocas veces bueno.

Aunque para sorpresas la que se ha llevado su hijo. Si se pensaba que el disgusto desaparecería con dos carantoñas, ya ha visto que no. Dejo el boli en la mesa y me levanto para dirigirme a las puertas que dan acceso al porche. Aparto a un lado la cortina y apoyo un hombro en el marco. Paseo la vista por el jardín, que ya necesita una buena poda, y me fijo en la vacía piscina.

Qué buenos ratos hemos pasado ahí con los chicos enseñándolos a nadar, tan pequeños... De barbacoa con los amigos... Rick y yo bañándonos a la luz de la luna, desnudos, disfrutándonos, amándonos... ¿Cuándo fue la última vez que lo hicimos? Y que los críos sean mayorcitos y puedan sorprendernos no es excusa, pues hay muchas noches que las pasan en casa de sus amigos.

Me arrebujó en el chal, que siempre llevo cuando escribo, un escalofrío recorre mi espalda con lentitud. Hoy hace ocho días desde el fiasco de aquella noche. En otras ocasiones, le he seguido la corriente cuando no ha querido conversar de lo que yo le proponía y ha usado la cama para distraerme. Sin embargo, el lunes pasado, y no sé el motivo, hubo algo diferente. Esa prisa... Sentí que me tocaba como por obligación, no percibí deseo en él, sino indiferencia, frialdad... Igual que si lo estuviera haciendo de forma

mecánica... Te acaricio aquí, aquí y listo... Quizás sea el resultado de tantos años de matrimonio, la rutina...

Lo cierto es que no hemos avanzado nada. Al día siguiente llegó tarde a casa, lo justo para preparar el equipaje e irse a dormir, pues por la mañana salía de viaje rumbo a Barcelona; tenía que dirigir al equipo encargado de la auditoría de la empresa textil que un consorcio qatarí va a comprar, y regresó el sábado por la tarde.

No soy tonta, sé que me ha estado rehuyendo, y, francamente, también tengo mi amor propio y no he querido dar el brazo a torcer. Pero esta situación se acaba hoy. He dejado que Ricardito y Luis pasen la noche en casa de unos amigos; si tenemos que discutir, que es posible que pase, no tienen por qué enterarse.

Además, que quiero cambiar la dinámica en la que hemos entrado como pareja, punteo el suelo con el pie derecho, ¡ya estoy nerviosa! Tenemos que darle un giro a nuestra relación, encender de nuevo esa pasión que hace tiempo se apagó; sé que es un tópico, pero es la verdad. Aunque el cambio no va a ir por el camino que a él le gustaría, ¡ja!, eso lo tengo bien clarito; y espero que él también.

Y hablando de cambios... César puede tener una mano en la palanca de cambios del coche y... ¡Sí, sí, sí! Vuelo al portátil, me siento con rapidez a la mesa y empiezo a teclear...

—¿Maribel? Vamos, no creo que tarde en empezar a llover.

¿Qué hacía él ahí? Dio unos pasos al frente y al quedar desprotegida, fuera del cerramiento lateral, el viento agitó con furia su bufanda verde haciéndola estremecer.

—Te lo agradezco, César, pero estoy segura de que...

No siguió hablando al verlo apearse del coche, bordearlo y dirigirse a ella. Miró a lo lejos por si el autobús venía; sin embargo, lo único que divisó fue el intenso tráfico de conductores que, seguramente, se dirigían a sus casas a comer, lo mismo que ella quería hacer.

—No admito discusión, y menos con este frío.

Y así sucedió. Abrazada por la cintura y pegada al costado de él, se sintió empujada con suavidad pero de forma decidida hacia el interior del vehículo, donde le ajustó el cinturón de seguridad. Acto seguido, y a través del parabrisas, lo observó dirigirse de nuevo a su asiento, rápido, tras el volante.

Con soltura, lo vio incorporarse a su carril, el de la derecha, y luego subir la calefacción, detalle que agradeció. De reojo, se centró en la mano que reposaba en el pomo de cuero de la palanca de cambios: varonil, grande, morena. Era la primera vez que, con claridad por la cercanía, podía comprobar que no tenía marca alguna de haber llevado anillo, lo que la llevó a amonestarse por fijarse en ese punto, pues... ¿qué le importaba a ella!

—No tenías que parar. El autobús estaba a punto de llegar —habló para que su mente dejara de fantasear con él y su atrayente anatomía; lo que no sería la primera vez.

—No, habrías esperado unos veinte minutos.

Maribel lo miró asombrada, tanto porque conociera ese detalle como por la turbación que le provocaba la visión de su perfil. La pilló desprevenida al girar el rostro a ella, la intensidad de su mirada la obligó a romper el contacto visual y centrarse en la cremallera lateral de su bolso, lo más interesante del mundo en ese momento.

Otra vez de reojo, atisbó que sonreía ligeramente mientras cambiaba a una marcha más corta. El magnetismo de ese hombre era incuestionable, como el hecho de que podría tener a la mujer que quisiera solo con chasquear los dedos... César Valbuena Núñez de Azcárate; moreno de ojos azules, alto, elegante, educado... y rico. «*The man*», pensó en su básico inglés, y sin darse cuenta suspiró profundamente.

—¿Estás bien, Maribel?

La mano de él sobre su muslo no ayudaba a reaccionar de forma coherente. Sentía la leve presión sobre el tejano, y se alegró de no llevar falda, pues el contacto habría sido más directo, más... mortificante incluso.

—Sí, sí... —balbuceó, tensando la pierna que aún recibía la atención de él.

—Bien. Te invito a comer, hasta las seis no tienes que ir al domicilio de tu siguiente paciente, tenemos tiempo para hablar.

El coche se detuvo en un semáforo en rojo.

—¿Para hablar? —inquirió con voz de alarma, ¿acaso tenía alguna queja de su trabajo?

—Exacto.

Esperó a que añadiera alguna explicación a su escueta respuesta, pero no fue así.

—¿Y cómo sabes a qué hora...? —Hizo un elocuente gesto con la mano que sustituía al resto de la pregunta.

—Yo sé todo lo que tiene que ver contigo.

Se había girado en su asiento para poder observarlo mejor. Lamentaba el abandono del toque de su mano, que reposaba en el volante. La seguridad, la convicción con la que le había hablado la dejó muda y perpleja.

—Pero... hablar de...

En un segundo tuvo el masculino rostro a milímetros del suyo, casi la abrazaba al haber puesto su brazo derecho sobre la parte trasera del asiento de ella, bajo el reposacabezas. Se dejó llevar por el luminoso cielo de su mirada, consciente de que la respiración se le ralentizaba; pero incapaz de hacer nada para impedirlo. Sin embargo, eso no era lo peor, la tortura subió a un nivel insoportable al inspirar su aliento mentolado y verlo humedecerse los labios, para escucharle decir:

—Hablar de ti y de mí, preciosa. De nosotros.

—¡Eso, de nosotros! ¡De ti y de mí, César mío!

He alzado los brazos como si fuera el último aviso para llevarme un premio. ¡Estoy fatal! Pero no puedo evitarlo, ¡qué emoción! ¡Y qué rabia! Pues tengo que dejarlo o llegaré tarde a la cita. Bueno, primero escribiré en modo telegrama lo que tengo en mente, así no se me olvida...

Y tanto que no se me olvidó... ¡Como que lo que iban a ser unas notas rápidas se convirtieron en cuatro páginas llenas de emoción! No podía cortar... Yo creo que bajo presión me cunde más, no se me ocurre otra razón. Y aquí estoy, frente a la cara avinagrada de mi suegra porque me he retrasado un cuarto de hora. ¿Y cuando es al revés?... Que en muchas ocasiones somos nosotros los que la esperamos a ella. En fin, que no quiero irritarme; será mejor que preste atención a su *interesante* conversación.

Remuevo otra vez mi té en plan huracán casero y le doy un sorbo.

—No sé cómo puedes beberte eso, con lo bueno que está un café bien hecho, con su cremita.

La miro por encima del borde de mi taza. ¡Las veces que he oído el mismo comentario! Al principio le respondía, ahora opto por callarme; total, el resultado es el mismo: ni puñetero caso.

—Por cierto, ¿habéis reservado plaza en la residencia que os recomendé de Dublín? —Asiento—. A Ricardito y a Luis les va a gustar, además de que es ideal para que perfeccionen su inglés.

—Ya no quiere que le llamen Ricardito, sino Ricard —la informo mientras cruzo las piernas bajo su desaprobatoria mirada por mis desgastados pero comodísimos vaqueros; la ignoro.

—¿Qué...?

—Que ya no quiere que le sigamos diciendo...

—Tonterías, puedo llamarlo como quiera, no le importará. Por cierto, recuérdame que te dé luego el videojuego que le he comprado. Y unos tenis para Luis.

Ahí está la clave del porqué él se lo va a consentir: por los regalos que su abuela no deja de hacerle.

—Catalina, ya sabes lo que opino. No estoy de acuerdo con que les estés dando cosas cada dos por tres. Los malcrías, ya tienen lo que necesitan —le digo con un tono de voz quizás un poco duro, pero es que esta mujer no atiende nunca a razones.

—Son mis únicos nietos, Fuencis, y no hay más que hablar. —Tironeo del bajo de mi pantalón para no ceder a la tentación de echarle mano al cuello, ¡me desespera!—. Y otra cosa, el coste del mes en la residencia va por mi cuenta. Sé que mi hijo puede hacerlo; no obstante, deseo encargarme yo.

¡¿Perdona?! ¡¿Que tu hijo puede hacerlo?! ¡¿Y dónde mierdas quedo yo?! Siempre, siempre igual. Su hijo, su hijo, su hijo... Que Dios me perdone, pero estoy segura de que el pobre de mi suegro se murió antes solo para perderla de vista. ¡Qué mujer más cargante!

Ricardo, mi suegro, que en paz descansa, falleció hace casi dos años de un infarto fulminante, en el despacho de la empresa para la que trabajaba. Era ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, solo le faltaban seis meses para jubilarse... Fue un golpe muy duro, por lo inesperado y por lo buena persona que era; nunca comprendí cómo podía soportar el carácter tan autoritario y rancio de su esposa.

Suspiro, no quiero ponerme triste; mejor contesto aunque solo sea por amor propio.

—Gracias, Catalina. Nosotros podemos encargarnos sin apuros de los gastos extras de la educación de nuestros hijos —comento con una sonrisa que

las dos sabemos lo falsa que es.

Nunca nos hemos llevado bien. Ella quería algo «mejor» para su hijo, alguien con un título nobiliario o catorce fincas de caza mayor, esto es un decir. Pero su hijo me quiso a mí, ¡a mí! A la hija de un cartero y una peluquera; de todos modos, aunque mi padre ascendió en su trabajo y tuvimos una vida cómoda gracias al esfuerzo de ellos, que me permitió estudiar en la universidad, para mi suegra siempre fui y seré una lagarta que le echó el guante a su tesoro. Y no hay poder en este mundo que la haga cambiar de opinión, y ni yo pienso intentarlo.

—Voy a hacer obra en el jardín —dice sin perder de vista a la gente que entra y sale de la estilosa y concurrida cafetería.

La miro sin entender, ¿para qué me lo cuenta? Se deshace la lazada de la blusa blanca de seda y deja dos botones desabrochados; cruza la pierna derecha sobre la izquierda y tironea de la falda, de paño color mostaza, para cubrirse mejor la rodilla. Una maldad cruza por mi mente y le doy libertad: ¿acaso quiere ligar con algún hombre? Sin disimulo, pues a estas alturas no hace falta, indago a mi alrededor por si estoy en lo cierto, pero solo veo mesas ocupadas por familias, parejas o pequeños grupos de mujeres. ¡¿Y si no es un hombre lo que a ella le interesa, sino..?!

—¿Me escuchas? —Me da un leve zarandeo en el brazo, es que esta imaginación mía es desbordante.

—Claro, ¿qué es lo que quieres hacer? —Me inclino hacia delante, curiosa.

Esta vez es verdad que tengo interés por saber qué se le habrá ocurrido.

—En el jardín, cerca de la piscina, he encargado construir un pequeño apartamento. —Se mete los dedos de la mano derecha en el cabello para ahuecarlo, innecesario en su perfecto peinado.

—Ah, ¿y eso?

—Algo pequeño: un par de habitaciones, salón amplio, cocina sencilla, un cuarto de baño completo y otro de aseo —enumera como si me estuviera leyendo la lista de la compra.

¡Qué caprichosa es! ¡¿Para qué necesitará ampliar su casa si tiene sitio de sobra?! Me quito el coletero, lo pongo en mi muñeca izquierda y masajeo con una mano el cuero cabelludo, ¡qué alivio llevar el pelo suelto!

—Quien se aloje ahí estará muy cómodo, desde luego.

—Exacto, esa es la idea: comodidad y funcionalidad. Celebro que te guste.

—¿Quitarás alguno de los árboles? No creo que tengas espacio suficiente en el otro extremo —razono; si está esperando que le pregunte por qué lo va a hacer, se va a quedar con las ganas.

—No, no es necesario, el terreno es amplio.

No aparta los ojos de mí.

—¿Ya tienes los planos y los permisos? Francamente, no sé cómo quedará ahí la casita de invitados, no logro imaginar...

—Ya está todo en regla. Respecto a lo otro, es fácil, Fuencis. En un extremo está la piscina y, a unos metros, los vestidores, ¿verdad?

—Pues... sí —admito sin verlo claro todavía, ya que la piscina, que es rectangular, ocupa casi toda la parte trasera de la casa. En su día, quiso que fuera grande, y casi se la hacen olímpica.

Sonríe en plan «sé que no eres muy lista pero te perdono», y me dan unas ganas de darle un buen pellizco...

—Bien. —Continúa permitiéndome vivir—. Y en el otro extremo solo hay

metros y más metros de césped.

A ver, o le ha echado algo al café y está empezando a delirar o se le está yendo la cabeza a pasos agigantados. Frunzo el entrecejo, no entiendo absolutamente nada; será mejor ir por partes.

—Catalina. —Ella sigue con ese irritante gesto benevolente, y yo más perdida que un elefante en una cacharrería—. Una vez que se sale de tu porche tienes la piscina, rodeada del suelo de piedra que pusiste el año pasado, y que no es muy ancho. —Ahora soy yo la que le habla como si tuviera delante a una niña de jardín de infancia.

»En la parte derecha está el vestidor que hiciste adosado a la casa. Y en el lado opuesto, los árboles frutales. Yo no veo metros y metros de jardín por ningún lado, perdona que te diga.

¡Es la verdad! ¡No-hay-espacio! Salvo para una caseta de perro, pero me callo esa observación para no ofenderla.

Suelta una risa que no me gusta un pelo. No le veo la gracia, y sé que no ha ampliado el terreno. Las casas colindantes están habitadas y no hay ninguna a la venta.

—Ay, Fuencis, Fuencis... No me refería a mi casa —dice mientras palmea mi mano.

—¿No...?

—Claro que no, tonta.

Y sigue con las palmaditas, seguro que tengo una cara de idiota que es digna de foto; pero ¿cómo que no se refiere a su casa?

—Entonces, ¿de qué...?

—Pues a la de mi hijo, ¿cuál va a ser?

Han pasado unas horas y todavía veo la cara de triunfo de mi suegra, y esto de que su hijo le dé la razón... Entre los dos me tienen bien calentita.

—Mi madre ya tiene una edad...

—Sesenta y siete años muy frescos y activos. Ya quisiera la mía, con dos años menos que ella, estar así de bien, que tiene la espalda hecha polvo.

—Pues que se jubile ya —dice con total calma, cómodamente sentado en el sofá con los pies cruzados encima de la mesa de centro y atento a las noticias que dan en el televisor.

Me duelen sus palabras tan injustas. Él sabe lo duro que han trabajado mis padres para darme de todo y poder tener ellos una vejez tranquila, sin apuros económicos.

—¡Qué fácil, ¿verdad?! Le faltan seis meses para tener la edad legal —le recuerdo sin necesidad, pues lo sabe—, y luego traspasará la peluquería.

No comenta nada; de hecho, no aparta la vista de la pantalla. Estoy sentada en el sillón de su izquierda, la sangre me hierve por la indiferencia que muestra. ¡¿Se puede ser más...?!

Después de la bomba que me soltó Catalina, poco hablamos. Yo sí le habría dicho un montón de cosas, pero no quise darle el gusto de que viera mi enfado; así que disimulé lo mejor que pude y me tragué la bola de alfileres de que había decidido mudarse a vivir junto a su hijo y sus nietos. Juro que estuve por gritarle: ¡¿y yo?! ¡¿Es que yo no existo?! ¡Hija de la grandísima...!

Rick llegó del despacho a su hora habitual. Mientras preparaba algo ligero para cenar, como es nuestra costumbre, hablamos sobre cómo le había ido el día. He intentado comportarme con naturalidad, sin dejar que perciba mi crispación incluso cuando me preguntó por la charla con su madre. Quise

saber cuándo habló con ella por última vez, casual yo, y su respuesta fue que ayer. ¡Ja!, miente más que respira.

A pesar de mi descomunal cabreo, seguí con el plan inicial de ponerme algo de color verde, que es relajante y optimista. Elegí un jersey de punto fino y escote barco, ancho, el cual deja uno de mis hombros al aire; no me cambié los vaqueros, sí me puse un calzado más cómodo.

—Pues perfecto, ¿no crees? En unos meses se habrán acabado sus problemas. —Interrumpe mis pensamientos—. Así podrá descansar de una puta vez.

Empiezo a contar mentalmente para tranquilizarme mientras me pongo derecha: uno, dos, tres... ¡A la mierda!

—¡¿Serás cabrón?!

—¡Fuencisla!

—Ri... ¡Cardo!

Me he puesto de pie a la velocidad de la luz y me planto de un salto delante del televisor, los brazos en jarra, horrorizada por su comentario tan despectivo. Y no, ¡no voy a tolerar que insulte a mis padres!

—¡Cuida tu lenguaje de alcantarilla! —me advierte, dejando el mando a distancia sobre la mesa con un golpe seco tras quitar el volumen.

—¡Cuidaré lo que me dé la realísima y santísima gana, Cardo! Sabías perfectamente los planes de tu madre, ¡y no me has dicho nada! Así que... Sí: cabrón y, además, cobarde.

—¡Qué ordinaria eres!

Estoy desatada, lo sé.

—Una ordinaria que también vive en esta casa, por si se os ha olvidado,

¿de acuerdo, Cardo?!

Odia que lo llame con ese apelativo, el final de su nombre, pero es que cuando se pone en este plan... tan odioso... Se ha levantado y bordea la mesa hasta quedar cerca de mí. Es más alto que yo; sin embargo, si piensa que me va a amilanar con su pose, se equivoca.

—No seas estúpida. —¡Ay, que alguien me sujete!—. Mi madre no va a vivir aquí con nosotros, sino en la casa que se hará fuera.

—¿Pero tú te crees que soy gilipollas?! — grito mientras le clavo un dedo en el pecho, que no le hace retroceder.

—¡Pues a veces lo pareces! Este terreno es de ella, ¿te lo tengo que recordar?! De todos modos, yo estoy de acuerdo con su decisión, ¡y punto!

—¡Una mierda!

—¡Fuencisla!

—¡NO! ¡Dos mierdas! Primero, lo que has dicho de mi madre es una bajeza para alguien tan... fino como tú. —He dado un paso hacia él—. ¿Te gustaría que dijera de la tuya que es una jodida hija de puta?!

Hace una inspiración fuerte y lleva las manos a la nuca, la tensión de los músculos de sus brazos es evidente bajo las mangas de la camisa azul. Resopla y se da media vuelta.

A lo largo de los años que llevamos juntos, hemos discutido mucho, unas veces más fuerte que otras; siempre, uno de los dos, llegados a un punto ha dado un paso atrás, recapacitado y pedido perdón. Lamentablemente, desde hace un tiempo las peleas son más frecuentes; lo que antes era una nimiedad, ahora parece convertirse en vital para seguir viviendo. Pero esta ironía denigrante con la que me ha tratado no se la pienso tolerar.

—Y segundo —continúo—, hálame con respeto, ¿está clarito, Cardo?!

Se gira, tiene la boca fruncida, pone las manos en las caderas y mira al suelo, para unos segundos más tarde alzar la cabeza y decirme:

—Y tú respeta a la abuela de nuestros hijos. —Levanta una ceja—. Y a mí.

¡Qué manipulador es, mierda!

—Muy bien —concedo, y veo que sonrío—. Pero hablaré como me salga de los tacones.

—¡Es que no se puede contigo, hostias!

¡¿Y a estas alturas se asombra?! Si todavía me va a dar pena, ya verás.

—Sé que este terreno fue una donación que te hicieron tus padres antes de casarnos, que no forma parte de los bienes gananciales; pero la casa sí es de los dos. —Bajo su escrutinio, doy unos pasos al azar y me quito el coletero, sacudiéndome el pelo luego. ¡Uf, qué gozada!—. ¡Dios, no soy una insensible! Comprendo que tu madre está sola. Lo que me jode es que tú no cuentes conmigo para nada, ¡que me ignores! Tanto si vive fuera, dentro o encima del tejado, nos afecta a los dos, ¡a la familia que tenemos!

Lo he encarado mientras hablaba y veo que hace el amago de replicarme, cosa que le impido.

—¡Y no me digas otra vez que el terreno es...!

—No pensaba hacerlo, Fuencis.

Se calla.

¡¿Fuencis?! ¿Ya no soy Fuencisla? Eso significa que su mosqueo ha bajado de nivel. Como se le ocurra tramar algo para engatusarme... Creo que está examinando mi reacción al acercarse lentamente y detenerse frente a mí, muy cerca. ¿Me teme? No, qué va, pero hace bien en tomar precauciones, que ahora mismo sería capaz hasta de dar *bocaos*; sonrío en mi interior con esa

última palabra aprendida de mi abuela materna, una andaluza muy salerosa y que ya hace unos años que nos dejó.

—Lamento haber perdido las formas, nena —afirma en voz baja mientras pone sus manos en mis hombros, mirándome directamente a los ojos—. De verdad que lo siento, no era mi intención insultar a Candela.

Escudriño su rostro en busca de alguna pista que me diga si miente; pero no, nada me hace pensar que finge. Él sabe perfectamente lo bien que se ha portado mi madre con nosotros, y mi padre, sacando tiempo de donde fuera para lo que necesitáramos.

—No volverá a suceder, te lo prometo. —Sigue con su acto de contrición, y yo me voy serenando—. Tienes razón en lo otro, tenía que haberte consultado —suspira—. De todas formas, no te preocupes, aún tardará en venirse a vivir. —Baja una mano por mi brazo izquierdo para abrazarme por la cintura, respiro su aliento y claudico—. Opino que quiere hacerlo como ejercicio de autodefensa emocional y así no sentirse sola... Perdóname, ¿vale? Odio que discutamos.

Tiene los ojos húmedos, y yo siento que los míos no están mejor. Sé que este tema volverá a salir en el futuro, pero también sé que sabremos afrontarlo. Descruzo los brazos, que los tenía sobre el pecho, y enlazo las manos tras su nuca.

—Vale, y tú perdona que me haya disparado...

No termino la frase. Su beso es precipitado, exigente y sin opción de escape, que no es que yo quiera huir, conste. Acaricia la piel de mi espalda haciendo presión en ella, ¿me está dando un masaje? «¡¡Fuencissss!! Concéntrate, ¡que te está besando como ni recuerdas!», grita en mi mente esa voz chinchosa que se llama *conciencia*, ¡qué puñetera es!

Así somos Rick y yo: de una monumental pelea pasamos a comernos la

boca. Y está bien no guardar rencor, sería insoportable, pues nos queda mucho camino por delante. Nos queda... toda una vida, mi César. ¡Mierda! Como decía mi santa abuela: «Se me va la olla».

—Ven, veamos un poco la tele; aún es pronto para ir a la cama.

¡Ni me he dado cuenta de que había dejado de besarme! ¿Habrá notado que yo estaba en otro mundo? No lo creo, sé que le he correspondido con ardor. ¡Ay, tengo que anotarme esta palabra: ardor!, me gusta. A lo que iba, Rick besa muy bien, y no es que mi experiencia sea larga: un medio novio en la universidad y mi marido, ¡psss!, vaya un currículo pobre.

Nos sentamos en el amplísimo sofá de piel, marrón, activa el volumen del televisor y echa un brazo por mis hombros. Acurrucada, muy pegadita a él, se me ocurre que este es un buen momento para plantearle lo que el otro día no pudo ser por su culpa, porque yo sí que... ¡Vale!

—Rick...

—Dime, nena.

—Tengo planes para las vacaciones del verano.

No aparta la vista de la pantalla, mientras que sus dedos juegan con el tirante de mi sujetador.

—¿Has hablado con Celeste? Ya sabes que le gusta organizarlo y sorprendernos.

—Cierto, pero no la vamos a necesitar.

Vuelve la cabeza, me mira unos segundos con el ceño fruncido e inmediatamente se centra de nuevo en la película que ha puesto, que ni sé ni me interesa cuál es.

—¿Y eso?

—Porque es para nosotros. Hace días que quiero preguntarte... Cariño, ¿y si nos vamos los dos solos?!

—¿Irnos? ¿A dónde?

Otra vez le ha quitado voz al televisor, y eso significa que me presta atención. Menos mal, pues estaba a punto de recriminárselo. Se gira un poco a mí, ni serio ni alegre... Cara de póker, no se imagina lo que le voy a proponer.

—¡Sí! Tú y yo. Diez días... Dos semanas... Los niños estarán en Dublín. Sería perfecto. —Salgo de su cobijo y lo encaro para que nos veamos mejor. Pongo una mano en su rodilla izquierda y le vendo mi idea con... ardor—. Imagínatelo: sol, playa... Un vino blanco fresquito a la orilla del mar viendo un maravilloso atardecer... —Cierro los ojos y suspiro—. Bañarnos a la luz de la luna... Amarnos apasionadamente en una cama con dosel mientras la ligera brisa mece las livianas cortinas del balcón, que hemos dejado abierto y...

—¿Y para todo eso te estorban nuestros amigos?

Sus palabras son alfileres que hacen explotar mi globo de ensoñación. ¡Mierda, que nos estaba imaginando ahí! Resoplo con irritación.

—Sabes que no es eso. Pero vamos con ellos a todos lados. Quiero hacer un viaje con mi marido, sin más compañía, sin testigos de las locuras que se nos ocurran... —Deslizo una mano por su torso hasta la cinturilla de su pantalón deportivo y jugueteo con los extremos del cordoncillo—. Sería excitante...

No dice nada, ni siquiera parpadea. Digo yo que no le estoy proponiendo ninguna cosa rara. Es bonito, romántico, pasional...

—¿Has pensado en algún sitio en particular? —pregunta mientras pone una mano en su rodilla derecha tras haber cruzado esa pierna sobre la otra, lo

que me obligo a apartar mi mano o me la aplasta.

Asiento con energía, emocionada. Francamente, esperaba más resistencia, por ello tenía preparadas un montón de respuestas para convencerlo si llegaba el caso.

—¡¡Sí!! Incluso ya he mirado los folletos de un par de agencias de viaje.
—Alza las cejas para que desvele el nombre del lugar. Tomo aliento y grito con los brazos en alto—: ¡¡CORFÚ!!

Ni cinco segundos, ¡qué digo cinco segundos!, ni un puñetero segundo ha pasado cuando me suelta:

—¿Donde rodaron el anuncio del maricón ese que te gusta tanto?

Pues allá vamos otra vez. Hay muchas cosas intocables en mi vida, y dos de ellas son: mi César Valbuena Núñez de Azcárate y... ¡mi David Gandy! Y como si lo acabara de invocar, aparece en pantalla emergiendo del mar y apoyándose en el borde de la lancha para izarse, ¡Dios mío! ¡Eso es un hombre y lo demás, tontería!

Me levanto después de recrear la vista con la espalda de mi ídolo y enfrento al descerebrado que tengo delante. Carmen me suele recomendar que haga inspiraciones cortas y frecuentes cuando sienta que voy a perder el control; así que pruebo una vez, dos, tres... ¡Y cuatro puñetas!

Me conoce y sabe que mi respuesta va a estar llena de florituras, imagino que es por eso que se ha reclinado con los brazos cruzados y mirándome con chulería, desafiante. Por un momento, pienso si sorprenderlo con una salida que no espera; pero no, le voy a dar el gusto.

—Primero, querido Cardo, el anuncio se rodó en Capri, Italia. ¿Sabes dónde queda... Italia? —La ironía le ha borrado la sonrisa de la cara, ¡punto para Fuencis!—. Segundo; si es maricón o no, solo nos incumbe a él y a mí;

que aquí no queremos tríos, querido Cardo.

Me encuentro a punto de ser convertida en ceniza con la mirada que me está echando, pero no voy a dar ni un paso atrás. Pongo los brazos en jarra, estoy entre la mesa y el televisor, las piernas ligeramente separadas; haber visto todas las películas de Van Damme tiene que servir para algo, ¿no?

—Y tercero, nuestro matrimonio necesita... refrescarse, una puesta a punto. Por eso creo que nos vendrá muy bien estar centrados el uno en el otro, sin distracciones alrededor.

Sinceramente es lo que pienso y aseguraría que él opina igual.

—¿Qué me dices? —le insto, ya que no habla ni hace gesto alguno. Y decido relajar el ambiente; si sigo en plan chulo, será peor—. Cariño, sabes que tengo razón. Hemos entrado en una rutina que...

—¡No! No vamos a ir a ninguna isla.

Parpadeo, no esperaba ese tono tan cortante; sí, que se resistiera.

—¿Prefieres otro sitio? ¿Recuerdas que una vez hablamos de hacer un crucero por los fiordos? Si te apetece, yo no tengo inconveniente...

—¡Ni crucero, ni isla, ni ninguna hostia que signifique tú y yo solos!

¡¿Pero de qué puñetas me está hablando?! Doy un paso atrás; no estoy enfadada, sino dolida, estupefacta. Sus palabras son tan contundentes y precisas que me aturden; aquí hay algo que se me escapa. Sin embargo, me niego a seguir el hilo del razonamiento al que me empuja.

Apaga el televisor y se incorpora. Nos encontramos cada uno a un lado de la mesa; me invade la sensación de que la separación va más allá del plano físico, y un estremecimiento interior frío y desolador me recorre. Mi expresión es de un aturdimiento total que no puedo disimular aunque quisiera; la de él, la del que se cree ganador. Y digo *creo* porque no se va a salir con la suya.

No, ya son demasiadas veces las que he cedido a su voluntad. Aún no se me va de la mente lo de hace una semana, me sentí usada... Manejada como una muñeca. ¡Y eso que lo frené!

—Te equivocas —corrijo la primera parte de su respuesta, sin levantar la voz y con una calma que a los dos nos sorprende—. Nos iremos, al sitio que sea; pero lo haremos.

Niega con la cabeza, una sonrisa ladeada baila en su boca de manera casi ofensiva. Me señala con un índice y luego a él.

—Ni en tus mejores sueños. ¿Quieres que nos aburramos? ¿Acaso queda algo por descubrir después de más de veinte años juntos? ¿Te apetece playa?... De acuerdo, hablaré con Celeste para que busque un sitio bonito. Pero hasta ahí, nena.

Me he quedado muda. No, mejor aún: ¡muerta! Soy una estatua hecha de tristeza, desencanto y amargura en mitad de la nada; angustiosamente desamparada.

Se acerca, deja un beso en mi sien.

—Te espero en la cama, no te acuestes tarde, nena.

Y se va.

«Nena», repito en mi mente, estática. ¿Por qué esa palabra me ha sonado... *sucia?*, como con un matiz diferente. Ha sido cruel, no sé si a propósito o inconscientemente; da igual, duele.

¿De verdad ya nos lo hemos dicho todo? Y si es así, ¿dónde están las señales de aviso? ¿Tan metida en mi mundo estoy que no las he visto? Además, de ser verdad, mi propuesta sería beneficiosa para nuestro matrimonio, ¿no?

Me abrazo en un intento de frenar el leve temblor que me sacude y que va

a más. No quiero desmoronarme, ¡yo soy optimista!, me obligo a pensar mientras los sollozos entrecortan mi respiración. No obstante, es inútil; el pesimismo puede conmigo y me arranca un llanto incontenible que procuro silenciar tapándome la boca.

Caigo de rodillas en la alfombra. Mi implacable conciencia me abofetea sin piedad para castigarme con su veredicto:

«Si no le hubieras hecho esa inocente pero estúpida pregunta, ahora serías feliz».



Tironeo un poco del cinturón de seguridad, aprieta, doblo las piernas y me giro ligeramente hacia la derecha. No me interesa mucho el paisaje que veo a través de la ventanilla camino de Arenas de San Pedro, tal vez por el sopor que produce el leve movimiento del coche, sumado a que apenas habremos recorrido unos pocos kilómetros tras el almuerzo, en las afueras de Madrid.

Los críos, en el asiento trasero, se han puesto una película; Rick está concentrado en la conducción, serio y poco comunicativo. Y yo... Yo cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco, como el color de mi blusa; pero ya sé que va a ser que no.

Tengo por delante cerca de hora y media, hasta llegar a nuestro destino, para poner un poco de orden en mi caótica cabeza. Nadie le discutió a Celeste su propuesta ni pensaron en otra opción; y ahí vamos, en plan borreguil, mansitos, ¡uf! Ha organizado una excursión a las Cuevas del Águila, visitar Plasencia, recorrer el valle del Jerte... ¡Con la de gente que habrá en este puente de Semana Santa! En fin, ya está hecho, así que a otra cosa, mariposa.

«¿Acaso queda algo por descubrir después de más de veinte años juntos?», la cabrona de mi conciencia no me da tregua. Cada vez que me descuido, ¡zas!, viene con la maldita frase como si fuera una bandera que enarbola para que no me despiste... ¡Anda! *Enarbolar*, una buena palabra para mi novela si se da el caso de que encaje; opino que es muy importante tener riqueza de vocabulario, y lo mejor para eso es leer mucho, actividad que he aumentado en las últimas semanas.

Y vuelvo otra vez a aquel día, a sus palabras tan duras y descarnadas. Tardé un poco en irme a ¡MI CAMA!, pero lo hice, ¡por supuesto! ¡Ni muerta me habría quedado en el sofá o en la habitación de invitados! Recompuse mi ánimo como buenamente pude y me dirigí al dormitorio con la intención de aclarar ese punto del aburrimiento en nuestro matrimonio. Sin embargo, a medida que subía cada peldaño, mi ánimo se desinfló y decidí que al día siguiente, con la cabeza fría y el corazón calmado, haríamos un análisis objetivo de lo sucedido.

¡Una mierda tan grande como una casa!

Cuando en el desayuno me dio los buenos días, igual que si no hubiera pasado nada, y dejó un beso en mis labios, ¡juro que flipé en colorines! Se tomó el café, dijo que no vendría a comer, me volvió a besar y se marchó tan tranquilo, como si la noche anterior no hubiésemos tenido una pelea de tres pares de narices.

Así que el análisis objetivo lo hizo... ¡la menda lerenda! O sea: yo.

Cruzo la pierna izquierda sobre la derecha por el simple hecho de moverme, tengo la sensación de que Cardo me mira, ¡que le den! Así estamos desde entonces. Lo siento, no me sale ser cariñosa con él, hacerle mimos; estoy... decepcionada, además de con un insomnio que me ha regalado unas ojeras que parezco una mapache, ¡jelines! Vale, admito que los años nos han vuelto un poco rutinarios, que esa chispa del principio se ha perdido. También asumo que no he hecho mucho por reavivarla, pero ¿y él? ¡¿Qué carajos ha hecho él?!

Oigo el zumbido que hace el *celu* al vibrar, en modo silencio; lo saco del bolso, al lado de mis pies, y miro. Mi amiga Belina, la que me está pegando sus *celus* y *carajos*, entre otras expresiones, me desea un buen viaje; tecleo una respuesta y vuelvo a mi posición anterior: hecha una bolita, suspiro y retomo el último pensamiento.

Ese mediodía me mandó dos docenas de rosas rojas, confieso que empecé a hacer pucheros mientras firmaba el recibo del repartidor de la floristería; también es cierto que cuando leí la tarjeta, que estaba entre los tallos, lloré como una tonta. Porque eso es lo que soy, ¿no? Aunque el dilema sería: ¿tonta o enamorada? ¿O enamorada e idiota? ¿O estúpida enamorada que es una idiota sin remisión?... ¡¿Y si dejo de insultarme, joder?!

Soy una mujer que ama a su marido, y punto. Veamos, Rick nunca ha sido hombre de hablar de sus sentimientos, sino de demostrarlos con detalles: flores, bombones, cena sorpresa... Y me parece bien, cada persona tiene una forma de expresar lo que siente. De ahí sus regalos sin esperar a una fecha determinada, los hace porque así se lo pide el corazón en ese momento, lo cual es genial.

Por eso, sé el significado de las rosas que me envió. No obstante, me ha

quedado un regusto amargo que no se va. Hicimos las paces, no soy persona rencorosa; pero... Esa es la cuestión: *el pero*. Me es imposible evitar un punto de agresividad cuando pienso en él, ¿a quién quiero engañar?, sigo un poco enfadada aunque hayan transcurrido un par de semanas.

—Por cierto, Fernando y Topacio se han apuntado también.

Sin moverme, espero que mi hijo mayor nos diga a qué se refiere. Se explica como un libro cerrado.

—Apuntarse a qué —interviene Cardo.

No puedo seguir así, a partir de este momento vuelve a ser Rick; solo estoy consiguiendo envenenarme la sangre.

—Al curso de inglés de este verano, a Dublín. Se quedarán en la misma residencia que nosotros. ¡Lo que nos vamos a divertir!

—¡Y lo que vais a aprender, ¿no?! Que cuesta un dinerito pasar allí el mes, majo —ataco sin poderlo evitar mientras me siento bien y tiro otra vez del impertinente cinturón de seguridad.

Rick pone la mano derecha en mi rodilla y da un par de palmaditas. Creo que he sido un poco brusca, pero no pienso andarme por las ramas.

—Paga la abuela, mamá.

Lo miro por el espejo de cortesía de la visera del coche y veo que se ha puesto los cascos, lo que significa que no le importa nada lo que le responda. ¡Se va a enterar! Me vuelvo a la izquierda y extendiendo el brazo entre nuestros asientos para alcanzar su pierna y darle un pellizco.

—¡Ay!

El sinvergüenza se queja y su hermano suelta una risotada, ¡vaya dos elementos!

—¿Pero has oído al caradura de tu hijo?! —le pregunto a Rick.

Este sonrío como si tuviera gracia el tema. ¿Será que estoy perdiendo el sentido del humor?

—Ya hemos llegado.

Anuncia *el chófer*, poniéndose las gafas de sol en la cabeza como si fuera una diadema y atento al coche de Fernando, que va delante.

«*Sí que se ha hecho corto el viaje*», pienso con resignación. ¿Me habré quedado dormida? Pues nada, allá vamos...

—Venga, ¡no seas vaga! Hay que comprar algunas cosas. ¡Levántate! —insiste la pesada de Carmen.

—De aquí no me mueven ni con agua caliente —protesto—. ¡Estoy agotada!

—¡Pero si no has hecho nada! —dice Sonia mientras se deja caer en uno de los sofás estampados, de cretona, y se ríe de la mirada torcida que le dedico—. Deshacer el equipaje y un poquillo de limpieza en los baños, por aquello de los gérmenes, es poca cosa.

—Claaaaro, pero te olvidas de la caminata de casi dos horas para familiarizarnos con el terreno. —Remarco las cuatro últimas palabras haciendo comillas con los dedos—. ¡Que tampoco hay tanto que ver, digo yo, vamos!

—Lo que te ocurre es que no tienes fondo físico —diagnostica tumbada y recolocando un cojín bajo su cabeza; el mismo con el que yo la ahogaría para que se callara, por lista—. Enseguida te cansas.

Carmen nos mira repantigada en uno de los sillones de enfrente, ¡ya podía defenderme!

—Y tu recomendación es que vaya al gimnasio vuestro, el de los tíos buenos, ¿verdad? De esa manera, no estaré desfondada y podré hartarme de magdalenas, ¿cierto?

¿He dicho alguna vez que nos llevamos las cuatro muy bien? Bueno, pues no siempre es así; sobre todo con Sonia, aunque nunca llega la sangre al río. ¡Ey, que no miento! ¡Que no puedo con mi alma!

—Bien, chicas, ya podéis ver las telenovelas que os gusten. No diréis que no os cuido, eh.

Rick, el macho alfa de la manada, imaginad de fondo música de tambores africanos en mitad de la sabana, se alza y nos sonrío. Ha estado toqueteando la tele y ahora viene hacia mí. ¡Será gili, qué rabia me da cuando se pone en este plan! ¡Y qué irritación más tonta tengo encima!

—Di, más bien, que ya tienes localizado el canal deportivo. ¿Te crees que me chupo el dedo? —le corto con una ironía bien marcada.

—Eso, Rick —aplaude Carmen mi respuesta—. No a todas nos gustan las telenovelas, yo prefiero a... César.

Él, con una mano en mi hombro, la mira frunciendo el ceño; no tiene ni idea de a quién se refiere. ¡¿Cómo va a saberlo si no le interesa nada de lo que hago?!

—¿Quién es César? —pregunta Celeste, que acaba de entrar en el salón.

Otra vez se ha cambiado de ropa, ahora nos deleita (entiéndase el sarcasmo) con vaqueros ajustados, camisa azul, botines marrones y un plumífero negro. ¿Por qué siempre luce de pasarela? Y no es envidia, conste, que ya le gustaría a ella tener mis hombros... Uno de mis puntos fuertes, lo sé.

—Alguien que conoce Fuencis —aclara Carmen sin inmutarse.

Cierro los ojos y tomo nota mental de ahogarla esta noche en el lavabo

cuando se esté cepillando los dientes. ¡¿Le ha afectado el cambio de aires?!
¡¿A qué viene...?!

—Fuencis...

Ahí está el reclamo de mi marido, mucho ha tardado... No miro a Carmen, temo fulminarla de verdad y que acabe convertida en un montón de cenizas; más que nada porque luego me tocaría barrerlas, ¡ya empiezo a desvariar! Mejor contesto, que me están esperando.

—Un personaje de algo que estoy escribiendo... Nada importante —apunta con tono monocorde, simulando desgana para que lo dejen pasar.

—¿Sigues con esas tonterías? Ni que te fueran a dar el premio... Planeta —apunta con saña la que está a un paso de despedirse de este mundo.

—¿Sabes una cosa, Sonia? —Me mira con las cejas levantadas, toda desafiante y engreída—. Que a veces eres la persona más odiosa que he conocido en mi vida.

—Haya paz, chicas. Que cada uno tenga la afición que quiera.

No sé cómo tomarme las palabras del *pacificador*. Tampoco quiero discutir, quedan cuatro días por delante y sería muy violento andar con malos rollos.

—Hay aficiones que van más allá de un capricho pasajero cuando dejan de ser un pasatiempo para convertirse en una necesidad —aboga Carmen, seria. Se ha dado cuenta de su metedura de pata.

La miro con agradecimiento, lo que dice es cierto. Empecé a escribir por hacer algo, casi por aburrimento, y ahora... no puedo pasar un día sin ello. Me levanto para darle un beso, pero Rick aprovecha y apresa mi cintura, el intenso aroma de su colonia nos rodea y me embriaga.

—Tengo una mujercita muy lista, ¿verdad, nena? —He puesto las manos

en sus hombros, ¿qué hago: lo abrazo, lo ahogo...? Porque tengo dudas de si me adula o se burla—. Y no me la canséis que la quiero relajadita para esta noche. —Alucino en colores, ¿qué?! ¿Desde cuándo es tan directo en público? Pega la boca a mi oído y susurra—: Has visto el camisón rojo, ¿*true*? Pues más tarde os voy a destrozar a los dos, nena.

No da tiempo ni a que coordine tres palabras en mi mente, me pega a su cuerpo con un abrazo de hierro y nuestras bocas se funden. Jadeo, lo que sirve para que el beso suba de intensidad mientras me inclina levemente hacia atrás y una de sus manos apresa mi trasero. Me sujeto a su cuello y le correspondo. ¡Dios! ¿Cuándo fue la última vez que se mostró tan apasionado?! ¿Está... excitado? ¡Oh, sí! ¡Vaya que sí!

Oigo silbidos, palmas... ¡Menudo espectáculo estamos dando! Abandona mi boca sin cambiar la postura que tenemos. Los ojos le brillan con ese punto canalla que siempre me desarma. Tiene sus defectos, como yo, pero nada que no sea llevadero.

—Te quiero, nena. —Y con esas palabras difumina cualquier enfado o rencilla que pulule en mi interior. Deja otro beso, corto, y me endereza—. Nunca lo olvides.

—Qué bonito es el amor... —manifiesta Carmen antes de dar un profundo suspiro, batiendo palmas—. Yo también voy a destrozar esta noche a mi Juan.

Y no puedo evitar soltar una carcajada, ¡tiene unas ocurrencias!

—Pero antes hay que estrenar el *jacuzzi*, ¡es gigantesco! —exclama Celeste dando un pequeño saltito.

Rick no me suelta, me gusta que sea así de cariñoso. A veces es un... cardo, como su diminutivo. ¡Un cardo borriquero!

—Es una idea genial, ¿estás segura de que cogemos los ocho? —pregunta

sacándome de mi juego de pensamientos y lo miro con extrañeza.

A pesar de los años que llevamos saliendo las cuatro parejas juntas, nunca hemos compartido baño en un reducto tan pequeño. Es decir, sí en piscinas... Pero creo que esto es más íntimo, ¿no?

—Lo probamos y salimos de dudas —habla Celeste, que se ha colgado el bolso en bandolera—. En la que no habrá problema será en la de este verano, luego os enseñó las fotos, es...

—Cuenta con dos menos —interrumpo su optimista cháchara. Rick clava los dedos en mi cintura; si creía que el tema estaba olvidado, ya ve que no.

Sonia, que no está muy comunicativa, se incorpora de pronto como si le acabaran de decir que Gucci está regalando cinturones y le echa una mirada rápida a Celeste, que ha enmudecido.

—¿Cómo que con dos menos? ¿No vais a venir?

—Por supuesto que sí —le garantiza Rick a Sonia, que se ha sentado muy erguida, interesada en sus palabras.

—Nosotros haremos un viaje por nuestra cuenta, chicas —insisto como si no hubiera escuchado sus palabras e intento alejarme un paso, pero me lo impide.

—Pues a mí me parece que hacéis bien —apoya Carmen, que sabe por dónde van los tiros en esta historia—. Pasar unos días solos puede servir para renovar el fuego de la pasión. Quizás Juan y yo hagamos lo mismo...

Deja en el aire el resto de la frase, seguro que está tramando algo. Les endosará los niños a su suegra, que es un pedazo de pan blandito, y listo.

—Hummm, no nos hace falta eso, ¿verdad, nena?

Su pregunta viene acompañada por una mirada que es todo un discurso relativo a que no siga con el tema; pero si le hiciera caso, no me llamaría

Fuencis. Le dedico una sonrisa que ni el santo papa Francisco podría mejorarla en su día de mayor inspiración divina.

—¡Ay, cariño! —Me callo y cuento: uno, dos, tres, cuatro y... Prepárate —: Pues no sé qué decirte, tú ya sabes... —Vuelvo a hacer una pausa para que piensen lo que quieran, que seguro no será muy bueno. Pongo una mano en su pecho, ¡qué actriz estoy hecha!—. A nuestro matrimonio le vendrá de perlas, tómalo como una actualización; igual que en los ordenadores —remato con una suavidad y un candor que... ¡Sí! *Candor*, me gusta esta palabra, muy apropiada para Maribel.

—¡Qué romántico! —señala Carmen con guasa.

Rick no quita los ojos de mí, pero no me acobardo. Frunce los labios y se aparta lentamente. No tengo dudas de que se está refrenando para no soltar algún impropio.

—¿Y habéis pensado ya en algún sitio? —Sigue hurgando Carmen, que lo sabe de sobra. Apostaría a que su intención es hacerlo explotar.

—¡Sí, Corfú!

Mi cara de satisfacción debe de ser la representación de la felicidad más absoluta, pues la mueca de él es un poema.

—¡Los cojones Corfú!

A la mierda con la felicidad. Si esto era lo que se proponía la que dice ser mi amiga, ¡bravo!, objetivo conseguido.

Ni me mira. El cardo borriquero (por Dios, ¡voy a peor!) coge las llaves del coche, que están sobre la amplia mesa de centro, donde las dejó cuando entró, y se dirige a grandes pasos hacia Celeste. La sujeta por el codo y se detiene un segundo, le dice algo, que ninguna de las tres oímos al hablarle en susurros. Ella me mira un segundo con una ceja alzada; doy un paso adelante.

—Vamos a la maldita compra —anuncia Rick de espaldas a nosotras y saliendo del salón sin soltarla.

Lleva un cabreo monumental, ¡lo conoceré! Carmen y Sonia cruzan una fugaz mirada que no me pasa desapercibida. Es posible que sean imaginaciones mías, seguro que sí; sin embargo, diría que en el aire flota algo insano, no sé cómo definirlo. Me viene a la mente la famosa frase de *Hamlet*: «algo huele mal en Dinamarca». *Yes*, y aquí también.

Cruzo los brazos sobre el pecho. Llegan del exterior las risas y los gritos de los demás, ajenos a lo que acaba de pasar y que aún estoy procesando. Sigo mirando por donde se han ido; por una vez, tengo la mente en blanco.

Silencio.

—¡Sí! Si-Sigue... así. Más, más. ¡Joder, con esa lengua!

¡Me acabo de quedar muerta! ¡¡Que alguien me resucite!!

Esa voz es de... Celeste teniendo sexo en la cocina. ¿Se han vuelto locos?! ¿Y si entra alguno de los chicos?! ¿O nosotros?! Ya podían cortarse un poco. Voy a darme la vuelta, pero no puedo evitar la tentación de echar un vistazo rápido. Siguen sus jadeos, a él no se le oye, ¡qué contención! Claro que si tiene la lengua ocupada... Afortunadamente, y por el bien de mi estabilidad mental, no se ve nada. Están en penumbras, tan solo hay un punto de luz sobre el fregadero, y ellos se encuentran a la derecha, en la zona del comedor, muy entretenidos.

—Espera, sobre la mesa. Así... Este es mi hombre... ¡Joooooder!

¡Mierda! Mañana tocará desinfectar antes de servir el desayuno. Venía a por un zumo y alguna galletita, pero en vista del panorama entorno la puerta, como estaba, y regreso al dormitorio. Desde el salón, me llega la voz del

locutor comentando no sé qué partido y la de Rodrigo que apostilla algo; nuestros maridos decidieron terminar de ver su programa favorito; salvo Fernando, por lo que he estado a punto de presenciar.

La tarde pasó en un suspiro. Tras guardar las compras que hicieron, nos dispusimos a preparar una cena rápida mientras charlábamos y tomábamos unas cervezas. Los chicos se fueron pronto a dormir y nosotras no tardamos en seguirlos, aunque ya veo que alguna se desveló, ¡ja!

Entro en nuestro cuarto, que está en la primera planta, los críos ocuparon los de la segunda. Abro el cajón de la cómoda en el que guardé, entre otras cosas, la ropa interior y los dos camisones que eché en la maleta, que resultaron ser tres por obra y gracia de Rick. Dudo si ponerme el rojo... Sin pensarlo un segundo más, lo cojo con la braguita del conjunto y me dirijo al baño.

Por suerte, cada dormitorio tiene su propio aseo completo, muy espacioso; excepto los de arriba, donde solo hay dos, en el pasillo. Estrella, la hija de Sonia, puso unos divertidos cartelitos pegados en cada puerta para adjudicar el de los chicos y el de ellas.

Echo de menos mi ratito de escritura, llevo unos días que no me centro mucho. No es que esté atascada, sino que me da la impresión de que lo que sale está... forzado, como si le faltara frescura, seguro que son paranoias de novata.

Me miro en el espejo del lavabo, soy consciente de que me sobra algún kilito, pero yo me veo bien, ¡jelines!, y eso es lo importante, ¿o no? La verdad es que este camisón me sienta de infarto, tiene unas transparencias de encaje en los sitios justos y más favorecedores, me lo regaló por el pasado día de San Valentín. Espero que el macho alfa no esté tan desatado como para romperlo. Me viene a la mente su comentario de hace horas, él dirá lo que quiera; sin

embargo, un poco de intensidad sí que nos vendría de lujo.

De camino a la cama, atrapo de pasada mi nueva lectura, la tercera entrega de *El affaire Blackstone*, Ethan me tiene rendida a sus pies para lo que quiera, ¡qué hombre!, más después de ver unos *fanarts* en algunos grupos de Facebook, y me acomodo entre las sábanas.

Apenas he leído medio capítulo cuando entra Rick, levanto la vista del libro y cruzamos una mirada, cierra y echa el pestillo.

—Estás preciosa, nena.

Sonrío y veo que se dirige al baño desabrochándose la camisa. Dejo a Ethan sobre la rústica mesita de noche de mi derecha. «*Lo siento, mi maridito va a hacer lo que tú no puedes*», malvadamente pienso. Deslizo hacia atrás el lado izquierdo del edredón y espero. Confieso que hacía tiempo que no estaba tan ansiosa.

Oigo correr el agua de la ducha, ¿ahora se está bañando? Reconozco que es un hombre muy pulcro, diría que a veces raya con lo obsesivo; no importa, no voy a quejarme por eso, ¡estaría bueno!

Como dejó la puerta entreabierta, observo que la luz del baño baja de intensidad al dejar encendido solo uno de los focos que hay sobre el lavabo.

—Apaga, nena.

Vaya, no está muy hablador; que tampoco es necesario, oye. Obedezco y mi corazón sube de pulsaciones cuando vuelvo a mi postura inicial y descubro que su figura se recorta en el contraluz, desnudo. Me observa, quieto, ¿qué estará tramando?!

Avanza con parsimonia hasta los pies de la cama, da un tirón del edredón, sábana incluida, y yo suelto un gritito; no lo esperaba.

—Rick...

Apresa mis tobillos y me arrastra por el colchón hasta él con un punto de brusquedad. El camisón, lógicamente, se ha enrollado y me deja totalmente expuesta. No da tiempo ni opción a nada, pues rápidamente me quita las braguitas, que tira al suelo, y veo que destapa...

—¿Qué es eso?

—Un lubricante con sabor a fresa —responde en voz baja—. Lo vi esta tarde en el súper y pensé en variar.

¡Vaya, pues...! Aunque, ¿para qué lo de fresa? Acaso está pensando hacerme un cunni... ¡Ay, Dios, que va a ser que sí!

—Relájate, te noto muy tensa, nena.

Cierro los ojos y me concentro en sus manos. Mientras que una acaricia mi intimidad, y el olor dulzón del gel me hace aspirar fuerte, la otra asciende por mi cadera hasta alcanzar su objetivo: el pecho que empieza a masajear con suavidad hasta sentir mi pezón duro, para luego seguir con el otro. No cesa en su estimulación, y mis jadeos van a más.

—Chiss. Disfruta.

Y lo hago, ¡ya lo creo que lo hago! Pocas veces, que yo recuerde, se ha entretenido tanto en los preliminares, y conste que no estoy pendiente del tiempo; pero esto es la...

—Ya ves que no necesitamos encender nada, nena.

Sus palabras me sacan de la gloria y me estrellan contra la realidad. Abro los ojos y lo miro con fijeza. ¿Todo esto es por lo de esta tarde? ¿Así me quiere convencer para que desista de la idea del viaje?

Pero me conoce muy bien. Por ello, previendo mi reacción, que ni yo misma sé si será muy virulenta o no, rápidamente me alza por las nalgas y, sin más preámbulos, me penetra de una vez hasta el fondo. ¡Puñetero potingue que

lo ha facilitado!

Jadeamos a la par. Él, por excitación; yo, por la sorpresa, no me extrañaría que se me salieran los ojos de las cuencas. ¡Es que no me lo esperaba!

Aún de rodillas, sus manos vuelan a mis caderas para sujetarlas con firmeza, rudo, después de poner mis piernas sobre sus hombros, y embiste y embiste y embiste... como loco. Se inclina sobre mí, lo que le facilita que llegue más profundo, si es que eso es posible, manteniendo un ritmo endemoniado.

Voy a sujetarme a sus brazos, necesito sentir su piel bajo mis dedos, pero gime un ¡*No!* ronco y casi ahogado; así que accedo y me dejo llevar. Soy una muñeca manejada a su antojo, sí, y lo estoy gozando. Ya habrá otro momento para aclarar el temita de la tarde; ahora... Ahora...

Explotamos en un orgasmo que se me hace un poco corto. No juntos, como me habría gustado, sino él primero y después, casi seguido, lo hago yo. Deja que baje las piernas y se derrumba casi aplastándome, sudorosos ambos.

—¡Joder! —dice sin resuello.

De pronto, sale de mí con la misma prisa que entró, se levanta y en dos zancadas está en el baño, cerrando la puerta a su espalda con un ligero portazo.

Y justo en ese momento caigo en la cuenta de que no ha habido un beso, un *te amo*, admito que yo tampoco se lo he dicho. Ha sido precipitado, frío a pesar del calentón. ¿Esperé sexo oral? ¡Ja! Si nunca le ha gustado, ¿por qué iba a ser diferente hoy? Bueno, al principio, hace ya dos vidas, sí quería, de hecho fue iniciativa suya; el problema vino con la contraprestación, él pidió cosas a las que yo me negué. Con lo cual, nuestras relaciones tomaron un camino clásico pero satisfactorio.

Oigo correr otra vez el agua de la ducha. ¿Y si voy y lo acompaño? Seguro que se lleva una sorpresa. Sin embargo, no me muevo, ni quiero ni puedo.

Mi cerebro no está por la labor de dar esa orden, sino por echar a patadas del subconsciente una idea punzante a la que no he querido dar vía libre; pero que ahora me asalta hasta con música de fondo para que esta gilipollas, yo, la de siempre, lo verbalice:

—Solo ha sido una fantasía. Me ha hecho el amor como podía haber tenido sexo con cualquier otra. Fuencis... —me recrimino—. ¡Espabila, chica!



Imposible. Está claro que esto no fluye hoy. ¡Qué rabia! Un par de horas que tengo para adelantar mi novela... y resulta que no hay manera, ¡uf!

Dejo a un lado el cuaderno y el bolígrafo para coger el *celu* y abrir la galería de imágenes. Es un caos de fotos, así que decido guardar en una carpeta nueva las que nos hemos hecho y reenviado unos a otros el fin de semana anterior.

Lo pasamos muy bien, debo ser justa. Las cuevas son preciosas y el día que estuvimos recorriendo el valle del Jerte fue alucinante. Reconozco que ella sabe organizar nuestras salidas como nadie, pero lo que me fastidia es que

ya ni consulta, y si lo hace, es una vez reservado.

La casa era amplia y preciosa, tipo cabaña, de madera. Al final, el *jacuzzi* lo utilizamos por parejas; Rick me dio un masaje en la espalda que me dejó nueva. Hicimos el amor cada noche, alguna vez con más pasión que otra; pero buscándome él siempre, y eso, aunque no todo sea maravilloso entre nosotros, me gusta y halaga porque es señal de que aún funciona la atracción. Miro el colgante de plata que llevo al cuello: una malaquita preciosa que me compró en una tienda de Plasencia. Él es así, muy detallista.

Le mando algunas instantáneas a mi madre por WhatsApp y enseguida los dos iconos azules se encienden. Le digo en un mensaje de audio que ya la llamaré más tarde, necesito centrarme en César. Dejo el sofá del salón, donde estaba medio tirada, y me dirijo al despacho. Si no puedo escribir, releeré.

Carmen estará aquí en poco más de una hora, y hay cosas que cotorrear. El lunes se marchó a Santander, habían ingresado a su abuela, de casi noventa años, con una rotura de cadera, y a ella le faltó tiempo para correr a su lado. Regresó anoche, una vez segura de que se encontraba estable, y eso que no hubo ninguna complicación en la operación.

Encendido el portátil, entro en el archivo de mi novela. De pronto, me asalta la duda de si la última vez hice copia de seguridad para actualizar. No pierdo tiempo e introduzco el palito que guarda lo que tengo en el principal. Sí, lo sé, fobias mías. Pero ¿y si se estropea y me quedo sin nada, eh? Pues eso, por si acaso.

Ya tranquila, cambio de idea de revisar lo último escrito y me centro en una de mis escenas favoritas, que lo son todas, pero con esta babeo...

Estaba nervioso. Se subía por las paredes, la impaciencia lo consumía. O terminaba pronto su jornada de trabajo o iba a la habitación de su padre y la

secuestraba.

Se detuvo frente a una de las puertas de cristal que daba acceso a la terraza y miró el claro reflejo de su rostro en el vidrio. Debía calmarse, como lo llevaba haciendo las últimas semanas. Todo por seguir teniéndola a su lado. Maribel había resultado ser casi una inexperta en el amor, y ello lo obligaba a ir con pies de plomo; a reprimir su animal deseo de poseerla y gritar al mundo que esa mujer tenía dueño: él.

No obstante, su paciencia se agotaba. Accedió a que se vieran prácticamente a escondidas, pues ella necesitaba sentirse segura de sus sentimientos. Sin embargo, él sabía que ese no era el verdadero motivo, sino la fama que él arrastraba de casanova y que, sinceramente, tenía más que ganada. Aun así, se amoldaría al ritmo que le marcara; tan solo cambiaría una circunstancia, vital para poder seguir controlando sus crispados nervios.

—Hasta aquí hemos llegado, preciosa.

Se giró al oír unos golpecitos en la puerta y, con el corazón martilleando loco, se apresuró a abrir.

—Maribel...

Un segundo después de decir su nombre, ya había cerrado con llave y la tenía entre sus brazos, besándola con un ardor nuevo para él. Sin abandonar su añorada boca, le quitó el enorme bolso de trabajo del hombro y lo dejó caer al enmoquetado suelo, se volvió a apoderar de la fina cintura y dieron unos pasos hacia atrás hasta topar con la pared.

—César... Estar aquí es una temeridad. Pueden vernos y...

—Tranquila, no hay nada que temer. ¡Dios! ¡Cuánto te he echado de menos, mi amor!

Sintió soledad cuando sus labios quedaron huérfanos de los de ella. Sabía el motivo del abandono.

—Sí, mi amor, acostúmbrate a oírlo. —Enmarcó con las manos el adorado óvalo de tan angelical rostro y no deseó nada más, salvo abrirle su corazón y que viera en él la magnitud de sus sentimientos—. Ojalá me fuera posible borrar esa desconfianza que aún tienes a causa de las mujeres que han pasado

por mi vida. ¿Y sabes por qué? Porque ni en mi mente ni en mi alma queda ya rastro alguno. Ahora tú lo llenas todo, Bel —aseguró con la voz casi quebrada—. Mi Bel, te amo. Y me sentiré el hombre más feliz del mundo si...

—Yo... Yo también te amo tanto... —la oyó declarar en un susurro, mientras veía que tímidas lágrimas empezaban a surcar su piel. Él, presto, se las enjugaba con los pulgares—. Solo te pido...

El silencio lo mataba. ¿Qué es lo que quería? No importaba lo que fuera, él se lo daría todo, ¡absolutamente todo!

—Bel, hálame. Soy sincero, ¡te amo! Tienes que creerme, ¡Dios! ¡Tienes que creerme! —insistió, dejándose caer de rodillas y ahogando el llanto, que no quiso frenar, en el vientre de ella.

Sintió que le acariciaba el cabello, para tomarlo por los hombros y agacharse hasta su altura.

—No me hagas daño, César. Es lo único que te pido. Me partirías el corazón —balbuceó entre sollozos.

—¡¿Hacerte daño?! ¡Antes me quitaría la vida! Este —le cogió una mano para ponerla sobre su pecho— solo late por ti. Te quiero en mi vida hoy, mañana y siempre. Que nada ni nadie te haga dudar, mi niña preciosa, no podría soportarlo.

La sonrisa que veía abrirse paso en su rostro aturdió sus sentidos, ya que era el preludio de la dicha que tanto anhelaba.

—Confío en ti, mi César —suspiró—. Mi amor solo ama al tuyo.

La atrajo y se adueñó de su boca a placer, encendiéndose con la entrega de ella, ¡su mujer! ¡Su compañera de vida!

—Eres mi presente y mi futuro —rezó entre besos sobre sus párpados—. Y también el pasado, mi Bel, pues ya lo abarcas todo.

Las manos de ella se afianzaban en su ancho cuello. Él se impregnó de la felicidad que rezumaba el marrón de los ojos más bellos que había visto jamás.

—Eres mi vida, amor mío, mi hombre. Pero no basta, quiero más... Quiero...

—¿Qué?

—Hazme tuya. Sé mío.

El masculino y profundo jadeo fue la antesala al más puro y apasionado acto de amor entre un hombre y una mujer.

¡Yo sí que me muero! César es pasión, es fuego, es...

—¡El puto amo del mundo! —grito a todo pulmón la frase, que no recuerdo dónde la leí.

Tengo que reconocer que estoy entusiasmada con la historia, y más cuando te mandan privados preguntando por ella, por cuándo sale... Lo que sí es cierto es que tengo el blog abandonado, ¡no me da la vida! En fin, voy a dejar tal como está el capi; si retoco y retoco, perderá frescura. Además, queda la lectura general cuando lo acabe y...

Bien, ya llegó Carmen, esa forma de tocar el timbre es inconfundible... Voy al *hall* y veo por la cámara de seguridad que, en efecto, es ella. Activo la apertura del portón, que da entrada a la finca, y veo que enfila el camino que lleva a la puerta principal.

Nuestro saludo es como siempre: efusivo y muy cariñoso.

—¿Cómo está Ceferina? —me intereso al momento.

—No te lo vas a creer, pero mi abuela está mejor que tú y yo juntas — comenta mientras se quita la chaqueta y la cuelga en una de las perchas del armario empotrado que hay en el recibidor—. ¿Tomamos un café?

Me da el último parte médico de la anciana señora, más favorable de lo que ninguno de sus médicos esperaba, mientras nos dirigimos a la cocina, y un tema me viene a la mente.

—Por cierto...

—¿Cotilleo? —pregunta, al tiempo que prepara la cafetera—. Ya puedes empezar a largar.

No puedo evitar reírme, ¡qué nos gusta un chisme! Pongo el calentador del agua y espero unos segundos antes de hablar.

—Sabes que me tienes en ascuas, ¿verdad? Oye, ¿cómo vas con mi César? ¿Ya has terminado? —Le dedico una ceja alzada—. Vale, ¿cuándo leeré algo nuevo?

—¿Cuando lo tenga? —Me saca la lengua y se sienta a la mesa—. Bueno, a lo que iba. El miércoles pasado, el día que llegamos a...

—Sí, sí... No te andes por las ramas y ve al meollo de la cuestión ya, chica.

Si la impaciencia tuviera nombre, se llamaría Carmen. Continúo antes de que le dé un paro cardíaco o se ponga a morder la mesa, ¡qué mujer!

—Después de que nos fuésemos todos a dormir, salvo tu marido, el mío y Rodrigo, al rato bajé a la cocina a por un zumo y unas galletas... ¿Y sabes con qué me topé?

—Noooo, no lo sé. ¡Habla ya!

—¡Ja! Pues con Celeste teniendo sexo en la mesa del comedor. Y por lo que oí, ¡se lo estaban pasando en grande! ¡¿Qué, cómo te quedas?!

—Muerta.

—Igual que yo. Imagina que hubiera entrado alguno de los chicos y los pillan con las manos en la masa, aunque no era precisamente una mano lo que en ese momento estaba usando. —No quiero ni imaginarlo—. De todas formas, ya podían...

—¿Tú cómo lo llevas? —pregunta despacio y pasando por alto mi chiste.

La observo detenidamente, o se ha maquillado poco hoy o la noticia le ha quitado el color; está blanca como el techo.

—A ver, a mí me da igual; pero tendrían que haber sido más cuidadosos, ¿no crees?

Me levanto para echar el agua hirviendo en la tetera y apagar la cafetera. Cojo una bandeja de madera y empiezo a poner sobre ella las tazas.

—¿No te importa?

Me giro ante la insistencia de la estatua en la que se ha convertido mi amiga.

—En absoluto —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Qué te ha dicho él? —La veo pasarse una mano por la frente tras hacerme la pregunta.

—¿Por qué habría de decirme nada? No te entiendo.

—Bueno, lo normal es que en el matrimonio se hablen las cosas — responde mientras cruza una pierna sobre la otra y mueve nerviosamente un pie—. Francamente, si yo pillara a Juan con otra, no estaría tan tranquila como tú.

A ver... «Si yo pillara a Juan con otra...». ¡¿Si yo pillara a Juan con otra?! No aparta la vista de mí y no es porque hoy esté especialmente favorecida, pero el color marrón de mi camiseta creo que sí me va a beneficiar para crear un ambiente neutral y terminar de entender lo que empiezo a temer que ha dicho.

Olvido la bandeja, a quién le importa en este momento, y me dirijo lentamente hacia la mesa. No perdemos el contacto visual; la conozco, su silencio me dice que se le ha escapado algo que no debía. Poso las manos en el respaldo de una de las sillas, noto que me tiemblan.

—Lo que yo he dicho es que oí a Celeste, no que viera con quien estaba. —Le hago una seña para que me deje continuar—. He supuesto que se trataba de Fernando, de su marido, ¿¿quién sino?!

—Claro, eso, Fernando —intenta convencerme sin convicción ninguna por su parte.

—Pero tú me has preguntado que cómo lo llevo, si no me importa...

—No le des más vueltas, Fuencis...

—¡Déjame acabar! Así que si no era su marido, es que estaba con otro, o no hubieras hecho esos comentarios. Según lo que dices, no era el tuyo. A Rodrigo lo escuché en el salón. —Tomo aire y aprieto el agarre en la silla—. Solo queda... Ricardo, el mío.

Cierro los ojos y mi mente se llena de luces, como fognazos, igual que si estuviera frente a una exhibición pirotécnica en mi honor. ¡¿Rick?! El ruido de las patas de una silla al ser arrastrada me saca de la nebulosa de aturdimiento que me abstrae y la miro.

—Fuencis, perdona.

Doy un paso a mi derecha, no quiero que se acerque, no quiero que me toque, ¡no quiero que me hable! Esto último no es cierto, ¡claro que quiero que me hable! Y luego, cuando lo suelte todo, ya veré qué hago con ella.

—¡¿Qué tengo que perdonar, di?! ¡¿Que mi marido me ha puesto los cuernos con Celeste?! No, no, no, espera: ¡¿que mi marido me ha puesto los cuernos?! Porque el nombre de la zorra me da igual. ¡¿Que mi mejor amiga lo sabía y se ha callado como una puta?!

Suerte que estamos solas en casa, porque me hubiera sido imposible contener este... Me encuentro deambulando por la cocina con las manos tapándome la boca. ¿Cómo es posible? ¡¿Cómo es posible?!

—Fuencis, cálmate. Igual estoy equivocada y...

La encaro con furia.

—¿Igual?! Es decir, que si no fue ese día, sí lo fue otro, ¿es eso? — Siento que me taladran las sienes—. Nunca, ¡jamás!, pensé que me fuera infiel. Hemos tenido nuestros momentos bajos, pero esto... Y tú, ¡tú...! ¡Vaya asco de amiga!

Su rostro abatido no es fingido; sin embargo, no me conmueve lo más mínimo. No quiero llorar, ninguno se lo merece, pero la presión que tengo en el pecho manda sobre mis sentimientos y no puedo evitar un sollozo.

—No quería romper tu matrimonio, por los niños.

—¡Una mierda! ¡¿Y yo?! ¡¿Yo no importo?! ¡Joder, no soy de piedra! Escúchame, mi matrimonio se rompió en el momento justo en el que ese hijo de puta puso los ojos en...

—Ella no fue la primera, Fuencis.

Que alguien me abofetee o me tire por un acantilado, quizás así despierte de esta pesadilla. Es que... Es que... ¿Tan fuera de todo he estado? ¿Dónde están las malditas señales? El perfume diferente, el pintalabios marcado en una camisa, ¡el chupetón en el cuello! ¡¿Dónde mierdas están?!

La veo derrumbarse en la silla y taparse la cara con las manos, sus hombros tiemblan: está llorando, y me pregunto si lo hace por mí o por la que se va a liar. ¡Porque que se líe, se líe!

Respiro corto y repetido por la boca, pues me es doloroso expandir los pulmones. Retiro una silla de las que bordean la mesa y me siento, frente a ella, en el lado opuesto para evitar la tentación de sacar a pasear la mano. Es el momento de coger el toro por los cuernos, ya vendrán los lamentos más tarde.

—Cuéntamelo todo. —Niega con la cabeza, la vista en el regazo. Doy tal palmada sobre la madera que retumba en la cocina—. ¡Ya!

Se aclara la garganta, lástima que no esté en la mesa el café hirviendo y le diera un trago, así se escaldara hasta las entrañas. Tengo un odio en estos momentos que sería capaz de cualquier cosa.

—Ya sabes cómo es Rick.

—¡No!, no tengo ni puñetera idea. Dímelo tú.

Coge una servilleta y se seca los ojos. ¡Vaya una tarde de tertulia que vamos a tener! Pero de aquí no se va sin que me lo cuente todo. Ya veré luego qué hago con mi existencia.

—Él... tiene ciertos gustos. —Clava la vista en mí, pero yo ni parpadeo—. Me refiero a que le gusta todo eso del sado, el rollo de amo y sumisa...

Entrecierro los ojos. Una pregunta me ahoga.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿También te has acostado con él? Seguro que habéis montado un trío: Zorricel, él y tú; como si lo viera.

—¡Nooooo! ¿Pero qué dices?

—Yo espero cualquier cosa ya —le espeto con toda la antipatía de la que soy capaz.

—Lo sé por... Sonia.

—¡La madre que os parió a todos! —grito levantándome—. ¿La mosquita muerta? ¿Otra a la que le gusta que la azoten? Y no cualquiera, obvio, ¡sino mi marido!

Le doy la espalda y me llevo las manos al cabello, lo suelto y tiro la goma a no sé dónde, ¡a quién le importa! La encaro de nuevo y la señalo con un dedo, tengo que acabar pronto, antes de que termine desmoronándome. No

quiero testigos, no quiero... ver a nadie.

—Habla —le ordeno.

Echa un vistazo a la cafetera, aunque no se mueve. ¡Ni agua le voy a dar! Pone los codos sobre la mesa, se muerde el labio inferior y asiente con la cabeza. Como no empiece pronto, le meteré palillos debajo de las uñas; pero esta va a cantar hasta en arameo.

—Primero estuvo con Sonia, poco tiempo. A ella no le van esas prácticas.

—¿Hace mucho?

—Creo que... unos cinco años —dice con cierto temblor en la voz.

—¡¿Cinco años?! —Abro la puerta de uno de los armarios superiores y la cierro con un fuerte golpe. O me desahogo de alguna manera o reviento, y la segunda opción no es viable—. Yo lo capó con los dientes... ¡No, qué asco!

Me ha parecido ver una sonrisita en la falsa de mi amiga. Que no me provoque o tendrá que pedir cita para una ortodoncia. Le hago una señal con la mano para que siga y me apoyo en el fregadero; tengo el pulso a cinco mil por segundo.

—A ella siempre le ha gustado Rick. Cuando él le propuso esos juegos, ella accedió por la novedad; pero cuando fue a más no quiso seguir y lo dejaron —termina con una mueca de no sé qué.

—Estás muy bien informada. ¿Acaso hacías de palanganera? —la insulto adrede.

—¡Ya basta! ¡Ni una más! —Salta de su asiento como una pantera y se queda en medio de la cocina con los brazos en jarras.

¡Esto sí que es bueno!

—¡¿Te ha ofendido?! ¡Ainssss, cuánto lo siento! —exclamo con las manos

cruzadas sobre el pecho e interpretando el papel de mi vida—. ¡Una mierda envuelta en papel de periódico! ¡¿Tú estás ofendida?! —Juro que echo chispas por los ojos.

—Sé que tenía que habértelo dicho y...

—¡Que te calles, joder! De mis tres amigas, dos se tiran a mi marido y la tercera, que lo sabe todo, se calla. ¡¿Alguien da más?! ¡Soy la cornuda mayor de este puto reino! ¡¿Y tú te ofendes?! —

Sin darme cuenta, me he ido acercando a ella mientras hablaba, y no es buena idea, que me conozco. Recula unos pasos, se da la vuelta y se dirige a la salida. Lo lleva claro si cree que se va a ir ya.

—¿Sonia te lo contó? —La freno con mi pregunta.

Se gira a medias y me dedica una mirada que interpreto es de disculpa.

—Un día las oí en un baño, no recuerdo el restaurante. —No importa—. Sonia le decía a Celeste que cómo podía aguantar esas sesiones, dijo algo de un expan... Un dilatador ¿anal?—Hace un gesto vago con la mano—. Yo estaba en uno de los cubículos, y ellas hablaban muy bajo. El caso es que Celeste comentó que era excitante, que le venía muy bien a su matrimonio esa... emoción extra, o algo así dijo.

Resoplo, ya me encargaré yo de dispararle la adrenalina.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Pues, creo, no estoy segura, pero por lo que entendí...

—¿Cuánto? Y no me mientas, aunque veo que se te da de maravilla, *amiga* —le digo con desprecio.

—Algo más de cuatro años —revela en voz muy baja, como si estuviera avergonzada.

Soy imbécil, lo sé, y por eso me duele tratarla así. Esta es la primera vez que discutimos en tantísimos años de relación; claro que tal como ella entiende la amistad podríamos haber seguido así por los siglos de los siglos.

—¡Qué bonito! Dejó a una y cogió a la otra. Y dime, ya que estaban en plan confesión, ¿se intercambiaron consejillos? A Rick le gusta esto, lo otro... Por aquí, por allí... —ironizo acompañado de un leve contoneo de caderas.

—Fuencis, no te...

—Espera, espera, se me ocurre una idea. ¡Podéis montar un trío! O mejor, invitáis a vuestros mariditos y ya tenéis la orgía, ¡qué guay!

—No tiene gracia, lo sabes.

—¿Se ven mucho? —Obvio su comentario y sigo con el interrogatorio, quiero y necesito saberlo todo.

Suspira, tengo la impresión de que no me va a gustar su respuesta. Cruza los brazos y yo la imito.

—Sí, mucho.

Nos miramos. Sabe que estoy esperando que especifique. Mis ganas de saber no tienen límites, a pesar de que cada revelación es una puñalada. ¡Mentira! Son cuatro puñaladas, una por cada uno de ellos.

—¡No tengo sus horarios! —¡Ay! ¿Se va a poner chula?—. Pero con mucha frecuencia, diría que semanalmente. También les gusta ir a locales especiales... Mirar y que los miren... Máscaras...

Se me revuelve el estómago.

—Ellas, a veces, cuando creen que estoy distraída, comentan; por eso lo sé.

—¿Y yo dónde estoy en esos momentos? —Parezco estúpida.

—Pues... —Indica con la mano la cocina y el resto de la casa; me siento la criada de las tres—. Ese es el motivo de que Celeste se encargue siempre de organizar las vacaciones.

Mi cara de sorpresa le dice que se explique; sin embargo, se calla y va al frigorífico. Saca la botella de zumo de piña y se sirve en un vaso, del que bebe con fruición.

Dejo que lo disfrute y saboree, será lo último que haga en esta casa. Bajo la vista al suelo, mil pensamientos bullen queriendo ser escuchados; pero aún no es el momento.

—Es evidente, busca lugares y alojamientos que les faciliten estar juntos. Son muy activos. —Deja el vaso en la encimera y guarda la botella—. Yo también los sorprendí en Arenas.

—¿Dónde? —Me arrepiento al segundo, ¿¿para qué quiero saberlo?!

Se frota una mano con la otra y da un paso hacia mí.

—En el garaje, ¿recuerdas que había una puerta de acceso directo a la vivienda? Sobre el capó del coche, la estaba follando por de...

—¡Calla! ¡Calla! ¡No quiero oír más mierdas!

Me cubro la cara con las manos, asqueada, herida. ¿¿Cómo ha podido hacerme algo así?! ¿¿Y dice que me ama?! Me ahogo en mi propio llanto, ¡es que no me lo puedo creer!

—Fuencis, ya sé que es un golpe muy duro; pero tienes que ser realista. —Sujeta mis manos y descubre mi rostro. ¡Nunca me habían hecho tanto daño! —. Escúchame antes de tomar ninguna decisión. Tienes cuarenta años, dos hijos y una vida sin problemas económicos. Si lo dejas, ¿de qué vas a trabajar? Porque él será implacable. ¿Dando clases particulares de latín? ¿Vas a tirar por la borda veinte años? Y por otro lado, ¿quieres que Ricard y Luis

sufren el trauma de ver a sus padres divorciados? ¡Piénsalo! Te juegas mucho.

La observo detenidamente mientras me ofrece una servilleta de papel para que seque mis lágrimas. Sus consejos o advertencias, lo que en realidad sean, calan en mi mente y batallan a muerte con mis verdaderos deseos: mandarlo todo a la puta mierda.

—Fuencis... Nadie se merece algo así, pero la vida es una cabrona.

Me abraza y yo me dejo. Muy lentamente empiezo a afirmar con la cabeza.

—Tienes razón, tengo que pensarlo. —Con suavidad, despacio, la aparto —. No puedo ser egoísta, no soy yo sola.

—¡En efecto! —Me quita la servilleta de la mano y seca mi rostro, sonrío —. Mira a tu alrededor y valora lo que tienes. Además, él es bueno contigo, atento y detallista —elogia mientras toca con el índice el colgante que ese hijo de la gran puta me regaló—. Hazme caso, ¿ganas algo cambiando tu situación? —Niego—. Pues ahí tienes la respuesta.

Hago un par de inspiraciones profundas mientras cabeceo.

—Carmen, quiero estar sola. Necesito... digerir todo esto. No te falta razón, sería traumático para todos que yo...

—Claro que sí. Te diré una cosa —anuncia dirigiéndose a la puerta conmigo detrás—, conste que este secreto me ha pesado mucho; pero temía tu reacción. Date cuenta de que no solo afecta a tu casa, sino que hay más personas involucradas.

—Es verdad. Por eso, ¿puedo pedirte un favor?

—Por supuesto.

Su sonrisa es benevolente, comprensiva, y pone una mano en mi antebrazo, cálida.

—Que esto quede entre nosotras dos. Que nadie sepa que estoy al tanto de todo. No quiero hacer daño ni a sus hijos ni a los míos, por favor.

Me envuelve en un abrazo, al que no respondo; me es imposible.

—Dalo por hecho. Te llamo más tarde, ¿vale?, a ver cómo estás. Y, oye, ¡me debes capi de César!

Deja un beso en mi mejilla y se va. Por la cámara de vigilancia, la veo subir al coche y enfilarse el camino de salida. Abro el portón y en segundos desaparece de mi vista.

Voy a la cocina sin pensar ni sentir, embotada. Sí, esto es solo previo a lo que se viene encima. Soy una olla a presión que lleva media hora a fuego fuerte. Guardo mi taza, que no he llegado a usar, y la tetera. Veo la de ella y... la tiro a la basura, y la cucharita también, ¡a la mierda con todo!

De forma mecánica me dirijo al despacho para cerrar el portátil y recoger mis notas. Me sorprende de la frialdad con la que actúo, como si todo lo que hemos hablado no hubiera sucedido. Sin embargo, libro una lucha sin cuartel entre lo que quiero y lo que debo, lo correcto y lo inapropiado...

Aun así, no me reconozco. Debería de estar soltando culebras por la boca, maldiciendo toda su generación. Me mordisqueo un carrillo, me siento sin fuerzas; se me va la vida.

Apilo todas mis cosas. Pego un taconazo con rabia sobre la alfombra. ¡Qué puñetas!

—¿Quieres otro capi de César? Pues ya puedes sentarte, que si crees que vas a leer más, ¡vas lista!

Abro la puerta de uno de los compartimentos inferiores del mueble librero, guardo el ordenador, las dos libretas y la bolsita que contiene los bolígrafos, entre otras cosas. Al cerrar e incorporarme, mis ojos se detienen

en el marco de plata que protege una foto que siempre me ha gustado.

Nos la hicieron en nuestra luna de miel, en Tenerife, unos chicos que pasaban por nuestro lado y a los que les pedimos el favor. Mostramos una sonrisa contagiosa, Rick me abraza desde atrás y apoya el mentón en mi hombro derecho. Somos la viva imagen de la felicidad, tantos planes por delante, un amor que no nos cogía en el pecho... Una pareja que dábamos envidia, con todo a nuestro favor. Paso los dedos por el frío metal y me estremezco.

¿Quizás ese fue el único momento real dentro de tanta falsedad? Me niego a creerlo, no puede haber sido tan canalla; hay cosas, sentimientos que no se fingen.

Me acuerdo del día, ya tan lejano, que me propuso ponerle un extra de picardía a nuestra intimidad. Entonces pensé que se refería a lencería sexi, ¡qué boba y qué ignorante! No llevábamos ni dos meses casados. Me dejé llevar por su palabrería, ¡Dios, era mi marido, la última persona en el mundo que querría hacerme daño, ¿no?!

Me empiezan a picar los brazos, un síntoma clásico en mí del estado de nervios interior que tengo. Me rasco por encima de la camiseta para aliviarlo, aunque sé que irá a más. Apoyo la espalda en el mueble y me obligo a contenerme; si no, terminaré llena de arañazos.

Me engatusó con su promesa de lo mucho que iba a disfrutar, de lo excitante que sería. Pero, cierro los ojos ante lo que visualizo en mi mente, cuando me esposó al cabecero de la cama, empezó a hablar con voz ruda, como cabreado, y me pegó un par de veces con un látigo, que no sé de dónde sacó... Nunca olvidaré lo histérica que me puse, los gritos pidiendo que me soltara...

Sonríó ante la calma que de pronto, e inexplicablemente, me inunda y se

lleva la cólera acumulada. Parpadeo un par de veces y meto las manos en los bolsillos delanteros del vaquero; ahora entiendo muchas cosas. Me liberó enseguida y, a pesar de que no quería que me tocara, me abrazó con fuerza y prometió que nunca más lo haría. Que lo olvidara todo, que me amaba.

Pero no, no lo olvidé; un mal sabor de boca me atormentaba. Deseaba satisfacerlo plenamente y le propuse volver a intentarlo. Pidió confianza. Yo... Yo hice el esfuerzo; sin embargo, fue superior a mí. No podía evitar estar tensa, incómoda, y así era imposible. Quiso vendarme los ojos para que no me predispliera a nada... ¡Uf! Solo consiguió que me diera un ataque de pánico.

A las pocas semanas descubrí que estaba embarazada. La alegría de la noticia borró todo lo demás, no volvimos a tocar el tema. Nuestras relaciones sexuales se volvieron... clásicas, sí, pero satisfactorias para ambos, o eso creía.

Miro sin ver lo que me rodea. Las piezas de este maldito puzle van cayendo una tras otra con estrépito, todo encaja: él no renunció por mí a sus placeres, simplemente se limitó a buscarlos en otro sitio, en otras mujeres. Y mientras, he vivido engañada vilmente.

Con razón se ha negado tan en rotundo a pasar unas vacaciones en pareja, daba igual el lugar; no era el sitio, era yo. ¿Tan grande es su enganche con ella? ¿Lleva veinte años jugándose nuestra familia por una doble vida? ¿Se habrá cuidado? Imagino que sí, pues no me ha pegado nada. Mejor no pienso en los riesgos o me volveré loca.

Echo la cabeza hacia atrás negando lo evidente.

—Malas *puñalás* te den. —Como diría mi abuela—. Si ella te pillara, ¡ay!, se haría un sonajero con tus bolas.

Una risa tonta me sacude, producto de los nervios, y se empieza a tornar en llanto. No puedo evitarlo. Me cubro el rostro y doy rienda suelta al dolor

que me atraviesa el pecho.

—¿Có-Cómo has... podido? —pregunto entre hipidos a nadie.

El silencio me habla de la situación en la que estoy: sola. Sé que así tendré que enfrentarlo, en absoluta soledad. No quiero contarle todavía nada a mis padres; ¡Dios, el disgusto que se van a llevar! Además, qué les voy a decir si aún no sé ni qué voy a hacer.

Doy unos pasos hasta el centro de la habitación, que se me antoja más pequeña. Busco en la memoria detalles... Quizás cuando hace poco dijo que ya no teníamos nada de qué hablar... Pienso en sus viajes, tan frecuentes. Pero ¿por qué no he sospechado nunca de la cercanía de ellos dos?

—Porque soy imbécil, obvio. Tanto «yo te ayudo», «nosotros nos encargamos...». ¿Lo sabrá Fernando? No creo... No, ese está como yo: en las nubes.

Vuelvo a llorar, y me da rabia. No se merece ni una lágrima. Siento que mi vida se va a tomar viento. ¿Será que no he querido verlo?

Los consejos de Carmen me gritan que sea prudente, que piense en mí. Si me separo, ¿qué haré? ¿Rogarle una pensión alimenticia? ¿Vivir de la manutención de mis hijos? Yo... no quiero el divorcio. Soy feliz.

—¡Mierda, no! ¡Yo era feliz! Yo... era...

Me resulta imposible respirar. El olor a madera, que tanto me gusta, ahora me asfixia. Las pulsaciones se disparan en mis sienes. No puedo seguir aquí. Necesito un espacio abierto, libre...

Corro al armario de la entrada para coger al vuelo una chaqueta y el bolso. Me dirijo al garaje, abro el coche y arrojo al interior las dos cosas.

Rápidamente estoy en la calle, me detengo unos segundos para ver por el espejo retrovisor que se cierra el portón. Tomo aire varias veces, las manos en

el volante; conducir me serena.

Huyo.



Es increíble cómo suceden las cosas. Si hace una semana me hubieran dicho que iba a estar así, ¡pero así!, qué carcajada habría soltado. Sin embargo, esta vida es muy puñetera y no siempre nos da las cartas que queremos o más nos interesan. Respiro profundo, será mejor que ponga las ideas en orden y me centre en lo importante.

¿Me gusta estar aquí? No, ni muerta.

¿Debo hacerlo? Hummm... Ni sí ni no.

¿Sacaré beneficio?... Resoplo, esta es difícil de responder, pues se mezcla lo económico con lo sentimental, y esa es la cuestión: a cuál hago caso.

Miro por el espejo retrovisor interior y me ajusto otra vez la peluca. ¡Qué rara me veo y lo que pica! Diría que me han echado veinte..., nada de veinte, ¡cuarenta años encima! Jolines, en las películas parece más interesante esta situación; sin embargo, es un aburrimiento, ¿quizás porque no tengo un compañero macizo al lado?

Me inclino hacia delante y echo otro vistazo al portal. ¡No se mueven ni las moscas! Es comprensible, todo el mundo está almorzando. Yo no puedo, tengo el estómago cerrado desde que decidí meterme a investigar.

¿Pongo música? No, mejor no, llamaría la atención. Clavo la vista en la entrada principal del edificio que tengo a la derecha. He aparcado en la acera de enfrente, a unos diez metros o algo más antes de llegar.

Mientras espero, pienso en el giro que ha dado mi vida, porque lo ha hecho aunque no lo parezca.

Aquel día, no se trató de una huída de mi casa para no regresar, tan loca no me volví, sino de un... distanciamiento de lo que me era querido, familiar y cercano. Me fui al parque del Retiro y anduve sin rumbo, angustiándome más yo sola al entrar en bucle mis pensamientos. Lo hecho, hecho estaba, pero qué difícil es no caer en la autolamentación.

Recibí un wasap de Carmen preocupada por mí, ¡será capulla! La tranquilicé, y así ha seguido toda la semana; no nos hemos visto, comprende mi estado de ánimo y, de momento, mantiene la distancia; también, la promesa. En tema de amigas, todo sigue igual.

Fue un alivio, lo reconozco, recibir el mensaje de Cardo (ha vuelto a llamarse como más le pega) diciéndome que estaba en casa preparando la maleta para irse a Londres, no sé si se oyó el suspiro que di. La empresa le pedía asistir al congreso que celebraría de viernes a domingo y, además, permanecer en la ciudad unos días para tratar algo relacionado con la sede de

Madrid; francamente, no presté mucha atención.

¿He sido una cobarde? Sí, ¿y qué? No es fácil de sobrellevar el enterarte de sopetón que tu marido anda por ahí dando latigazos en el trasero de tu amiga, porque del resto de actividades prefiero no hablar.

Aproveché sus días de ausencia para estar más con mis hijos, resarcirles por lo que pudiera pasar entre su padre y yo; aunque esto último aún no está claro.

Para cuando regresó, anteayer por la tarde, ya tenía yo en mente una estrategia: vigilar. Sé que si le planteo su infidelidad, lo va a negar de plano y pondrá a Carmen de «rompe matrimonios» y a mí de histérica celosa; conste que la etiqueta que le adjudique a ella me importa un pimiento.

Y aquí estoy, en plan camuflaje con este pelo postizo y asqueroso de rata vieja, maquillada para echarme años encima y vestida de la forma más desastrosa que he podido: un chándal amarillo comprado en el chino y del poliéster de mejor calidad que tenían; me saldrán ronchas en las piernas, lo sé, ¡ya me pica!

No me ha contado apenas nada de su estancia en la capital inglesa, solo que todo estaba organizado perfectamente y que trataron temas muy interesantes. Tampoco habló de lo relacionado con su trabajo aquí, y, francamente, ni le pregunté, a pesar de que está a la espera de un ascenso. Ayer, según él, tenía que visitar a varios clientes y no vino a comer. Llegó tarde, sin ganas de conversar, que no es que yo sí tenga. Conclusión que saco: se está poniendo al día con Zorricel y por eso está sin fuerzas, debilucho, ¡ojalá ella fuera una mantis religiosa y se lo comiera crudo!

Lo bueno de este panorama tan triste es que me permite, con disimulo, observarlo y analizar su comportamiento. Me cuesta un mundo aparentar normalidad; pero la convicción de que se iban a ver me hizo planear esta

locura.

Por eso, sin pensarlo mucho, alquilé el coche en el que estoy: un utilitario de los muchos que hay, y tras dar unas vueltas para hacerme con él, lo dejé en un céntrico aparcamiento público y me fui a comprar mi disfraz. Una hora más tarde, regresé al vehículo y lo guardé en el minúsculo maletero.

La suerte ha estado de mi parte, ¡ya era hora de que la cabrona me sonriera! Esta mañana, después de que se fueran los tres, hice un bocadillo, preparé un termo con té y cogí una botella grande de agua; elementos necesarios para una vigilancia que no sé cuánto puede durar. Me dirigí en mi coche a donde estaba el otro, cambié de ropa en el aseo del estacionamiento y salí del subterráneo rezando a todos los santos, habidos y por haber, para que me echasen una mano.

Después de pulular por los alrededores de su empresa y no ver el coche de Zorricel, lo llamé a la oficina con la excusa de que no recordaba si vendría a comer. No me ha importado quedar como idiota, pues lo comentó en el desayuno, ya que pude confirmar que estaba ahí por la voz que oí de fondo de su secretaria, lo que significaba que no tenía la llamada desviada.

No habían pasado ni cinco minutos, lo justo para tomarme media taza de té, cuando lo vi salir en su coche. Resultado: lo que restaba de la infusión me lo eché encima, ¡es que me pudieron los nervios, jolines!

Callejemos un poco, o eso me pareció; pero mantuve la distancia y no lo perdí de vista. ¡Bien por mí! Y aquí estoy, en una calle del barrio de Chueca, flipando al verlo aparcar y entrar en el portal de un edificio que no conozco.

Me incorporo un poco y vuelvo a sentarme; me duele el trasero de tanto tiempo estar sentada. La lagarta no ha entrado, lo que significa que ya lo esperaba en alguno de los pisos, ¡será zorra!, porque estoy segura de que están juntos.

¡Menudo papelón el mío! Yo aquí, hecha un espantapájaros y con un malhumor que va a más. Ellos allí, dándose el lote. ¡Vaya mierda! ¿Y si llamo a la policía y digo que hay una bomba en el edificio?... Tendrían que salir corriendo todos a la desesperada para salvarse y entonces... ¡Entonces me localizarían y acusarían de provocar el pánico por una falsa alarma y de mil cosas más...! No, no es una opción.

Me rasco la rata que está asfixiando mis sesos, ¡qué ganas de darme una buena ducha! De pronto, observo que el coche estacionado detrás del de Cardo se va e, inmediatamente, llega otro para ocupar su sitio.

—Vas a entrar muy justito, si es que lo consigues —comento como si fuera el copiloto.

En efecto, empieza a hacer maniobras hacia delante y atrás, pero solo consigue darle un golpe al del adúltero y que salte la alarma. ¡Madre de Dios, qué escandalera! El tío, asustado por el estropicio que ha organizado, se marcha con dos acelerones. Le ha hecho un bollo de cuidado, además del piloto trasero izquierdo roto.

Veo algunas cabezas asomarse a las ventanas, para enseguida volver al interior. No pierdo detalle, ojalá le llegue el sonido, porque a mí me va a dejar sorda. Sigo oteando las diferentes plantas... ¡Eureka! Ahí está, en la segunda, en el balcón.

Me pego al respaldo del asiento aunque sé que le es imposible verme desde donde está, pero ha sido una reacción por puro instinto de conservación. Hago fotos con el móvil, a locas, a lo que salga. Solo lleva puesto un pantalón, ¡hijo de...!

¡Ay! ¡Sí, sí, sí! ¡Zorricel a la vista! Está envuelta en una sábana, a su espalda, diciéndole algo. Ahora los estoy grabando en vídeo, que haya de todo, como en botica. ¿Y si lo cuelgo en YouTube?... ¡Lo que me iba a reír!

Siguen hablando, imagino que esperan que la alarma se silencie sola, aburrida o ronca, a saber. Cardo la coge por el brazo y vuelven al interior; algo me dice que no le ha gustado que ella saliera, ¡ni que se tratara de la reina de Saba y pudieran reconocerla! El auto sigue berreando como un condenado a galeras y entonces caigo en la cuenta de que... ¡Mierda, seguro que baja para apagarla! Me endezco, el corazón a mil. Si lo hace y mira alrededor, que lo hará cuando vea el piloto roto, me descubrirá. ¡Me va a dar un paro cardíaco! No es que me reconozca con estas pintas, digo yo, pero pensará que he sido testigo y...

¡Tengo que irme ya! ¡Ya! ¡Yaaaaaa!

Lanzo el teléfono al asiento de al lado, pulso el botón de encendido del coche y, con calma aparente, salgo de mi estacionamiento y enfilo la calle. No miro el portal al pasar a su altura; sin embargo, de refilón veo que se abre. Observo por el espejo retrovisor derecho: es Cardo el que se dirige con rapidez al vehículo y lo apunta con el mando a distancia. Tengo la impresión de haberme quedado sorda al cesar el aullido de la maldita alarma. No acelero, velocidad normal, ¡soy un modelo de templanza a seguir! ¡Fuencis-nervios-de-acero!

Lo veo gesticular con las manos al cielo, seguro que está jurando en arameo.

—Descubriste el desastre. ¡Te jodes, adúltero reincidente!

Sonrío como si hubiera sido una venganza divina, que quién sabe.

—Paso a la segunda fase de la operación «Se te va a caer el pelo, cabrón».

—¿Y le ha hecho mucho al coche?

—Se ha cargado el piloto trasero izquierdo, hijo de puta... —me informa, tironeando del nudo de la corbata para quitársela.

—Bueno, eso lo arregla el seguro. —Estoy sentada en los pies de la cama, observándolo desvestirse para darse una ducha. Ha llegado como una fiera rabiosa—. ¿Cuál es su compañía?

Lo estoy disfrutando.

—¡Se largó!

—¿Cómo?! ¡No se detuvo?! —Niega con la cabeza, al tiempo que se quita los calcetines y los arroja a un lado—. ¡No hay civismo! Seguro que tenía el carnet caducado, vete tú a saber. Lo único importante es que no te ha pasado nada, cariño. —¡Puafff!—. ¿Lo vas a denunciar a la policía? Oye, ¿y los otros coches? Han sido testigos.

—No, ¡joder! Cada uno va a su puto rollo.

Se dirige al baño, desnudo. No despierta en mí el más mínimo deseo; al contrario, solo de pensar que acaba de estar con una mujer... Que otras manos lo han acariciado, que otros labios han besado su piel para llevarlo a ese lugar que creía era solo nuestro y de nadie más... No puedo seguir con estos pensamientos, me echaré a llorar y esa no es una opción. Le digo que le preparo una copa y lo espero en el salón, creo que me ha oído.

Sirvo su bebida y me abro una lata de cerveza, mientras, vuelvo a hacerme la misma pregunta de días atrás: ¿es posible desenamorarse tan rápidamente? ¿Es normal no sentir ya nada por el hombre al que querías tanto y con el que ibas a pasar el resto de tu vida? ¡¿De verdad sucede?! Y me refiero a amor; porque rabia, desilusión, vacío emocional, tristeza... Todo esto sí que lo padezco como si tuviera un perro mordiéndome el corazón sin soltar presa. Solo me falta aullar de dolor.

Me dirijo al salón con lo que vamos a tomar en una bandeja, doy un rápido vistazo al despacho y de ahí saco las fuerzas necesarias para llevar a cabo lo que tengo en mente y las respuestas a los planteamientos sensibleros que me hago.

Hace unas tres horas, cuando llegué y después de una ducha que me hizo renacer, inicié otra búsqueda a fondo en el despacho de Cardo. Por cierto, el disfraz (rata peluda incluida) fue directo a un contenedor de basura que me pilló de camino a entregar el coche, alquiler que pagué en metálico para no dejar rastro alguno. De algo tiene que servir haber visto tantas películas y series policíacas.

Como decía, inicié un registro minucioso en busca de más pruebas. ¿El piso en el que estaban es alquilado, o propiedad de alguno de los dos? ¿Hay recibos? ¿Quizás una cuenta bancaria de la que no tengo ni puñetera idea y con la que financia sus juegos? ¿Una llave?!... ¿Algo, tenía que existir algo! Y vaya que sí...

El tercer cajón derecho de la mesa del despacho ya lo había mirado anteriormente. Reconozco que aprovechando su viaje, y yo más cabreada que una mona, rebusqué indicios en su santuario. Abrí libro por libro, los hojeé a conciencia... Incluso pasé la mano por debajo de las repisas esperando encontrarme cualquier cosa sujeta con celo a ellas; pero nada, así fue el resultado.

Sin embargo, hoy, su prisa por verla lo llevó a ser descuidado, y ese ha sido su error.

En dicho cajón, al remover los sobres de diferentes tamaños que hay, vi la esquina doblada de lo que creí era una hoja. Tiré de ella para ponerla bien y se resistió. Aparté todo a un lado y observé que asomaba entre el lateral y el fondo. Cogí el abrecartas, lo introduje en la minúscula ranura e hice palanca...

¡Saltó la liebre!

Dejo la bandeja sobre la mesa camilla rectangular del salón, a un lado de las puertas correderas de cristal que dan a la piscina, y me siento en uno de los cómodos sillones orejeros.

¡Vaya sorpresa que me llevé! Recibos del pago del alquiler, ya que no tiene domiciliado, obvio; tarjetas de visita de varios clubs de encuentros; revistas pornográficas; fotos muy *ilustrativas* y un lápiz USB.

En una libreta apunté los nombres de los locales y las direcciones a las que correspondían los recibos, pues había dos diferentes; también anoté las revistas, ¿por qué? Yo qué sé. Las malditas fotos las puse sobre la mesa, unas treinta, y las fotografié, como todo lo anterior para tenerlo por partida doble. Respecto al *palito*, tuve y tengo dudas. No lo he visualizado por dos motivos; primero, temo qué voy a encontrar; segundo, dejaría rastro de fecha si abro alguna de las carpetas. Así que me he limitado a copiar lo que contiene en uno de los míos y guardarlo; francamente, con lo que he visto hoy ya he tenido suficiente.

Tengo un pellizco en la tripa... Tanta tensión nerviosa me va a pasar factura, seguro. Si te dicen que tu marido está con otra, te enrabetas y especulas con lo que le harás al echártelo a la cara; sin embargo, todo lo planeado se viene abajo cuando realmente lo ves, cuando se materializa ante ti. Yo, particularmente, creí que me iba a indignar más, que me lanzaría y le arrancaría las entrañas con las uñas. ¡Qué va! Lo único que hice fue hartarme de llorar en la ducha y querer morirme por lo desvalida que me sentía.

Pero qué curiosa es la vida, la misma persona que me lanzó al borde de este precipicio al, involuntariamente, abrirme los ojos, ha sido la que ha hecho que me recomponga sin ella pretenderlo ni saberlo: Carmen. Recibí su wasap de interés por mí y aliento para que no sea tonta, entre líneas me vino a decir

que si él tiene su vida, por qué yo no. La verdad, es una mierda de consejo.

Oigo sus pasos bajando la escalera y le doy un traguito a la cerveza. Ya tengo la boca seca y todavía no hemos empezado... Entra, mira el televisor, que no he encendido, y se acerca a la mesa. Se ha puesto un vaquero, camiseta de manga corta y zapatillas de deporte. A quién quiero engañar, luce bien; lástima que sea un cabrón.

—Siéntate, tenemos que hablar. Los niños están en el cine con mi padre, así que aprovechemos.

—No estoy para hostias, Fuencis.

Le da un trago a su whisky y se gira para irse al sofá. Cuatro palabras, que mi nombre no lo voy a contar, han sido suficientes para encenderme; porque esta vez no le voy a tolerar ni una salida de tono.

—Yo tampoco estoy para hostias, Rick; así que vienes ¡y te sientas, joder!

Se queda clavado en el sitio, me encara y por unos segundos creo que ni respira, hasta que de forma lenta retrocede y deposita el vaso otra vez sobre la mesa con un golpe seco, pero se queda de pie.

—No me voy a andar por las ramas ni con sutilezas, sería una pérdida inútil de tiempo; por lo que iré al grano.

—¿Qué ocurre?

¡Cómo me conoce! Percibe que no le voy a admitir ni una tontería. Por eso está tan serio. Asiento con la cabeza y cruzo las piernas, enfundadas en unas cómodas mallas negras, aliso mi camiseta amarilla (he elegido este color por la buena suerte que me dio el chándal) y dejo las manos en el regazo. Ha llegado el temido momento, suspiro y le suelto a bocajarro:

—Sé, y ahórrate negarlo, que llevas mucho tiempo engañándome con Zorricel. Vamos, como se dice vulgarmente, poniéndome los cuernos.

No añado nada más. Es su turno. Se apoya en el cristal de la mesa con las manos abiertas, no rompemos el contacto visual.

—¿Con... quién?

¡Hay que ser cabrón! Su respuesta no es negar la infidelidad, ¡no!, sino preguntar con qué persona, ¡jó-de-te! Pero si cree que me va a llevar a la histeria, se equivoca.

—¡Ay, sí! Tú la conoces como Celeste, ya sabes, la mujer de Fernando, nuestros amigos. ¿Necesitas más detalles? ¿Acaso hay dos Celestes? —apunto con mordacidad.

Tiene la mandíbula tan en tensión que temo que abra la boca y le salgan disparados los dientes. Parpadea rápido, ladea la cabeza y mira hacia el porche. No sé qué busca... ¿Que haya una cámara oculta y esto sea una broma? El índice derecho lo empieza a tamborilear de manera veloz. Observo que su eterno bronceado ha bajado tres tonos. Espero que no le dé un *jamacuco*, como diría mi abuela, que no estoy para prestar primeros auxilios.

—No lo voy a negar —dice en voz baja.

De pronto, cierra los ojos con fuerza, mueve la cabeza a un lado y otro y vuelve a mirarme. Bordea la mesa, se sienta en el sillón que está junto al mío y clava los codos en las rodillas con las manos juntas, la vista en el suelo.

¡Estoy alucinando en colores! ¡¿Dónde está la reacción virulenta que yo esperaba?!

—¿Ah, no?

Sueno patética, pero es que me ha dejado sin palabras. Yo estaba preparada para discutir, para un enfrentamiento en el que me quedara ronca; que me pidiera pruebas en plan desafiante. O ni eso siquiera, simplemente que se cerrara en banda. La boca se me ha secado; sin embargo, desisto de beber

más, necesito la mente bien clara para enfrentar lo que sea que está pasando ahora mismo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunta sin mirarme, los hombros bajos.

—Más o menos una semana. —Hago memoria—. El día que te fuiste a Londres.

Cabecea en silencio.

—¿Cómo te has enterado? —Sigue en la misma pose.

Abro la boca pero, rápidamente, la cierro. ¡Un momento! Se supone que las preguntas las hago yo, ¿no? ¡Jolines, que me está interrogando!

—Eso no importa. —Me giro a él y apoyo una rodilla en el reposabrazos—. La cuestión es que...

—Soy un imbécil. La he cagado, ¿verdad, cariño?

—Pues yo diría que sí. ¡Sí a todo! ¡Y no me llames así, falso, que eres un falso!

¡¿Se habrá visto más desfachatez?! Lo miro sin creer lo que veo. Su postura es la de una persona hundida, incluso se ha tapado el rostro con las manos y sus hombros tiemblan, ¡¿está llorando?! ¡Ay, la madre que lo parió!

—Lo... Lo siento, lo siento —balbucea.

Doy un respingo y me planto en mitad del salón con los brazos en jarras.

—¡¿Que lo sientes?! ¡¿Qué sientes, que te haya descubierto?! ¡¿Que te vas a llevar tal patada en el culo que te voy a tatuar la suela de mi zapato?! ¡¿Qué mierdas sientes, di?!

¡Dios, haz que reaccione, así no sé cómo manejar la situación!

No me da tiempo a perfilar un segundo pensamiento, se ha levantado de improviso y me tiene abrazada sin hacer caso al forcejeo con el que intento

liberarme.

—¡Rick, Rick...! ¡Cardo, que me sueltes!

—¡No, no, escúchame, por favor...! ¡Por favor! —Me quedo quieta—. De verdad que lamento el daño que te he hecho, engañarte... La relación con ella tenía ya los días contados, no podía más con el cargo de conciencia... Por ti y por los niños.

Tengo las manos en puño sobre su pecho, intento apartarlo; pero parece que quisiera mover una montaña, no hay manera. Su rostro está bañado en lágrimas, que humedecen su barba; es la segunda vez que lo veo llorar, la primera ocasión fue cuando falleció su padre. ¡No! Y en el nacimiento de nuestros hijos, exacto; dos días inolvidables.

—No te miento, ¡te lo juro! No hay sentimientos por medio, es únicamente sexo. Yo solo te quiero a ti, cariño. ¡Mi amor siempre te ha pertenecido!

—¡¿Nos has mentado a las dos?! —¡Y a mí qué mierdas me importa si la engaña a ella! ¡Es que soy de lo que no hay!

Estrecha el abrazo. O es un actor buenísimo o está hecho polvo de verdad.

—Celeste siempre ha sabido las condiciones, las mismas que también puso. Sin embargo, yo...

Tomo aire, el que puedo.

—Te pido que me sueltes —hablo con calma, todavía sorprendida por su confesión tan rápida.

Deja un rápido beso en mi cuello y cae de rodillas ante mí, estrechándome ahora por las caderas.

—No rompas nuestra familia, Fuencis, cariño, te lo suplico.

—¡¿Romperla yo?! Te recuerdo que, aquí, el adúltero eres tú.

—Haré lo que me pidas, nena. Ya tenía pensado pedir ayuda psicológica para apartarme de esa maldita adicción al sexo. Ponerme en manos de un profesional. —Entierra la cara en mi vientre, llora de nuevo—. Te lo ruego, ¡ayúdame a curarme!

Estoy con los brazos caídos, pegados al cuerpo. Voy a echarle en cara que también estuvo con Zorronia, pero algo me hace guardar silencio. No sé por qué, como si me hubieran susurrado al oído que reserve esa información para otro momento.

Pienso en las fotos, vomitivas e indignantes. En una de ellas, se ve a Zorricel atada a la cama, desnuda, con una bola roja pegada a su sexo; ignoro si para que entre o que acaba de sacársela. He supuesto que son las llamadas «bolas chinas» tras buscarlo en Google. En esa instantánea no aparece él; pero sí hay una, por ejemplo, en la que está como vino al mundo, tumbado bocabajo, sonriendo; no sé si están hechas en la habitación de un hotel o en la de alguno de los pisos.

Lo miro, sigue en la misma postura, y me tapo la cara con las manos. Llevo horas sufriendo las imágenes, que no cesan de desfilarse por mi mente. Porque no solo hay de ellos, sino otras, pocas, de un grupo en un cuarto amplio, muy entretenidos en una gigantesca cama redonda. Esas, incluso las he examinado con una lupa para poder cerciorarme de que mis ojos no me engañaban; cuatro mujeres y cuatro hombres, ¡uf!, enredados de tal manera que es imposible ver los rostros de ellas, por lo ocupadas que estaban en ese momento, salvo en una instantánea en la que sonrían a la cámara, las muy... Y de ellos, ¡la madre que...!, hay dos a los que no conozco. Un asco, ¡un verdadero asco de bacanal! Conste que respeto los gustos y preferencias sexuales de cada hijo de vecino. ¡Pero es que este es mi marido, mierda!

Pongo las manos sobre sus hombros y lo insto a que me suelte, por suerte

no se niega; doy unos pasos hacia atrás y se sienta sobre los talones. Francamente, su desolación me conmueve, ¡soy humana! Le doy la espalda, confundida. No me imaginaba este comportamiento suyo, desde luego que no. Y otra vez la voz de mi conciencia me grita: «¿Te da penita, Fuencis? ¿Quieres que lloremos como niñas? ¡Buaaaa, buaaaaa...!»». Cualquiera día la ahogo por impertinente.

Doy un zapatazo y me vuelvo a él, inmóvil en su postura.

—¿Cómo puedo perdonar tantos años de mentiras, Rick?! Te has encargado de matar la confianza que siempre te he tenido. No te haces una puñetera idea de lo dolida que estoy, ¡ni idea! ¡Te ha importado una mierda mi amor! ¡Una soberana y gigantesca mierda!

¿Será posible que se me vayan a saltar las lágrimas?! Sí, la situación es para llorar, ¡pero no delante de él, jolines, y menos por pena! No me reconozco, se supone que me lo iba a comer, que le iba a sacar los ojos con una cucharita de postre...

—Además, ¿y si me hubieras pegado alguna enfermedad venérea, di? ¿O la hubieras dejado embarazada?! Es que... Es que...

—¡No! He sido muy cuidadoso, cariño...

—¡Que no me llames así!

—Regularmente me he hecho chequeos médicos, nena. Por nada del mundo te iba a dañar. Tampoco ha sido durante todo nuestro matrimonio. Pero ha habido... circunstancias que no he sabido manejar, la presión en el trabajo es muy fuerte...

Lo que he dicho antes también se aplica a ahora: nunca lo he visto tan derrotado, ¡joder!

—¿Tengo que darte las gracias por preocuparte de mi salud? Si estabas

tan mal, ¿por qué me lo ocultaste? ¿No se te ocurrió hablarlo conmigo en lugar de irte de putas? —suelto con rabiosa ironía, y vuelve a bajar la cabeza.

¡Que no! ¡Que yo esperaba que se pusiera bravo! No como un cordero que se ofrece en sacrificio.

—Te quiero, nena. Eso no ha cambiado —implora aún de rodillas.

—Tengo una curiosidad. —Me acerco un paso—. Si yo no lo hubiera descubierto, ¿me lo habrías dicho?

Quizás la pregunta no debería ser esa, pero es la que viene a la mente y sale sin filtrar.

—No, porque la voy a dejar; de hecho, desde este preciso momento, por mi parte, ya está rota la relación. Decírtelo habría supuesto hacerte un daño innecesario, y no es lo que quiero.

Oye, mira qué considerado.

—Claro, tú siempre pensando en mi bienestar. Pues siéntate y espera si crees que te voy a perdonar. Hasta aquí hemos llegado. Ya puedes ir haciendo la maleta, hijo de...

Con todo el dolor de mi corazón, porque es así, me doy la vuelta y salgo del salón.

Llevo ocho días asquerosos de sufrimiento, de hacerme a la idea de que he vivido en una mentira. Sí, no ha sido todo el tiempo, ha habido descansos, como en los partidos de fútbol; sin embargo, saberlo no me consuela ni le quita puntos al daño hecho.

En la cocina, me sirvo agua fresca. No es la garganta la que noto seca como el esparto, sino el corazón.

Me tiemblan las manos cuando dejo el vaso vacío en la encimera. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Empezarán las peleas por quién se queda esto y lo otro?... Mis

hijos ya son mayorcitos, van a tener que tomar decisiones; de hecho, Ricardito es mayor de edad, no le podremos imponer nada. ¿Cómo les afectará la nueva situación de sus padres?

«No seas egoísta», recuerdo las palabras de Carmen. ¿Lo soy? ¿Me estoy dejando llevar por el orgullo herido?

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Me abrazo en un intento de autoprotección. No sé cómo vamos a manejar esto, cómo lo voy a enfrentar.

—Fuencis...

Su voz a mi espalda me sorprende. No lo he oído llegar.

—Te lo he dicho, Rick. Es mejor que cada uno siga su camino. No se ha tratado de una aventura pasajera, de una noche en uno de tus viajes que...

—¡Nunca! Tienes que creerme, ¡nunca he tenido nada con nadie cuando he estado fuera de casa!

Se ha acercado.

—Te creo. A ti te va el producto local, ¿no es así? —respondo con desdén, que es para lo único que tengo ánimo.

¿Cómo voy a superar esto?

—Fuencis...

Niego con la cabeza, no me giro. Un abatimiento mortal se ha apoderado de mi voluntad.

—¡Ayúdame! —pide abrazándome, con su pecho pegado a mi espalda—. Lucha conmigo, por nuestro matrimonio, por nuestros hijos. Cariño, quiero que volvamos a ser aquella pareja de universitarios que solo tenían ojos el uno para el otro. No tenemos por qué acabar así, ¡no lo permitiré! Pelearé por los dos, nena.

Sus palabras buscan la manera de llegar a mi corazón, ese que él ha traicionado mil veces y al que apenas le queda un puñado de latidos antes de colapsar.

Me da la vuelta entre sus brazos. Su expresión es fiera, irreconocible por lo decidida.

—Volveré a ser el hombre del que te enamoraste, cariño, porque tú sigues siendo la jovencita vergonzosa que me observaba a hurtadillas, ¿lo recuerdas? La que se sonrojaba si nuestras miradas se cruzaban.

Estrecha el abrazo y besa mi frente. Mis manos, desertoras, van a su cintura como si se tratara de un imán.

Tiene razón, él era el chico guapo con el que todas querían salir, y yo también. Pero aquel día, en la cafetería del campus, vino directo a la mesa en la que yo estaba con unas compañeras de aula, se sentó junto a mí y dijo que me esperaba a la salida de clase para llevarme a mi casa... Nunca olvidaré lo roja que me puse, y los nervios... Esa fue la primera vez que monté en moto. Y ahí empezó *la primera vez* de muchas cosas maravillosas.

—Cariño, por lo que fuimos y que volveremos a ser. Por el amor que aún nos tenemos —susurra como plegaria en mi oído.

—Es... tarde —atino a responder, superada por las emociones que me asaltan sin control alguno, despiadadas.

—No lo es, mi amor. ¿Y sabes por qué?

Calla y alza mi rostro para que lo mire a los ojos, más marrones y brillantes que nunca. Me sonrío de esa manera canalla que tanto me gusta; porque, ¡sí!, me gusta.

Y yo, yo espero con ansia que siga hablando, que restañe la herida por la que se escapa la ilusión y demás sentimientos que mantenían viva una mínima

esperanza.

No todo ha sido malo en este caminar juntos. Sin embargo, me niego a pensar en los momentos de intensa felicidad.

Pasea el pulgar derecho por mi labio inferior para distraer los pensamientos que me tienen absorta.

—Nena, porque tú me amas. Porque yo te amo.



No sé quién dijo que la vida no deja de darte sorpresas, ¡y vaya que sí!

Parecerá extraño, pero la tensión nerviosa vivida en este último mes y medio le ha dado alas a mi imaginación para adelantar la historia de Maribel y César, que es lo que tengo justo delante en la pantalla del ordenador.

Y las musas, muy cabronas ellas, siguen haciéndome visualizar los caminos por los que deben andar mis protagonistas; sí: caminos.

Distraída, miro el color de la laca de mis uñas: rojo sangre.

—Muy apropiado.

Dejo salir el comentario con un tono de voz lleno de hastío que hace juego con el estado de ánimo que luzco últimamente. Sin embargo, la faceta creativa está más viva que nunca, ¡qué ironía! No puedo evitar que lo que sucede a mi alrededor influya en lo que tecleo con ganas y determinación. Como si me encontrara en una cuenta atrás y llegar a tiempo para escribir *Fin* fuera lo único que me mantiene en pie. Extraño, mucho, pero cierto.

—Cariño, voy a acercarme a comprar otra bolsa de carbón. He estado mirando y no sé si tendremos bastante —anuncia Rick, sonriente, desde el vano de la puerta—. Y, de paso, pastillas de encendido. No queremos quedarnos cortos, ¿verdad? Estoy de vuelta en media hora. Te quiero.

Las dos últimas palabras me llegan desde el pasillo, camino del garaje.

¿Cuántas veces las ha dicho en las últimas semanas? Muchas, quizás demasiadas.

¿Cuántas veces me han llegado al corazón? Ninguna, por suerte o por desgracia, a saber.

Si he aprendido algo, es a no engañarme. A ser realista en lo que a mis sentimientos se refiere. Otro asunto muy distinto es qué le resulta más conveniente a nuestros hijos. No quiero perjudicarlos de ninguna manera, pero forzar una situación y fingir que todo está bien no creo que sea ni saludable ni justo.

Rick, entre lágrimas, pidió una oportunidad para demostrarme su amor antes de que yo reventara e hiciera saltar por los aires nuestro matrimonio, y se la di. Eso sí, condicionada. Desde aquel día, duerme en la habitación de invitados. No se negó, al contrario, lo comprendió y vi que aceptaba de buen grado. Le mandó un wasap a Zorricel concertando una cita en una céntrica cafetería, mensaje que me enseñó. Y prometió darme el tiempo que necesitara hasta volver a confiar en él para que nuestra vida en pareja se normalizara.

Resoplo y desvío la vista a la librería de la derecha. ¡Qué simples son los hombres! Creerá que lo que ha hecho es igual que mancharse la camisa, que se lava, la planchas y te la pones limpia, como si la estrenaras, ¡como si aquí no hubiera pasado nada!

Los vi en la cita que tuvieron, obviamente de lejos y con otro cambio de imagen. Me estoy volviendo una experta en tareas de seguimiento; el chino, que se acordaba de mí, me miró con curiosidad. Entraron por separado y salieron de igual forma. Hecho que, con el expediente que tienen, no significa mucho.

Se han sucedido los regalos, las flores... Incluso ha preguntado por mi novela, de la que le he dado pocos datos y muy superficiales; la verdad, no me creo su repentino interés. Ahora no le importa que use su mesa, siempre y cuando no deje «mis trastos» regados sobre ella. ¡Será...! ¡Ah! Y también comentó el otro día que estaba de acuerdo con lo del viaje a Corfú...

El parpadeo del cursor me reta a que lo haga avanzar. Lo miro fijamente, llevo las manos al teclado y deslizo las yemas de los dedos sobre él. Busco en mi mente la palabra clave que dará salida a las demás para convertirse, así, en un precipitado torrente voraz que consuma el espacio en blanco que tiene por delante... A codazos, se abre paso y casi por arte de magia se materializa ante mí en la pantalla: cuidado.

Y se obra el milagro al ver que lo que eran ideas inconclusas, un verdadero caos, empiezan a tomar sentido y a ocupar, línea a línea, el lugar que les pertenece.

Abro la aplicación de Spotify y elijo la música ideal para lo que tengo en mente...

Felisa observaba con atención cómo Maribel pasaba una compresa

humedecida en agua fresca por la frente de su marido. Lo habría hecho ella misma; pero para eso, entre otras tareas, había contratado los servicios de su empresa, para que se encargaran de su cuidado y necesidades. Cerró el libro que intentaba leer y lo dejó en el alféizar de la ventana, resignada.

Augusto, su esposo, llevaba algo más de cuatro meses postrado la mayor parte del tiempo en la cama. El maldito ictus lo había golpeado fuerte; no obstante, los ejercicios de rehabilitación y su envidiable fuerza de voluntad luchaban juntos, consiguiendo grandes avances.

Se hallaba un tanto aburrída de la poca vida social que tenía, de rechazar invitaciones a eventos a los que, en otras circunstancias, sí habría asistido. Pero sabía que estaría mal visto que acudiera sola. Una cosa era almorzar con las amigas y otra, muy diferente, asistir a fiestas. Suspiró y le echó un rápido vistazo a su reloj de muñeca, apenas faltaban unos minutos para...

La puerta del dormitorio se abrió y dio paso a Francisco, el fisioterapeuta que relevaría a Maribel. Respondió a su saludo y los vio hablar entre ellos; sin duda, sobre el paciente y las novedades que tuvieran que comunicarse.

Felisa, después de besar la frente de su esposo y decirle unas palabras de cariño y ánimo, que él correspondió acariciando su rostro con la mano izquierda y balbuceando un sentido *te amo*, se dirigió a la salida.

—Maribel, ¿podemos hablar unos minutos? —le pidió al pasar por su lado —. En la biblioteca, por favor.

—Enseguida, señora. Me cambio de ropa en unos segundos —le respondió con la sonrisa afable que siempre lucía.

Con su característico taconeo de andar firme y seguro, se dirigió a la estancia para hacer lo que consideraba su deber de madre.

Le había dado muchas vueltas al asunto, cómo afrontarlo; así que cuando la tuvo delante, y después de un par de frases de pura cortesía, fue directa a lo que realmente le importaba.

—Maribel, seguramente me vas a odiar por lo que voy a contarte, créeme que no hay nada personal en ello; pero eres una chica muy dulce y buena trabajadora. —Felisa, sentada en el amplio sillón de cuero marrón junto a la

apagada chimenea, miró al suelo con abatimiento antes de proseguir—. No mereces vivir engañada.

La joven la escuchaba con expresión aturdida, no entendía qué quería decirle. Estaba de pie ante la madre de César y un leve temor empezó a crecer en su interior. «¿Engañada? ¿Por quién?».

—No... No com-comprendo...

El torpe balbuceo se vio interrumpido por la mano alzada de la otra mujer, que la hizo callar. Esta clavó los ojos en ella y desveló el acertijo de sus palabras.

—Sé que mi hijo y tú estáis juntos, que tenéis una relación. No te molestes en negarlo, os vi besaros en el garaje antes de que él saliera de viaje.

Maribel notó que se le iba el color del rostro. Inconscientemente, se abrazó en un intento de retener el calor que su cuerpo se empeñaba en dejar marchar para dar paso a un frío helador. Retrocedió un paso. Era cierto que se ocultaban, que nadie sabía del profundo sentimiento que los unía, pues así lo quería ella, al menos de momento. Tan solo su minúsculo apartamento había sido testigo de la intensidad y de la pasión con la que se amaban.

Él le había dicho que a su vuelta hablarían de algo que les afectaba a ambos. Que habría cambios...

—Hija —la llamó con tono afligido, retorciéndose las manos sobre el regazo—. César está comprometido desde hace mucho tiempo. Su viaje a Alemania es para concertar la fecha en la que se hará público el enlace con Anke, su prometida.

Felisa observaba la extrema palidez del joven rostro. Dio un profundo suspiro y se levantó.

—Lo siento, de verdad que sí; pero creía que debías saberlo. —La vio asentir muy despacio, ausente—. Te dejo sola, imagino que querrás un poco de intimidad. Tómate el tiempo que necesites, hija.

Puso una mano en uno de sus hombros a modo de consuelo, no sabía qué más decirle sin riesgo de que sonara a reproche por su ingenuidad. Le dio una palmadita y se dirigió a la salida, cerrando tras ella la puerta de madera

ricamente labrada.

Maribel, al saberse ya sola, contrajo el rostro en un rictus de punzante dolor. ¡¿El amor de su vida la había engañado?! ¡¿Y por qué no?! ¡¿Quién era ella?, una humilde trabajadora, nadie. ¡¿Quién era él?, un hombre rico y poderoso. ¡¿Qué era para ella?!... Su mundo. O mejor dicho: su infierno.

Un vahído la hizo trastabillar hasta el sillón que había ocupado Felisa y se dejó caer en él, derrotada, hundida... Muerta en vida. Su peor pesadilla acababa de hacerse realidad, justo lo único que le pidió el día que se declararon su amor: «No me hagas daño».

Enterró la cara entre las temblorosas manos y dejó que un silencioso llanto se apoderara de ella, incapaz de combatirlo. ¿Y ahora qué?, se preguntaba, ¿cómo seguir adelante? Sentía el corazón roto, estallarle en pedazos que nunca podría unir; tampoco quería hacerlo, recomponerlo ya no era una opción.

Cada palabra escuchada había sido un zarpazo en su alma que jamás cicatrizaría. Negaba con la cabeza. Dolía, ¡cuánto dolía! Aun así, incomprensiblemente, seguía viva, respiraba, lloraba, pensaba...

—Sobrevivir... Yo no quiero sobrevivir. Yo no quiero... vivir —musitó entre hipidos—. César, mi amor, ¿por qué? ¿Por qué me has hecho esto? Yo... te amo. Creía que tú también... ¡Dios, mátame! ¡Mátame! ¡No puedo con tanto sufrimiento!

Los sollozos quebraron su débil voz, incapaces de ser retenidos por más tiempo. De pronto, una urgencia por salir de la habitación, de la casa, se apoderó de su cuerpo y del poco raciocinio que le quedaba. Tenía que marcharse. Él regresaría en un par de días y no quería que la encontrara.

¿Ese era el cambio al que se refirió? ¿Que se casaba con otra? Qué estúpida había sido por entregarse a un hombre que solo coleccionaba mujeres por puro placer.

—No puedo verlo, o caeré de nuevo en sus mentiras, ¡lo sé! Me iré. Desaparecer es la única solución para no sufrir más.

Se secó las lágrimas con el dorso de las manos mientras repetía las últimas frases como un mantra sanatorio. Cogió su bolso, que había dejado en la

entrada sobre una silla, y, sangrando y destrozada por dentro, tomó una decisión que masculló con rabia y desesperación:

—¡Juro que no me volverás a ver nunca más! Ni en esta vida... ni en la otra.

Me echo hacia atrás en el asiento y trago saliva. ¡Jolines, si estoy llorando! Silencio la música, bastante drama tengo encima como para añadir la que se ha creado con esas baladas tan tristes de fondo.

—César... eres un cabrón. Y de los grandes.

Esta costumbre de hablar sola no hay quien me la quite. Aunque leí por ahí que es mentalmente saludable hacerlo. Da igual, me sirve de desahogo.

—¡Ya estoy aquí!

¡Jesús, qué susto! Pues sí que he estado metida en mi mundo. Saludo con la mano a Rick, que me mira con gesto divertido desde la puerta, ¡si es que he dado un respingo en la silla...!

—Voy a darme una ducha y luego enciendo la barbacoa —me informa de sus maravillosos planes, a los que yo asiento muda—. Recuerda que en poco más de una hora estarán todos aquí.

—Sí, tranquilo. Ya recojo esto y empiezo con los preparativos.

Da una palmada en el marco de la puerta y se va tan feliz el muy hijo de... su santa madre. Si no fuera por lo que es, ya lo habría mandado a la mismísima mierda; pero no, no quiero cargos de conciencia en el futuro.

Así que guardo lo escrito, que todavía me tiene el corazón en un puño, pobrecita de mi Maribel... ¿Quién se iba a imaginar que...? Porque yo no, no tenía previsto este giro. ¡Cómo la comprendo! Desaparecer...

Una vez todo ordenado y antes de salir del despacho, fijo la vista en el maldito tercer cajón de la mesa. Me alegro de haber descubierto lo que se

escondía ahí, pero no dejo de preguntarme qué habría pasado si eso no hubiera sucedido. ¿Y si aquella noche no hubiera bajado a la cocina...? O si Carmen siguiera guardando el secreto, ¿cómo estaría mi vida ahora? Quizás, como me dijo esta puñetera conciencia que tengo, sería más feliz viviendo en la ignorancia.

Salgo al pasillo y cierro la puerta. Me encamino despacio hacia las escaleras para subir al dormitorio y arreglarme.

Desde el viajecito a Arenas de San Pedro, no hemos vuelto a quedar con las otras parejas. Hace un par de días le propuse a Rick organizar una velada con todos ellos en nuestra casa, lo que le entusiasmó. «Así reanudamos viejas costumbres, nena», respondió contento.

Muy bien, pues allá vamos y, como decía mi abuela, que era muy refranera: ¡que salga el sol por Antequera!

—Hacía tiempo que no comía unas chuletas tan ricas —elogia Juan, echándose hacia atrás en su asiento y sobándose la barriga—. No has perdido el toque, colega.

—Me alegro de que te haya gustado. ¿Y los demás qué decís? ¿Hago más?

Me mira y le respondo con un encogimiento de hombros. He comido como un pajarito: picoteando aquí y allá. El resto, como cerdos. ¡Así revienten todos! ¡Ay, se me está poniendo una mala leche!

—Yo no puedo aunque quisiera, Rick, ¡que todavía falta el postre! —recuerda con glotonería la golosa del grupo: Carmen.

Tanto mi hijo mayor como los hijos de Zorricel y la de Zorrionia, que están comiendo en otra mesa a nuestro lado, hacen un gesto de negación con la cabeza. Los demás críos, incluido mi pequeño, se fueron en una excursión

organizada por el instituto a Toledo, regresarán mañana por la tarde.

—Estaba todo muy bueno —comenta Estrella mientras abandona la mesa y los demás, rápidos, la imitan—. Nos vamos ya, mamá. La *pele* empieza en una hora, pero mientras viene el taxi y todo el rollo...

—Ten mucho cuidado —le advierte su padre, señalándola con un dedo.

—No te preocupes —interviene mi primogénito, muy chulito él—. Yo la cuido.

Un coro de risas se escucha por encima de la música de fondo.

—Pues no es que me tranquilice mucho eso —refunfuña Rodrigo con gesto serio.

—Venga, dejad que se diviertan los chicos.

Mucho ha tardado en salir en su defensa mi suegra. ¡Qué aburrimiento de mujer, por Dios! Cuando llegó, hace unas horas, le dio dinero a escondidas a Ricardito para que lo repartiera con su hermano. La pillé de casualidad al salir de la cocina; otro día se lo habría reprochado, hoy no. Hoy tengo la mente en asuntos más importantes que intentar ganar una batalla que perdí antes de que empezara.

Me levanto y cojo la bandeja que dejé en la mesita auxiliar.

—Haced caso —apoyo a Rodrigo—. Y no vengáis muy tarde. Un refresco después de la película y para casa del tirón, ¿de acuerdo?

He ido recogiendo los platos y los cubiertos que me han ido pasando mientras Carmen, en el otro extremo de la mesa, se encargaba también de retirarlos. Las otras dos, como dos señoronas, ni se han movido. Por supuesto a Catalina ni la nombro, se le vaya a romper una uña por acercar su vaso. Un pensamiento maligno cruza mi mente: ¿qué pasaría si abriese una encuesta en mi facebook pidiendo ideas para deshacerse de una suegra? Humm, sería

interesante...

Al volverme para entrar en casa, Rick me detiene poniendo una mano en mi antebrazo.

—¿Todo bien, nena?

«*De puta madre*», me gustaría responder; pero como hay que ser fina y educada...

—Perfecto, cariño.

Y sigo con la sonrisa que él achaca al momento en el que estamos: con nuestros *amigos*, ¡si supiera el verdadero motivo...!

Ya en la cocina, pongo un mínimo de orden entre tanto cacharro, ¡la que se organiza, jolines! Se está haciendo eterna la cena, nunca los chistes que han contado me han parecido tan malos; será porque ahora lo veo todo desde otra perspectiva, ¡la que te da el saberte engañada como una imbécil!

Sin embargo, hay una cosa positiva: soy más fuerte de lo que yo misma creía. Tenía mis dudas sobre si podría sobrellevarlo, y sí, puedo con esto... ¡y más!

Entra Carmen, cargada, y deja su bandeja al lado de la mía, ya vacía.

—Va todo genial, ¿verdad? —Asiento—. Esto es lo mejor, Fuencis.

Sigo metiendo platos en el lavavajillas. Hemos hablado unas cuantas veces por teléfono, pocas. Ha sido lo suficientemente inteligente como para darme mi espacio. El día de la bronca con Rick, me llamó por la noche, preocupada. Cuando le hablé de una segunda oportunidad, felicitó mi decisión. Obviamente no tiene ni idea de mis peripecias detectivescas, y el porqué es evidente: no confío en ella ni para cruzar una calle desierta.

—Rick no es tan torpe como para volver a las andadas —continúa hablando—. Le ha visto las orejas al lobo.

—También es posible que se vuelvan más cuidadosos, ¿no crees? Sería otra opción —le propongo sin mirarla y con frialdad, mientras pulso el botón de encendido tras elegir el programa de lavado.

—¿Y arriesgar vuestro matrimonio? ¡Ni loco!

—¿Por qué estás tan segura? —la encaro—. ¿Acaso sabes algo?

Estoy apoyada en la encimera, los brazos cruzados sobre el pecho. Gesticula con nerviosismo, quizás demasiado; pero ella es así de expresiva.

—Nooooo, no he hablado con ellas. —Se acerca, está seria—. He estado pasando con mi abuela todo el tiempo que he podido, ¡no he parado!

—Vale, no te preocupes. En fin —suspiro—, ya veremos qué pasa.

—Lo solucionaréis, ni lo dudes. —Se apoya a mi lado y me echa un brazo sobre los hombros—. Sabes que te quiero, amiga.

Me obligo a sonreír. Lo siento en el alma, pero ese «amiga» no me lo trago; su comportamiento conmigo en el tema de la infidelidad no lo considero normal; al menos, no es el concepto que yo tengo de una amistad sincera. Respondo guardando silencio.

—Y también me alegro de que no seas rencorosa con Celeste y Sonia, ¿de qué serviría?

—Pues sí —mascullo entre dientes.

—Solo conseguirías envenenarte la sangre. Ya te digo, estás haciendo lo mejor para ti.

¡Que alguien me dé fuerzas para no echarle mano al cuello y retorcérselo!
¡¿Pero qué clase de planteamientos son estos?! ¿Perdonar a esas dos zorras?
¡Primero me las como crudas! Respiro profundo y palmeo su mano, la que sigue en mi hombro, antes de apartarme.

—Sé que es lo mejor para todos, aunque parezca lo contrario.

Abro la puerta de uno de los armarios y saco los platos de postre.

—Por cierto, ¡¿cómo va mi César?! —pregunta con entusiasmo, apilándolos en la bandeja que traje—. ¿Cuándo leeré más?

¡Ja! ¡Te vas a enterar!

—César está en Alemania para concertar la fecha de boda con su prometida, que se llama Astrid.

¡Qué placer me da romperle la sorpresa!

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo que su prometida?! ¡¿Qué has hecho, loca?! —me increpa casi chillando.

¡Ay! Esto sí que lo voy a gozar.

—Tiene que haber drama —justifico.

—¿Y Maribel?

Le doy las cucharillas y la pala de cortar la tarta. No aparta los ojos de mí, horrorizada; ¡que se fastidie!

—Pues va a desaparecer.

—¿Cómo que desaparecer?

—Está pensando en quitarse la vida.

—Pero... Pero... ¡¿Tú estás buena de la cabeza?! —

—Mejor que nunca —respondo con calma—. Y ahora lleva esto al salón.

Se queda sin hacer caso, paralizada.

—No sé si creerte. ¿Cuándo podré leer más?

La miro de reojo mientras saco la tarta del refrigerador y el bote de nata montada. Me dan ganas de decirle la verdad: nunca. Sin embargo, miento.

—Pronto. Venga, deja eso en el salón, en la mesa central, y luego diles a todos que entren. Quiero enseñarles unas fotos viejas que encontré hace unos días. ¡Que es para hoy!

—Tú sí que me vas a matar a mí —refunfuña por lo bajo mientras se va.

Respiro profundamente un par de veces. Está lista si cree que va a leer más capítulos. Tendrá que esperar a que publique y comprar el libro como todo hijo de vecino. Se acabó lo de «mi César», es mío y solo mío, ¡mierda! Bueno, y de las lectoras. Y esto me lleva a... ¡Va a flipar! Mañana mismo la estoy bloqueando en todas mis redes sociales. ¡Ya es hora de hacer cambios!

Una vez adornada la tarta, la llevo al salón y me siento en el extremo de uno de los sofás de tres plazas. Veo que los demás, entre charlas, entran y se van acomodando. A mi derecha, Rick. En el de cuatro plazas, y que hace ángulo con el nuestro, se sientan Juan, Carmen, Sonia y Rodrigo, por este orden. A continuación, frente a nosotros, Celeste y Fernando. Catalina opta por la mecedora, junto a estos últimos.

—¿Tienes fotos nuevas?

Levanto la vista del plato en el que acabo de servir una porción de tarta y le dedico una sonrisa a Zorrónia antes de responderle.

—Sí, ya tienen algún tiempo; pero te aseguro que no las hemos visto. Nos hemos hecho tantas que estas se pasaron por alto.

—Pues es raro —opina Carmen, que está recibiendo de manos de su marido los platos que ha de pasar a los demás—. Siempre nos las intercambiamos.

—¿Se te ha olvidado traerlas, nena? No las veo... —comenta Rick buscándolas con la vista.

—No, he hecho un montaje para verlas en la tele, así apreciamos mejor

los detalles.

—Perfecto, ¿de qué viaje son? —se interesa Fernando, que hunde la cucharita en su pastel.

—Hay de todo. No nos aburriremos —aseguro con satisfacción.

Cuando me cambié de ropa para la cena, al elegir el color del jersey de hilo que iba a ponerme con el pantalón blanco de algodón, no tuve dudas: gris. Lo escogí porque simboliza la mezcla de pureza y suciedad, positividad y negatividad. Un precioso y muy adecuado tono para este momento.

Cojo el mando a distancia, que lo tenía guardado entre mi muslo izquierdo y el lateral del sofá, pulso *play* y lo guardo en el bolsillo del pantalón. Sin perder la sonrisa en ningún momento, y pastel en mano, me dispongo a disfrutar del bonito reportaje fotográfico y de vídeo, a ver qué les parece.

Los comentarios se suceden a medida que van pasando las imágenes, lentas, como las he programado para que nos dé tiempo a visualizarlas con detalle. Algunas sí las conocen, lo sé; pero me excuso diciendo que ante la duda decidí ponerlas también.

Miro sus rostros uno a uno. Están felices al ver el cambio de los chicos en los últimos cinco o siete años, lo que han crecido todos. Mi suegra suelta más de un suspiro cuando son sus nietos los que están en pantalla.

Rick, después de dejar su plato en la mesa, vacío, pasa el brazo izquierdo por detrás de mí y empieza a hacerme círculos con las yemas de los dedos en el hombro, suave.

—Está precioso, nena. Ha sido una buena idea.

Al haberse acercado, su perfume lo percibo demasiado intenso y, como ocurre en estas últimas semanas, resulta insoportable. Así que le palmeo la rodilla, dejo mi plato sobre el suyo y me levanto; la vista fija en la pantalla,

asintiendo con la cabeza a lo que comenta en ese momento Juan, al que, reconozco, no le dedico mucha atención.

Con andar perezoso, me acerco a la pantalla de forma despreocupada. Las imágenes van desfilando en el orden preestablecido, todas reflejan momentos felices y únicos, irrepetibles; tanto porque el pasado no vuelve como porque el futuro está por definir.

—¡Mira, mira esa! —oigo exclamar a Zorrionia refiriéndose a la que se muestra en pantalla y en la que estamos los ocho.

—¡Qué bien lo hemos pasado siempre! —asegura su sucesora en la cama de mi marido. ¡Pedazo de zorra!

Me apoyo en el mueble, al lado del televisor, y los miro de frente; Carmen paladea la última cucharada de su segunda porción de postre. Sé lo que están viendo: una foto muy borrosa, la he retocado para que aparezca así y llame la atención de todos por sí, llegados a este punto, se aburrían. La misma se repite en tres ocasiones, salvo que cada vez con mayor nitidez, hasta que su visión es perfecta.

Los rostros que tengo ante mí, sorprendidos, han pasado de la feliz añoranza a la incredulidad más evidente.

O se han quedado mudos o yo tengo un ataque agudo de sordera. ¡Nah! Ni uno ni otro, pues empiezan a emitir sonidos ininteligibles acompañados de gestos de desesperación.

—¡¿Qué es esta hostia, Fuencisla?!

—Vaya, veo que regresó el hombre de la caverna. Dime, ¿eres del Paleolítico, del Mesolítico...? —ironizo con satisfacción y sin reprimir el gozo que me produce su rostro descompuesto.

Se ha levantado rápido como una centella, pero yo también lo he sido y

me he plantado delante de la pantalla, poniendo una mano en su pecho para que no dé un paso más.

—¡Quita esa mierda! —grita Zorricel, perdidas las buenas formas de las que tanto gusta presumir—. ¡Rick, apágalo!

—No se te ocurra acercarte, Cardo, que ahora viene lo mejor.

Lo que les ha alterado ha sido una foto de ellos en la cama. Él está desnudo bocarriba; ella, sentada a horcajadas sobre su pelvis, también desnudita, obsequiándonos con un bellissimo y asqueroso primer plano de su paliducho trasero y el rostro vuelto a la cámara. Por la posición de esta, imagino que la colocaron encima de algún mueble para hacer la foto en automático, ¡monísimos los dos!

Dispuse que a partir de esa instantánea las demás estuvieran menos tiempo en pantalla. Sabía que no querrían seguir disfrutando del ameno reportaje, así que las más jugosas van las primeras.

—¡Que apagues el puto televisor, hostia!

Vuelve a increparme fuera de sí el cavernícola. Le da un manotazo a mi brazo extendido para refrenarlo e intenta echarme a un lado cogiéndome del codo. Me hace daño con la presión de sus dedos, pero apenas me muevo. Forcejamos entre las voces de las dos zorras y sus maridos.

—¡Suéltame, animal! —le exijo mientras me zarandea a un lado y otro el muy bestia.

Con trabajo, toca el interruptor de apagado del aparato, pero no consigue detener la sucesión de escenas.

—¡Rick, la estás lastimando!

Juan, detrás de él, tironea de su brazo derecho para que me suelte; pero lo único que consigue es que el cabrón afiance más el agarre, ¡ahora sí que me

está lastimando! Pero antes me muero que suplicarle o acceder a lo que quiere.

—¡Hijo, ¿qué es eso?!

La voz de Catalina llama su atención y va hacia ella con rapidez.

—¿Estás bien? —me pregunta Juan, serio como nunca lo he visto.

Asiento. Las lágrimas me nublan la visión, pero hago el esfuerzo de no dejar escapar ni una. Me pongo un mechón de cabello en su lugar, los brazos parecen tener pulso propio, de lo que me arden.

—Vamos arriba, esto lo arreglo ahora mismo —le dice a su madre.

¡Será iluso! Veo que la lleva con una mano apoyada en su espalda. Pasan por delante de mí y él me lanza entre dientes un *me lo vas a pagar* que no me da ni pizca de miedo. Los ojos de ella, si pudieran, harían que ardiera a lo bonzo. ¿Me he comportado como un kamikaze?... Es posible. No importa. ¡A la mierda con todo!

Pulso el mando y detengo la galería de imágenes, no quiero que se pierda ningún detalle mientras le cuenta un rollo a su mamaíta. El cuadro que tengo delante es para inmortalizarlo: Zorricel llora en el hombro de su marido, que la abraza y le murmura algo en el oído. Carmen me mira horrorizada, pero no le dedico ni un gesto, nada de nada. Rodrigo...

—¿De dónde ha salido eso, Fuencis? Dime que no es una broma de mal gusto —me exige, de pie en pose demandante y pasando la vista de la pantalla a mí. Zorrónia, hundida en su asiento.

Me cruzo de brazos y echo un vistazo rápido a la tele. Se ve un grupo de personas en una amplia habitación, tiene que serla, en una gigantesca cama redonda. Hay cuatro hombres, de los cuales solo conozco a dos: Cardo y... Fernando, ¡sí, el que tengo enfrente!; y cuatro mujeres, a dos no se les ve la cara por tenerlas pegadas al colchón mientras las embisten desde o por atrás,

que ni me importa ni necesito saberlo. Y las otras dos fulanitas son Zorricele y... Zorrionia. ¡¡Sorpresa!!

¡Ja! ¡Una mierda de sorpresa fue la que me llevé cuando vi la maldita foto! No podía creérmelo a pesar del tiempo que pasé con la vista clavada en ella. Según me dijo Carmen, cuando empezó con Celeste ya hacía tiempo que no estaba con Sonia. Tampoco es que me preocupe cuadrar las fechas, pero es que no me lo esperaba, ¡ni lo de él!

—Fuencis, en esa foto está mi mujer con tu marido, Fernando y unos tíos que no conozco. ¡¿De dónde coño has sacado eso?!

Se está conteniendo, Rodrigo es un hombre paciente, tiene que serlo, que trabajar de cara al público no es tarea fácil; pero ¿y si se ve sobrepasado? Por unos segundos, es como si únicamente estuviéramos los dos. Su atención se centra en mi persona, y lo comprendo. Apostaría a que está deseando con toda su alma que le diga que nada es verdad, que sus dos mejores amigos no se han tirado a su mujer...

Lo he meditado mucho, esto no ha sido un acto espontáneo producto del monumental cabreo que arrastro, no. He analizado los pros y contras, he pensado en los años que hace que nos conocemos y la buena relación que siempre hemos tenido.

—No es ningún montaje. Te aseguro que jamás hubiera imaginado algo así —le respondo con franqueza. Carraspeo y lo miro directamente a los ojos—. De forma accidental supe por Carmen que, hace años, él —señalo el piso superior— me engañó con tu mujer.

—¿Hace... años? —pregunta con las manos cruzadas en la nuca y blanco como la pared.

—Sí. No duró mucho, parece ser que los jueguecitos sexuales de mi maravilloso marido no terminaban de convencerla.

—Incluso viendo la foto... —Niega con la cabeza, de espaldas a su mujer.

—Esto es una putada, lo sé. —Me acerco un paso—. Sin embargo, aunque duele la traición y, créeme, hacer esto no me causa ningún placer, opino que no te mereces vivir en una mentira como he estado durante tantísimo tiempo.

—¿Y tú quién eres para decidir lo que le conviene o no a mi matrimonio?! —salta como una fiera Zorrónia, plantándose frente a mí en dos zancadas.

Que no me toque mucho las narices...

—Soy una amiga leal, ¿sabes qué es eso?! La que no se mete en casa ajena para acostarse con el marido de otra.

—¡Tú lo que eres es una frígida hija de puta!

¡Ay, no! ¡Por ahí sí que no! Y encima, la muy guarra, me ha salpicado saliva a la cara.

—¡Esto se ha acabado! —sentencia Cardo desde la entrada del salón, rojo por lo furioso que está.

Rápidamente pulso de nuevo el *play*, olvidando mi deseo de hacerle un nuevo peinado a Zorrónia, y permito que avance lo que tengo preparado.

—¿Nos has grabado?! ¡Lo ha hecho! ¡Nos ha grabado!

Despierta la otra mosquita muerta, apuntando con el índice la pantalla y levantándose.

No lo veo venir y Cardo me aparta con brusquedad, haciendo que trastabillo. Gracias a que Juan ha tenido buenos reflejos y me ha sujetado o ya estaría en el suelo.

—Claro que os he grabado —replico tras soltarme de Juan—. ¡Y dos

veces! Por cierto, en esa me divertí mucho cuando abollaron tu coche, Cardo; y en la otra, que saldrá ahora, en vuestro nuevo nidito de amor, ¡flipé, adúlteros!

—¡Maldita hija de la gran puta...! —trueno Cardo, perdido cualquier respeto si es que alguna vez me lo tuvo, con la mandíbula rígida e intentando apagar el televisor a base de fuertes y bruscas pulsaciones en el interruptor.

—No lo vas a conseguir. Lo he configurado para que solo se pueda desde el mando a distancia —le digo con chulería, moviéndolo en mi mano ante sus ojos, pues yo domino la situación.

—¿Tú crees? —responde medio girado a mí y con una expresión en el rostro que hasta hoy desconocía. Trago saliva, por primera vez me causa temor. ¡Qué mierda de temor! ¡Me da miedo!

Por instinto, doy un paso atrás.

No tarda ni cinco segundos en volcar el aparato hacia delante para estrellarlo contra el suelo. El ruido que hace es ensordecedor. Todos nos quedamos impactados.

Se me seca la boca. ¿Quién es este hombre? ¿Tanto puede cambiar una persona? ¿O ha sido así siempre y yo no lo he visto? ¿Se puede estar tan ciega?, parece que sí.

—Tenías que hacerlo, ¿verdad? —me reprocha con las manos cerradas en puño—. Romper matrimonios, amistades... Dime, ¿qué va a pasar ahora con Sonia y su marido? ¿Y su hija? —me culpa al tiempo que se acerca y yo retrocedo, asustada.

—A eso te puedo responder yo —interviene Rodrigo, que me aparta para quedar frente a él.

—Rodri...

No le da tiempo a terminar de decir el nombre de su amigo. El puñetazo que recibe en el rostro lanza a Cardo hacia atrás, que aterriza en el suelo, y arranca gritos en nosotras por lo inesperado. Todavía sin reponernos de la sorpresa, Rodrigo se vuelve y descarga otro golpe en Fernando, que cae sobre la mesa y tira los platos y cubiertos que había sobre ella.

Pero Cardo está rabioso y no tarda en incorporarse y venir a por mí, tiene sangre en la comisura de la boca. Suerte que Juan se interpone y lo sujeta. Yo, rauda, cojo uno de los tenedores y lo empuño como si fuera un arma. Ya sé que poca protección es esa; pero menos es nada, ¿no?

—¿Por qué lo has hecho?! Llevamos un mes bien, levantando nuestro matrimonio. ¡Dijiste que me dabas otra oportunidad! ¡A nosotros, a nuestros hijos! ¡Me habías perdonado, que ya estaba todo olvidado! —ladra con rabia, intentando que Juan lo suelte.

Si hoy no me da un infarto, ¡no lo hará nunca! Voy a contestarle, pero me distrae Rodrigo, que se mira los magullados nudillos, un ligero temblor recorre su cuerpo, y lo lamento inmensamente porque, sea cual sea la decisión que tome, no va a ser fácil en absoluto. Sonia, que ya ni me apetece llamarla por el mote, llora desconsolada con una mano extendida sin atreverse a tocarlo. Me asombra el temple que él muestra, no le ha dirigido una palabra a Fernando; de hecho, ni lo mira.

—Fuencis..., me gustaría marcharme. ¿Estarás bien? —Asiento—. Gracias. No quiero cometer una locura, y es lo que pasaría de seguir aquí. Si necesitas cualquier cosa, lo que sea, comunícate conmigo. Le pondré un mensaje a mi hija para que se vaya a dormir a casa de su abuela.

—Está bien, Rodrigo. Yo...

—Tú has hecho lo correcto. —Viene y me da un sentido abrazo—. A los demás no quiero volverlos a ver en mi puta vida —lanza sin apartar los ojos

de los míos—. Juan, no la dejes sola con estos miserables hijos de puta.

—Tranquilo —le contesta—, nadie le va a tocar un pelo.

Estoy sin palabras, solo puedo corresponder a su abrazo y transmitirle así mi apoyo y comprensión.

—Lo que necesites —me recuerda con voz firme una vez que nos separamos, y le dedico una triste sonrisa—. Sonia, vámonos.

Esta pasa por mi lado mirando el suelo, perdida toda la furia con la que me plantó cara y tras los pasos de Rodrigo.

Tengo sentimientos enfrentados. Por un lado, si llegan a separarse, no me va a alegrar; pero, también, quiero que ella pruebe de su propia medicina, que sepa lo que sientes cuando mueven el suelo bajo tus pies. Cuando la estabilidad emocional que tienes resulta ser una completa farsa al estar sustentada por una podrida mentira.

—¿Eres feliz?

La pregunta de Zorricel me abofetea.

—¿Ese es el concepto que tienes de mí? —le censuro—. Pensaba que me conocías mejor, porque yo a ti no; a ninguno de los dos. —Los señalo con una mano y gesto desdeñoso.

Afirmo con la cabeza sin dejar de mirarlos. Es verdad, han pasado a ser dos extraños. Cuando descubrí que Fernando participaba en las «actividades lúdicas» de su mujer, me quedé de piedra.

—Nosotros tenemos un matrimonio abierto. No nos cerramos a nuevas experiencias —explica él.

—¡Hay que joderse! —exploto, gesticulando con el tenedor en la mano como si quisiera atrapar una mosca—. Vosotros tendréis lo que os dé la realísima gana, ¡pero yo no! ¡Qué mierda de explicación es esa!

—Y tú estabas al tanto de todo —le reprocha a Carmen su marido—. Cómplice de esto...

Con cinco pares de ojos clavados en ella, los míos echando chispas, se incorpora con calma y se acerca a Juan. ¡Qué sangre más gorda tiene! Ha permanecido ahí como si el tema no fuera con ella, no me extrañaría que lo estuviera disfrutando.

—¡A ver si ahora yo voy a ser la culpable! —Lo dicho, un morro que se lo pisa—. Sabía lo de Sonia y Celeste con Rick, no con detalle; pero desconocía que Fernando también... Además, de haberlo dicho qué hubiera conseguido, ¡romper familias! Justo lo que tú has hecho.

—¡¿Pero habrase visto menos vergüenza?! Desde el minuto uno, ¡escúchame bien!, has sido tan culpable como ellas. Has tomado decisiones que me correspondían a mí, ¡es mi vida! —Tomo aliento para serenarme—. ¿Sabes lo que eres? ¡Una mierda de amiga traidora y desleal!

—Yo solo quería que siguieras siendo feliz y...

—¡Y nada! —La veo echarse a llorar y no me conmueve—. ¡Que me habéis jodido de todas las maneras posibles, hijos de puta! Tú no, Juan —me apresuro a aclarar.

Me dirijo a la salida al porche, necesito respirar el fresco aire de la noche en lugar del veneno que me rodea. Me giro y creo contemplar un cuadro surrealista: Celeste y Fernando, cogidos de la cintura, se muestran imperturbables; no me extrañaría que estuvieran tomando nota para recrear en una versión porno lo vivido, solos o invitando al vecindario, que ya no me sorprendería. Juan, con la mirada que le está echando a Carmen, se lo está diciendo todo. Y Rick...

—No me has respondido, Fuencisla.

¡Vaya, el señor Cardo vuelve al ataque! ¿Le habrá sabido a poco la hostia que le ha dado Rodrigo y está buscando otra? Igual hasta le ha gustado. A mí no me importaría trincharlo con el tenedor como si fuera un pollo, así que no me chulee.

—¿De verdad quieres que te conteste, Cardo?

—Qué impresentable eres, joder.

Y de pronto, sin saber por qué, su insulto no me hiera. Es curioso cómo pueden cambiar nuestras reacciones ante estímulos externos, verbal en este caso; lo que en el pasado me habría arrancado lágrimas, ahora...

—Me das pena, mucha pena. —Da un paso hacia mí y Juan se pone a mi lado. Pongo los brazos en jarra, decidida a dejar salir toda la rabia que acumulo—. Has sido tan jodidamente egoísta que tú solito te has buscado esto.

—¿De qué coño hablas? ¡Tú has registrado mis cosas! ¡Tú me has seguido! —ataca al borde de la histeria. Si alguna vez lo consideré atractivo, fue porque tuve un día tonto; mejor dicho: ¡muchos días tontos!

—Te lo voy a explicar muy clarito para que lo entiendas. En tu trabajo serás muy bueno, pero en tus cosas personales eres un inútil. ¡¿A quién mierda se le ocurre guardar los recibos de los pisos que alquila con su puta?! ¡Hay que ser torpe y descerebrado, por Dios! —exclamo con los brazos al cielo, incapaz de quedarme quieta.

Juan sonrío y niega con la cabeza, está alucinando.

—¡Es que eso estaba bien guardado! —grita, haciendo una mueca de dolor al final; juraría que se le ha abierto la herida de la boca, ¡que se joda!

—¡Pues ya ves que no, listo! —Se acerca, apenas nos separa un metro de distancia; pero no me vengo abajo, ¡antes *partía* que *doblá!*—. ¿Tan gilipollas piensas que soy que me iba a tragar tus llantos y tu arrepentimiento? ¡Joder,

que dijiste que habías cortado con Zorricel, ¿recuerdas?, y os faltó tiempo para buscaros otro sitio donde follar!

—¿Cómo me has llamado?! —se dirige a mí con los ojos desorbitados.

—Perdona, me he equivocado. —Le sonrío en medio de un suspiro que me sale tan bien que parece verdadero—. No eres Zorricel, sino... ¡hija de la grandísima puta! ¿Lo prefieres así?

—¡Pero qué ordinaria y basta eres! —me piropea Cardo—. Aunque no sé de qué me extraño, qué otra cosa podía esperar.

—Claaaaro, soy una ordinaria porque no he hecho la vista gorda; pero el que tú seas un maldito cabrón adúltero reincidente es muy elegante, ¿verdad? —No dejo que responda. Quiero acabar ya, las sienes me palpitan y ese es el aviso de una jaqueca inminente. Me suelto el cabello, a ver si eso ayuda a aliviar la presión que siento—. ¿Sabes por qué hemos llegado a este punto? Por una pregunta a la que tú respondiste con muy malos modos. Sin embargo, ¡bendita sea la hora en la que te la hice! Gracias a ella hoy sé quién eres: un capullo integral.

Hace un sonido grosero con la boca que tampoco le conocía, tengo un marido que es un estuchito de sorpresas.

—Todo esto porque mi mujercita quería ver al maricón de la colonia — comenta con un sarcasmo que saca a la luz su homofobia. Paso de decirle que vuelve a equivocarse de isla, ¡imbécil!

—Si no hubieras antepuesto tu lujuria con Zorricel, si te hubieras olvidado de esta zorrón durante un par de semanas, ¡si me hubieses prestado atención!, no nos habríamos peleado y me hubiera evitado noches de insomnio. —Le clavo un dedo en el pecho y lo empujo hacia atrás, pero ni se mueve—. Así yo no habría bajado aquella madrugada a la cocina de la casa en la que pasamos la Semana Santa, ¿te acuerdas, Cardo?, en busca de algo que me

ayudara a dormir, para encontrarme a esta —la señalo con el pulgar izquierdo — gimiendo como una perra con el que supuse que era Fernando. Aunque, pensándolo bien, me habéis hecho un favor, que vivir entre cabrones y putas no es saludable —concluyo con tono ácido, hastiada.

No responde, se limita a mirarme. Sé que en su mente está buscando la salida que más le favorezca, pues ya imagina que mi postura es irreversible.

—Marchaos a casa —se dirige a Zorricel y al cabrón de su marido—. Mañana hablamos.

En silencio, se dan la vuelta y se dirigen a la salida. Pero yo no puedo dejarlo estar, no han tenido ni una palabra ni un mínimo gesto de arrepentimiento por el dolor que me han causado. Así que yo tampoco muestro pena ninguna por lo que se me viene a la boca y les suelto:

—¡Anda y que os jodan!

¡Qué tranquila me he quedado! Dos muertos menos en mi vida. Juan me pasa un brazo por los hombros, igual cree que lo siguiente es tirarme a la yugular de Cardo; pero ni aunque fuera una vampira muerta de sed haría tal cosa.

—Así que una estúpida pregunta ha sido la desencadenante de toda esta mierda... —Se ríe ligeramente, cruza los brazos sobre el pecho y me mira de arriba abajo con un desprecio que me hiela la sangre en las venas—. Y dime, ya que veo que lo tienes todo muy bien pensado, ¿qué va a ser de ti ahora?

—No me asustas, cabrón —le digo la última palabra con asco, retándolo.

Se acerca al mueble librería y se apoya en uno de los estantes, seguro de sí, chulo.

—Ya, muy valiente, nena. Si crees, jodida estúpida, que al divorciarnos te voy a mantener, te equivocas como no imaginas.

Frunzo la boca en una sonrisa burlona y meto una mano en el bolsillo lateral del pantalón, con la otra hago pasar el tenedor entre los dedos. Estoy nerviosa, para qué negarlo.

—Es que el que nace gilipollas lo es toda la vida —profetizo en voz baja.

—Fuencis, deberías...

La niña de la película *El exorcista* no giró la cabeza con tanta rapidez como yo al oír a Carmen empezar uno de sus «sabios y bienintencionados» consejos. Se queda muda, y ojalá que sea por mucho tiempo.

—Despídete de todo esto. —Vuelve a hablarme muy machito mientras señala con una mano lo que nos rodea.

—Vale, pues *bye bye*.

No oculta la furia que le produce mi despreocupación. Tengo más claro que nunca que, en realidad, hemos sido dos extraños compartiendo casa, cama y mesa. Lo único que se salva de esta relación son los dos hijos que tenemos, nada más. Si no fuera por ellos, ahora estaría al borde de la locura al pensar en el tiempo que he perdido al lado de este miserable, la juventud que se me ha ido con él.

—Una duda. Si tanto me detestas, ¿por qué no has pedido el divorcio? —planteo por pura curiosidad.

Se acerca y otra vez me mira con desprecio, hace que vea y sienta la repugnancia que le causo. La misma que me inspira.

—¡Pero qué ingenua!

Esas tres palabras y su actitud prepotente son la mejor respuesta. No solo ha sido por la imagen social que proyecta de persona con una vida asentada, sino que en casa tiene parte de sus necesidades cubiertas: cuidadora de los hijos, cocinera, criada y, cuando al señor se le apetece y como gesto gracioso,

una mujer para desfogarse. ¡Tó-ca-te-las-na-ri-ces! Lo dicho: dos extraños, salvo que yo no lo sabía.

Respiro hondo mientras niego con la cabeza. No contesto, ¡bah!, no merece la pena. ¡Él dejó de merecer la pena!

—Eres una cuarentona. Ni siquiera tienes un buen cuerpo que follar. ¡¿A dónde hostias vas a ir, di?! ¡¿Quién coño va a cargar contigo?!



En el presente...

—¡Maledetto bastardo!

La imprecación de Dago estuvo acompañada de una contenida palmada sobre el mantel, de pequeños cuadros azules y blancos de la mesa en la que ya les habían servido los postres: dos generosas porciones de Mandolato, el famoso dulce local elaborado con ajonjolí, azúcar, miel, almendras y agua de rosas que ella adoraba y aún permanecía intacto, al igual que el suyo.

Se hallaban en el restaurante del hotel Romantic Palace, un lugar donde la multitud de velas regadas por la terraza ayudaba a las discretas lámparas blancas del techo a crear un ambiente íntimo y propicio a las confesiones. Además, el suave murmullo de las olas al romper en la orilla llegaba a resultar casi hipnótico, aunque insuficiente como para que él no hubiera sentido como propias las palabras con las que la mujer, que tenía sentada frente a él, había desgranado su vida.

La vio bajar la vista, las manos a ambos lados del plato, y no retuvo el impulso de cubrirlas con las suyas. Inspiró con fuerza cuando ella elevó los ojos para mirarlo con una expresión que no sabía descifrar, solo le era evidente que no había ira ni dolor.

—Dime que no volvió a tocarte, Cislá. Que no... te pegó —suplicó más que preguntar.

Ella giró las manos para quedar palma contra palma, le gustaba sentir la suavidad de su piel.

—Ya sé que lo sabes: me encanta cómo me llamas. Siempre he sido Fuencis o Fuencislá; sin embargo, este Cislá me hace pensar en otra... yo. Parecerá una locura, pero te aseguro que no lo es.

Examinó los impresionantes ojos verdes, que no se apartaban de ella, y que le transmitían paz y confianza.

—No, al contrario —cortó, misteriosa, la escueta explicación a su demanda.

—¿Tú... lo tocaste a él?

Dago pronunció cada palabra con sumo cuidado, intentando descifrar lo que encerraba la breve respuesta.

—¡Sí! —afirmó rotunda Cislá—. Cuando le di una bofetada que no

olvidará en su puñetera vida, ¡jelines!

Sin soltar sus manos, él se echó a reír escandalosamente, llamando la atención de la mesa más próxima, ocupada por otra pareja.

—¡No te rías! —lo amonestó de manera poco creíble—. Dijo que quién iba a cargar conmigo, además de otras lindezas, ¡como si yo fuera un saco de patatas! Menos mal que me sujetó Juan, que si no...

La risa fue a más y terminó uniéndose la de ella.

—Pues sabes qué... Que me alegro, brindemos por eso —le propuso después de serenarse para poder hablar y con su pequeño vaso de licor de kumquat, típico de la isla, en alto.

—Estupendo, ¡por la bofetada!

Dago entrelazó sus dedos con los de la mano de ella, temeroso de perder el contacto.

—Lamento todo lo que has pasado, Cislá. Un divorcio no es fácil; y no me refiero al aspecto económico, sino al emocional.

Suspiró profundamente y asintió con un velo de tristeza en la mirada.

—No lo es, no. —Se pasó una mano por un lado del cuello, pensativa—. De todas formas, tuve suerte porque él no quería ningún escándalo, y eso facilitó llegar a un acuerdo. Renuncié a la posible manutención que pudiera pertenecerme a cambio de que él se ocupara de los chicos. —Volvió a suspirar, jugueteando con los masculinos dedos que acariciaban los suyos.

»Me era imposible pagar mi parte del colegio de ellos, actividades extras... Ofreció comprarme la mitad de la casa, no soy imbécil, fue una forma de echarme a la calle.

—*Bastardo.*

—¡Y cabrón! —añadió con brío—. No importó; al contrario, me sentí liberada. La noche de la bronca, Juan se quedó conmigo y Carmen se marchó, yo se lo pedí. Cardo acompañó a su madre a su casa y pasó esa noche y la semana siguiente con ella. No hubo más peleas.

—¿Y tus hijos?

Cisla le dio otro sorbo a su bebida, ese tema era doloroso.

—Pues hablamos con ellos, juntos, y lo único que dijeron es que no se iban a mudar a un pequeño apartamento; o se quedaban con su padre o con su abuela. ¡Que no era su problema! ¡Hijos de...! ¡Uf! En fin, entiendo que los pilló de sorpresa.

—Lo siento, pero es muy egoísta anteponer la comodidad de una casa a tu madre. Es... ¿Cómo se dice? Desnatu-desnaturalizado, sí —apostilló Dago, pasmado por una reacción tan despegada.

—Bueno, es lo que hay. Me podría haber impuesto con Luis, el pequeño, pero ¿qué iba a conseguir con ello?, tan solo disgustos. En cierto modo, me lo esperaba; siempre prefirieron a su padre y su familia —terminó de explicar con un encogimiento de hombros.

A un gesto de Dago, un camarero se acercó y le pidió la cuenta.

—¿Saben el motivo de vuestro divorcio?

—En parte, pero no se lo creen. Prefieren pensar que soy una exagerada. Vete a saber qué les habrá metido su querida abuelita en la cabeza, ¡menudo bicho! —resopló—. Algún día, cuando sean mayores, tendré una conversación con ellos y verán las pruebas, ¡vaya que sí!, que las tengo bien guardadas; no pienso pasar toda la vida como la mala de la película.

—Te entiendo —comentó, dejando el importe de la factura que acababan de traerles. Como había ocurrido durante la semana, no permitió que ella

abonara nada.

—Así que le vendí mi parte de la casa y me fui a vivir a un apartamento, como ya sabes, que mis padres tenían sin alquilar, y por el que no me permitieron pagar ni un solo euro. —Le siguió contando mientras abandonaban el restaurante, llevándola él por la cintura—. Encontré un trabajo de media jornada como dependienta en una vieja librería... y seguí viviendo. Y estas son mis primeras vacaciones —remató de forma triunfal, orgullosa.

Se detuvieron en la acera y ella cerró los ojos un instante para disfrutar de la brisa en el rostro. Tenía que admitir que ya no le dolía hablar de su pasado, el tiempo de amargura quedó atrás y enterrado.

Al verla así, relajada, admiró el perfecto y bello rostro en el que, cual minucioso mapa, se mostraba todo lo que en ese preciso momento ella sentía. Moría por besarla, pero quería darle espacio y tiempo; el que lo hubiera hecho la noche anterior no significaba que tenía vía libre. Por nada del mundo iba a estropear los planes que ocupaban su mente y su corazón.

—Eres una mujer fuerte, Cisla, una guerrera.

La sonrisa con la que respondió a su elogio le calentó la sangre. Jamás una mujer le había llegado tan hondo. ¡Absolutamente ninguna! Y ese descubrimiento, reciente, le producía una ansiedad que lo hacía retroceder, emocionalmente, a su adolescencia más tímida.

—Ha costado llegar a este punto. Por sugerencia de mi madre, pobrecita mía, acudí a la consulta de una clienta suya que es psicóloga. Y me ayudó mucho en los momentos bajos, que vinieron y no fueron pocos —admitió—. Pero ya, ¡fuera pena!

Dago, frente a ella y con el mar a su espalda, posó las manos en la femenina cintura y la atrajo a él, despacio.

—Y no olvides que cumpliste tu deseo: estás en Corfú... —le recordó.

—Cierto. Y... contigo.

Cisla aún creía estar viviendo un sueño, el segundo que se le había cumplido. Si hace una semana, cuando salió de Madrid, alguien le hubiera dicho lo que iba a encontrar en la isla, lo habría tomado por loco. Una de las cosas que aprendió en las sesiones de terapia fue a ser sincera consigo misma, con sus sentimientos; así que si aplicaba la teoría a lo que estaba viviendo, el resultado era que había encontrado una nueva ilusión para que su camino no fuera tan solitario. «*¿Ahora se llama “ilusión”?*», se dijo antes de que su irritable conciencia lo hiciera.

Abrazados, cuerpo contra cuerpo, las bocas reclamando un contacto que no llegaba, mientras sus ojos se fundían en una sola mirada. Nada podría haber roto ese instante, salvo el firme deseo de él de no echar a perder el futuro por un momento de precipitación. Sin embargo, eso no impediría que ella lo supiera; se merecía que fuera franco.

—Cisla, me muero por besarte desde que te vi bajar la escalinata del hotel hace un par de horas —confesó con voz grave y subiendo una mano por su espalda para dejarla ahí, abierta y presionando contra él—. No quiero que te hagas una falsa idea de mí, lo de anoche fue sincero; no busco una aventura que me distraiga en las vacaciones.

Sentía su cálido aliento en el rostro y la posesión con que la abrazaba. Había verdad en lo que decía. Ella, que escribía sobre amores eternos, traiciones y pasiones desmedidas, tenía el corazón atravesado por la caprichosa flecha de Cupido, porque eso había sido: un total y certero flechazo en plena diana.

El destino quiso que coincidieran como huéspedes en el hotel y que el dueño les adjudicara la misma mesa en el coqueto y no muy grande comedor.

La buena sintonía se dio de manera natural y, de igual forma, se encontraron haciendo planes y organizando excursiones para enseñarle a ella la isla en el tiempo que le restaba de estancia en el lugar.

Dago, que ya la conocía, resultó ser un guía atento, imaginativo y muy entusiasta con cualquier idea que le propusiera, por lo que no quedaba rincón ni cala que no hubieran explorado.

Cisla no olvidaría jamás cuando al presentarse con su nombre entero, Fuencisla, y una mano extendida, él, de pie, le dijo: «Es un honor conocerte, Cisla. Me llamo Dago, bienvenida a tu mesa», mientras la duración de la unión de sus manos iba más allá del saludo protocolario. Su presencia, su voz, la caballerosidad con la que retiró una silla hacia atrás para que tomara asiento... Todo la impactó. Y el trato durante el resto de días le confirmó que no había sido una impresión falsa o precipitada, sino que ese hombre era así, tal como se mostraba, sin dobleces ni sombras.

En muchos de sus largos paseos, e incluso tumbados en la arena al abrigo de una sombrilla para protegerse del ardiente sol, se habían contado sus vidas; sin prisas, como si racionaran la información y el tiempo empleado en ello.

Un remolino de viento con sabor a salitre distrajo la conexión que los tenía enmudecidos, totalmente abstraídos del mundo. ¿Acaso existía algo más importante que ese preciso momento? ¿Había vida fuera del abrazo que compartían? No, definitivamente no.

Dago tragó en seco, la cercanía de su sensual cuerpo despertaba en él un deseo que era incapaz de no mostrar físicamente, lo que resultaría en extremo vergonzoso si ella se percataba, dado que se hallaban completamente pegados. Así que, refunfuñando por dentro, se apartó lo suficiente para que no notara su apuro, que ya iba camino de manifestarse en todo su esplendor.

—En esta semana te he conocido, Dago. Sé que no mientes ni tu intención

es un revolcón pasajero en...

—¿Revol... qué?

Cisla sonrió, solía olvidarse de que, aunque él entendía muy bien el español, había palabras o dichos que se le escapaban. Le conmovió la expresión preocupada de su rostro, cómo la verde mirada parecía haberse oscurecido; una de las manos que descansaba en la nuca, y tras dejar de jugar con el corto cabello, se deslizó por el cuello para acariciar la definida mandíbula, que lucía barba de varios días.

—Revolcón, pasar una noche juntos y luego si te he visto, no me acuerdo —le aclaró con voz divertida al observar que el ceño se le fruncía, quizás disgustado o contrariado.

—*¡Oh, no, impossibile!* Yo no soy así. Ni en mis años de universidad. *¡Lo giuro!*

—Chiss, te creo —le aseguró, acercándose a la tentación que era su boca, pero frenándose a un milímetro de ella.

—Me vuelves loco, *¡santa Madonna!* Ven, quiero enseñarte algo —la conminó para así no caer en la tentación de probar los jugosos labios que moría por saborear.

La risa nerviosa de Cisla sonó limpia como la noche que disfrutaban, y en la que el firmamento no dejaba ver ni una sola de sus incontables estrellas.

Preocupado por ella, a pesar de que la temperatura era cálida, le quitó de las manos el chal y se lo echó por los hombros.

—Me gusta tu tatuaje —le dijo tras cubrirla con la delicada prenda blanca y tomándola de la mano.

—Me lo hice cuando publiqué *Imposible, amor*. Tanto la pluma como la mariposa tienen mucho significado para mí. Por cierto, ¿aún queda algo por

ver? ¿O es tuyo..., personal...?

Dago frunció la boca para no soltar una carcajada. Disfrutaba con sus provocaciones, siempre tan sutiles, al jugar con el doble sentido de las palabras, no le importaba perderse a veces al no entenderlas bien.

—No me provoques, *preziosità* —le advirtió intensificando su acento italiano.

—¡Uy! ¿Eres un mafioso y vas a meter en mi cama la cabeza de un caballo? Es eso, ¿verdad? ¡Ya estoy muerta de miedo!

Se detuvo para mirarla a los ojos.

—No me extraña que te dediques a escribir, ¡vaya imaginación! ¡¿Una cabeza de caballo?! —exclamó, iniciando la marcha.

—Lo he visto en las *pelis*, ¡ey!

—¡*Santa Madonna!*

—Y la imaginación anda flojita estos días. Las puñeteras musas han hecho las maletas y seguro que están riéndose de mí en alguna playa del Caribe o fuera de cobertura, ¡vete tú a saber!

La queja de ella, como la de una niña a la que no dejan jugar con su muñeca favorita, lo divertía. Igual que sus palabras malsonantes, pocas pero muy expresivas.

—La mente también necesita descanso —comentó al doblar a la derecha por una estrecha calle de piedra y arena oscura—. Admiro a los escritores, la capacidad que tenéis de crear un mundo de la nada, porque no es solo contar una historia, sino lo que la rodea. Es fascinante —concluyó, llevándose la mano de ella a los labios para besarla.

—Sí, capaz de crear una vida.

Suspiró su corazón por el beso recibido, y añadió:

—Pero ciega con lo que ocurre en la propia. En fin, es agua pasada —refirió mientras no perdía detalle de las modestas casas que dejaban atrás.

—Lo importante es que tu libro fue y es un éxito, que se recompensa tu trabajo —la distrajo para no volver a un tema que los dos odiaban; en particular él, incapaz de entender que un hombre pudiera comportarse como un cerdo con su esposa—. Y eso que hiciste sufrir a tus lectoras.

Cisla cazó al vuelo la intención del comentario y lo agradeció. Le había costado mucho sufrimiento superarlo, pero le era imposible todavía no sentir un levísimo pellizco de ira por haber sido engañada de forma tan vil. Así que echó a la papelera del olvido cualquier pensamiento referente a esa etapa de su vida.

—¡Ay, sí! —exclamó dando un par de saltitos—. Y eso que costó terminar, que no tenía yo la cabeza para romances. Pero es que César y Maribel... ¡Cuánto sufrieron!

—Porque tú quisiste —la picó, feliz de verla tan entusiasmada, y casi llegando a su destino.

—Es que todo no es de color rosita —se defendió con retintín—. Una historia romántica tiene muchos ingredientes, hay que ponerle amor, sorpresas, traiciones, reconciliación, picante...

—Pues con alguno de ellos se pasó, señorita María Coca Duarte —ironizó con conocimiento de causa, pues se había leído su libro en tres noches, totalmente enganchado a la trama.

—Serás tonto... —le dijo, dándole con la mano en puño en un hombro, echándose los dos a reír.

—¿Cómo soportaron tus seguidoras la espera? —quiso saber con

curiosidad, divisando ya el edificio al que se dirigían.

—¡Con paciencia! ¡Qué remedio!

—Ya imagino. ¿Y tu lectora... cero?

—Lo compraría, supongo. No he querido saber nada de ella; no deseo en mi vida a personas que me la han jugado, para mí es fundamental que haya confianza.

Dago asintió, opinaba lo mismo. También había sentido en sus carnes la mordida de la deslealtad.

—Mira, ya hemos llegado.

Se detuvieron ante la blanquecina fachada, desconchada en algunos puntos, de la iglesia ortodoxa griega St. Gordios. Un edificio pequeño y humilde cuyo campanario, sobre un arco de medio punto adosado a una de las paredes, lucía sobre él una sencilla cruz. Estaba cerrada debido a la tardía hora, solitaria entre las casas y la vegetación que la rodeaba; pero irradiando una serenidad que Dago necesitaba para llevar a cabo lo que tenía en mente.

—Lástima que no se pueda visitar, seguro que el interior es precioso — refirió Cisla ojeando el exterior del templo.

Sin hacer ningún comentario, la guio hasta una de las toscas escaleras de obra, pegada a la construcción, y la invitó con un gesto a sentarse en uno de los encalados peldaños, haciendo él lo mismo a su lado.

Debido a la estrechez del sitio que ocupaban, obligando a sus cuerpos a tocarse, y a la atmósfera sosegada que se respiraba, Dago supo que era el momento y lugar ideal para terminar de abrirse a ella. Así que cogió su mano izquierda, la envolvió entre las suyas y, sin soltarla, reposó los antebrazos sobre sus propios muslos.

Cisla intuía, por la expresión seria y concentrada que mostraba, que algo

importante quería contarle. A través del liviano vestido le llegaba el calor del cuerpo fuerte y tonificado que la noche anterior, en el nocturno baño entre olas, pudo apreciar. No estaba ciega, se había percatado de las furtivas, y otras descaradas, miradas que muchas mujeres le echaban. El suyo era un atractivo... varonil, sí, justo esa palabra: varonil. Y ella no se hallaba a salvo de su influencia, siendo esta tal que ni el frescor del muro que tocaba conseguía bajar los grados de su piel. Nerviosa, como una colegiala en su primera cita con el chico que le gusta, alineó el bajo del vestido sobre sus rodillas y carraspeó antes de hablar por temor a que la voz le saliera en forma de graznido.

—Es tranquilo esto. —«*¡Qué original!*», se burló de sí misma.

Dago asintió, entrelazó los dedos con los de ella y decidió no demorar más el asunto que los había llevado allí.

—Cisla, ya conoces mi vida. Te he hablado de mi familia, incluidos los tres demonios de sobrinos, que lo son aunque mi hermana diga que tiene unos angelitos —sonrió—, de las dos novias que tuve y de la que fue mi mujer. Bien, el motivo del divorcio...

—No tienes que contarme nada —interrumpió sus palabras con voz suave y poniendo la mano derecha sobre su brazo.

Él, que tenía las mangas arremangadas hasta el codo, sintió la calidez del tibio contacto y suspiró profundamente, perdido en esos ojos de largas pestañas negras y mirada dulce.

—Quiero hacerlo —afirmó—. Necesito que confíes en mí, porque yo lo hago en ti plenamente. He sido y soy un hombre de firmes convicciones e ideas claras en cuanto a lo que quiero, y sé que no cambiaré. Siempre supe y advertí que no deseaba hijos, puede sonar mal, inhumano; pero es la verdad. Todo mi interés, mi atención y mi lucha diaria tenían dos objetivos: mi esposa y mi

carrera docente. Además del resto de mi familia, obvio, no soy un insensible.

Hizo una pausa para que ella asimilara lo que trataba de hacerle entender. Le gustaba que no se hubiera horrorizado ante la rotunda negativa de ser padre, era algo que no todo el mundo comprendía.

—No eres insensible, yo no lo considero así —explicó con un leve encogimiento de hombros—. Simplemente hiciste una elección y te mantienes fiel a ella. Muchos hombres no tienen esa necesidad. Es respetable.

Esas dos últimas palabras le dieron el pie para entrar de lleno en la cuestión.

—Rosetta, mi exmujer, no lo entendió. Cuando nuestra relación pasó a ser más seria, le dejé claro mis ideas, ¡muy claro! —recalcó—, y lo aceptó. Dijo que no le importaba, pero mentía; solo intentaba ganar tiempo para hacerme cambiar de opinión.

Se detuvo para comprobar si ella tenía los hombros cubiertos. La humedad de la noche se dejaba sentir, le pasó un brazo por la cintura para atraerla más a sí y que no tuviera contacto con la frialdad de la pared. Movimiento que aprovechó al dejar la mano en su cadera.

Cisla, expectante por lo que escuchaba y creyéndose en el paraíso, esperó en silencio a que siguiera con el relato, conmovida y halagada por el gesto tan caballeroso que había tenido con ella. Acarició con el pulgar el dorso de la masculina mano, era su modo de decirle que lo apoyaba.

Dago besó su sien durante unos largos segundos.

—Y ese fue su error —continuó desgranando la amarga experiencia—. Yo consideré que lo mejor era operarme, así ella podría dejar los anticonceptivos orales u otros medios que usábamos. Me hicieron una va-vasec...

—Vasectomía —completó Cisla el nombre de la intervención quirúrgica.

—Sí, y ahí fue cuando vio que yo iba en serio.

—Abrió los ojos a la realidad —apostilló en un murmullo, imaginándose el chasco que se llevó la italiana.

—Fue un martirio. —Se levantó, ese asunto lo ponía nervioso a pesar de los años transcurridos. De espaldas a ella, llevó las manos a la nuca y luego se volvió para poder serenarse en el gris de su mirada—. Me acusó de destrozarme sus ilusiones, de ser un egoísta misógino... En su locura, supuso que me haría reaccionar dándome celos con un amigo mío.

Cisla lo miró con horror.

—¿Se acostó con él?! ¡Ay, perdón! Olvídalo.

Dago rio levemente ante el espaviento de ella de querer borrar sus espontáneos comentarios.

—Sí, lo hizo —le confirmó—. ¿Y sabes qué? Que nuestra relación estaba ya tan rota que eso fue lo que menos dolió —confesó con tono tranquilo, prueba de que hablaba de un pasado que ya no tenía hueco en su vida.

»Llegar a un acuerdo de divorcio fue un camino largo y tortuoso. Usó el acoso de la prensa para intentar chantajearme; según ella, los doce años perdidos a mi lado tenían un precio. Era evidente que ambicionaba la fortuna Strozzi más que ese hijo que me echaba en cara no haber tenido. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Pero habíamos hecho separación de bienes al casarnos, que no le importó aceptar al creer que habría descendencia; así que solo obtuvo lo que por ley le correspondía, nada más.

Una pregunta le quemaba la boca, no quería ser indiscreta; sin embargo, moría por saber.

—¿Seguís en contacto? —soltó de manera atropellada y sintiendo que su cara ardía.

Se acuclilló frente a la mujer que le alteraba el pulso solo con su presencia y apoyó los brazos en sus piernas, fijándose en la perfecta redondez de las rodillas y deseando descubrir lo que la falda tan celosamente ocultaba. Inspiró fuerte.

—Sé, por mi madre, que está casada y tiene dos hijos, que lleva una intensa vida social; Ana suele ojear la prensa del corazón. Estoy seguro de que me lo dijo por si yo tenía algún cargo de conciencia... —explicó moviendo una mano—. Pero no es así, fui sincero con ella desde el primer momento.

—Vale.

—Desde entonces solo he tenido relaciones esporádicas, y pocas.

—Vale —repitió, emitiendo a continuación un bufido de contrariedad—. Perdona, es que parece que te estoy pidiendo cuentas, y no es...

—Chiss...

Dago puso un índice sobre los carnosos labios en los que sabía se hallaba la antesala de su personal gloria, acariciándolos muy lentamente. La quietud que los rodeaba solo se veía perturbada por el canto incesante de las cigarras y los parpadeantes puntos de luz con que las luciérnagas regalaban su magia.

—Durante estos días... —siguió hablando con renovada emoción, se acercaba a su objetivo—, Cisla, me he preguntado dónde ha quedado la desconfianza que durante años me ha acompañado, la que me había hecho desistir de la idea de tener una compañera. Y... ya tengo la respuesta.

Se alzó para sentarse al lado de ella y abrazarla por la cintura, sin perder en ningún momento el contacto visual.

—¿Sí? —Se recriminó sus respuestas tan escuetas y poco imaginativas. Pero es que solo quería escucharlo, que su voz profunda siguiera erizándole la piel. «*Te creo*», y esa irrefutable conclusión la hizo suspirar.

—¡Sí! Se ha quedado en las empinadas calles recorridas y en las terrazas al aire libre donde hemos descansado. —Afianzó el agarre y la apretó más contra su cuerpo—. En el aspecto decadente de la ciudad vieja, pero que contigo a mi lado adquiere matices nuevos llenos de color. Mi obstinado recelo se ha evaporado en su aire veneciano que junto a ti he respirado. En aquella cala, ¿recuerdas?, en la que nos dimos nuestro primer beso, temeroso y fugaz.

Las lágrimas empezaron a descender por el rostro de Cislá, emocionada como no recordaba haberlo estado nunca.

—Da-Dago...

—Entre las olas de este mar al cobijarte anoche entre mis brazos. No ha sido solo un momento, sino la suma de cada minuto que te he tenido conmigo. Has entrado en mi alma y mi corazón como dulce miel derramada. —Tomó aliento—. Por todo ello, porque te vas dentro de dos días, porque no quiero separarme de ti, ¡porque no quiero que te separes de mí...! Cislá, *preziosità*, ¡vente conmigo a Florencia!

El jadeo de ella vino acompañado de un parpadeo rápido y nervioso que él aprovechó para intentar convencerla.

—Cislá, yo te quiero, pero no te lo diré todavía para no agobiarte y...

—¿Agobiarme? ¡Pero si me lo acabas de decir! ¡Si ha sido la declaración más bonita que he oído nunca!

Dago, nervioso, se puso de pie llevándola consigo y la aprisionó con su cuerpo contra la pared, dejando el bolso bandolera sobre el chal, que se había deslizado desde los redondeados hombros hasta el tercer peldaño, y junto al bolso de rafia de ella.

—¡Sí, pero no como deseo hacerlo! Escúchame antes de decir nada. No

quiero que tengas la más mínima duda sobre mí, todo lo que te he contado es cierto, *jassolutamente vero!*, y lo que pretendo es demostrarte que puedes confiar, que soy hombre de palabra —recordó esa frase que solía decir su madre.

Cisla lo escuchaba con un punto de diversión en sus ojos, la ansiedad que él mostraba le tocaba el corazón. La propuesta la había sorprendido, ¡por supuesto que temía la llegada del último día en la isla! No quería irse, pero el viaje tenía una fecha programada y alargar la estancia por su cuenta resultaba muy caro para la economía que ella manejaba. Llevó las manos desde los hombros a la nuca, le gustaba el suave tacto de su cabello.

—Dago, déjame hablar, ¡jelines! No tienes que demostrarme nada, mi desconfianza hacia los hombres se ha quedado junto a la tuya, en todos esos lugares, para que no esté sola. —Él perfiló varios besos húmedos en su cuello hasta hacerla temblar—. Y yo tampoco te diré que también te quiero hasta que tú no me lo digas como dices que quieres hacerlo, ¡Dios, qué trabalenguas!

Alzó la cabeza y la miró, acompañándola en el silencioso llanto, sin avergonzarse de exponer sus sentimientos. Los hombres también lloran, y él lo era en el más amplio sentido de la palabra. Además, tenía claro que los dioses apostaban por su causa, y esa certeza le daba alas.

—¿Puedo besarte? Te advierto de que será la última vez que pida permiso.

—Estás tardando —musitó con una chispa de ironía y mucho anhelo dando saltos en sus ojos.

—¡Ah! —Se detuvo a un milímetro de la soñada boca, sin importarle que ella notara la poderosa erección presionada contra su vientre. Había partes de su cuerpo que ya no controlaba—. Y luego te haré otra proposición.

Así era como ella había imaginado en su mente, muchos meses atrás, despertar en Corfú. Inspiró para llenar los pulmones del embriagador aroma masculino que la envolvía. Otro había sido el protagonista de aquel lejano sueño; sin embargo, el hombre que la acompañaba en el lecho, y se asía a su cintura como náufrago desesperado en la inmensidad del mar, superaba cualquier expectativa que ni la desequilibrada de María Coca tuviera para su siguiente libro.

Suspiró lento, recreándose.

Sí era cierto que algunos puntos no se habían cumplido, pero no importaba. El balcón estaba abierto y la fresca brisa marina bailaba con las livianas cortinas al compás de una melodía que solo un corazón enamorado podía reconocer. «*Un corazón como el vuestro*», le dijo su conciencia, hechas las paces y pedidas disculpas por haber sido tan cabrona con su dueña.

Giró levemente la cabeza a la derecha para observar el sereno rostro, que dormía con los labios pegados a su hombro, y sonrió. Jamás hubiera adivinado lo que le propuso, igual que tampoco habría imaginado ni en mil años que su vida pudiese dar el cambio que había dado en una semana.

—*Déjame pasar la noche a tu lado.*

Cisla cerró los ojos al repetirse esas siete palabras, reviviendo el salto que pegó su corazón y la rápida y atolondrada explicación de él.

En su intento de lograr una confianza total, Dago le expresó el ferviente deseo de pasar la noche juntos, pero solo eso: ¡juntos! Sin sexo, para demostrarle que lo importante para él era ella y solo ella. Que la respetaría y cumpliría su promesa.

Aceptó.

Después se arrepintió.

Y luego..., ¡qué remedio!, se resignó.

Ni ella sabía lo que quería. Desde ese momento, la batalla entre cuerpo, corazón y mente fue sin cuartel. El primero moría por ser acariciado; el segundo, por disparar sus pulsaciones. Pero la tercera, la más aburrida, impuso cordura y medida.

Así que ahí estaban, en la cama de la habitación de ella del hotel, arropados parcialmente por la misma sábana. «*Sí, juntos pero insatisfechos, ¡joder!*», protestó, dando una pequeña patada en el colchón.

Dago entreabrió los ojos al sentir la sacudida; sin embargo, no se movió para seguir disfrutando de la tibia piel. Había sido la peor noche de su vida, hubo momentos en los que creyó que no podría contenerse y acabaría seduciéndola, lo que hubiera sido un error de consecuencias quizás imposibles de arreglar, suponía.

No podía permanecer más tiempo quieto, por lo que simuló despertar y pasó la pierna derecha sobre las de ella, a la altura de su pelvis. «*Cattiva idea*», mala idea, se dijo al notar que otra vez la rotunda presencia de su miembro se hacía obvia. Lento, deslizó una mano por la fina seda del camisón desde la cadera hasta el muslo; ahí, al no haber tejido, titubeó unos segundos; pero decidió volver a su lugar de origen para no tentar la suerte y, también, no parecer un aprovechado.

Cuando le dio las gracias por confiar en él, Cisla fue tajante: solo aceptaba con esa condición, pues ella no era mujer de irse a la cama con el primero que se le cruzara, por muy bueno que estuviera. La última frase, alegando falsamente que no la entendía, se la hizo repetir varias veces, hasta que ella descubrió su juego y fingió enfadarse. Enfado que duró justo lo que tardaron en darse otro apasionado beso.

—¿Te he despertado? Lo siento —dijo en voz muy baja Cisla. Sentía que

le ardía la piel por donde él había paseado la mano. También era consciente de su erección; no es que se escandalizara, hacía mucho tiempo que dejaron de ser niños, pero...

Llevaba algo más de un año sin compartir cama. La noche anterior, en el poco tiempo que estuvo sola en la habitación, los nervios la volvieron torpe e indecisa. Temerosa de que él la viera tal como era, aunque ya lo había hecho en cada visita a la playa al mostrar su cuerpo en bañador; le seguían sobrando unos kilos, que solo ella parecía notar. Así que eligió el mejor camisón que había echado en la maleta y esperó a que él llegara, pues le había pedido unos minutos para darse una rápida ducha.

Pero fue verlo entrar en el cuarto y desaparecer cualquier duda. La forma con que la miraba, más allá de su físico, se lo dijo todo. Le dio a elegir el lado de la cama que prefiriera, se besaron a placer y, sin llegar a más, apagó la luz, para abrazarla. Y Cisla supo, sin lugar a dudas, que no pegaría ojo con ese adonis respirando sobre ella. Le debía la respuesta a su pregunta sobre ir a Florencia, pero sería más tarde; ahora estaba en... otras cosas.

—Buenos días, *preziosità*, pregunta mejor si he dormido, *¡santa Madonna!* —se quejó.

La risa de ella agitó sus cuerpos.

—O paras y, por el bien de los dos, te quedas quieta, o mando mi promesa al infierno.

La advertencia logró el efecto contrario y las carcajadas rebotaron en las blancas paredes.

—Eres una provocadora —la tildó mientras se posicionaba sobre ella y le aprisionaba las piernas entre las suyas.

La ruidosa hilaridad se esfumó por el balcón en un salto suicida cuando

vio el verde de sus ojos incendiarse en la mirada más ardiente que jamás nadie le dedicó. La respiración se transformó en un jadeo agónico. Cisla sentía crecer un torbellino de deseo quemando sus entrañas y que la obligaba a buscar una salida, la que fuera. Así que puso una mano en su nuca e hizo que sus bocas se estrellaran en un beso tan demandante y desesperado que los hizo rodar por el colchón, para quedar ella sobre él.

Las manos de Dago, sin control, volaron a las redondeadas nalgas que la seda se había encargado de dejar al descubierto, y las hicieron suyas. Con ella a horcajadas sobre la pelvis, su miembro clamaba por una liberación que solo sería satisfactoria para ambos si se enterraba en ese calor que percibía a través de la tela del pantalón de pijama, la única prenda que usó como barrera al acostarse. El escaso segundo que se tomaron para respirar le dio la lucidez que necesitaba.

—*Bella* —habló sin resuello—, te hice una promesa y la quiero cumplir.

Cisla ocultó el rostro en el hueco de su cuello, avergonzada e insatisfecha; pero feliz, muy feliz.

—No te ayudo, ¿verdad? —murmuró sobre la ardiente piel antes de besarla.

Dago le puso las manos en el cuello, sintiendo contra sus palmas el fuerte y rápido latido que martilleaba su piel, y la obligó a mirarlo para así reforzar la verdad de lo que para él era incuestionable.

—Francamente, *preziosità*, no mucho —confesó con las dos cejas alzadas—. Sin embargo, hay algo que ya está hecho y nada ni nadie podrá cambiar.

La brillante mirada gris de Cisla se zambulló en sus ojos verde mar, que la atraían como si fuera una sirena alejada del hogar desde tiempo inmemorial.

—¿Qué es, *mio* Dago? —lo picó con el pobre conocimiento que tenía de

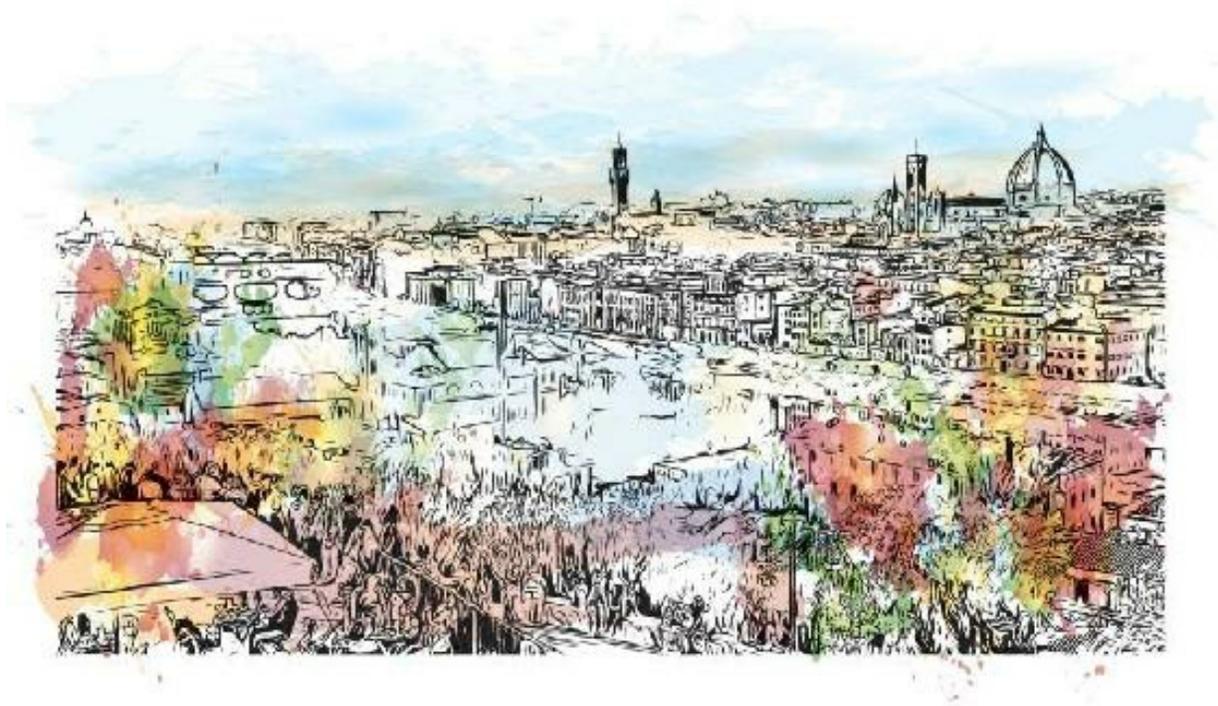
la lengua italiana, pero que pensaba ampliar.

—Eres mi mujer, *bella*, y yo soy tu hombre.

Se estremeció de gozo y una lágrima cayó sobre el masculino torso.
Apenas podía articular palabra.

—¿Yo... soy...?

—*Tu sei mia moglie, bella; e io... Io sono il tuo uomo.*



Un año más tarde...

Apoyada en el marco de madera de la ventana y envuelta en una mullida toalla blanca, Cisla contemplaba la famosa cúpula de la catedral de Florencia, la ciudad que la había recibido con los brazos abiertos y a la que consideraba su hogar.

Desde hacía una semana, los nervios ejecutaban en su estómago una danza zíngara con pandereta incluida. Y no era para menos, pues al acontecimiento que llevaban preparando se sumó la noticia que le dio Ana y que la dejó casi en estado de ingravidez total.

Ana... «*¡Qué mujer! ¡Y qué loca está!*», pensó con una sonrisa y moviendo la cabeza a un lado y otro. Nunca olvidaría el momento en el que Dago le dijo que llevaría compañía a la vuelta de sus vacaciones en Corfú. No pidió, exigió saber todos los detalles de la mujer que iba a retirar a su hijo «del mercado de hombres macizos disponibles», fueron sus palabras exactas. Y cuando ya supo lo más imprescindible, le mandó una petición de amistad vía Facebook.

—*Ya no te soltará, la conozco* —le vaticinó él, tumbados en la playa sobre sus toallas y bajo una sombrilla.

Y así fue. En menos de veinticuatro horas le abrió un grupo en dicha red social: Amigas de Fuencis, las ventas en digital de la novela subieron y se vendió en un día casi una treintena de ejemplares en papel. «*¡Qué mujer!*», se repitió.

Junto a su esposo, Rinaldo, los recibieron en el aeropuerto con un entusiasmo contagioso. Él, un poco más comedido; ella le dio un abrazo tan sincero que todavía parecía sentirlo, pues el lazo que se había creado entre ellas solo podía denominarse como el de una segunda madre.

Deslizó una de las hojas correderas y manipuló la persiana veneciana para que entrara un poco más de luz, que vino acompañada de una brisa sofocante debido, también, a la alta humedad que el caudaloso Arno les regalaba.

Suspiró, ¡cuánto había cambiado su vida!

—Me despierto y no está a mi lado, señora Strozzi. ¿Ya se ha arrepentido?

Los brazos de su flamante esposo la rodearon desde atrás, sorprendiéndola.

—Hummm...

—¿Puedes traducir? —le pidió, mordiéndole el lóbulo de la oreja derecha con la presión justa que a ella le excitaba.

—Tenía calor y fui a darme una ducha —le explicó mientras giraba el cuello a un lado y, así, seguir disfrutando de los besos que empezaba a dejar en su piel—. Y no, no estoy arrepentida. No te vas a librar de mí tan fácilmente, Maxidago. ¡A lo hecho, pecho!

Dago soltó una estruendosa carcajada, no podía evitarlo cuando ella lo llamaba por el apodo tan ocurrente que le puso y que, para no avergonzarlo ni dar explicaciones embarazosas, solo usaba en la intimidad.

—Sí, y el tuyo es precioso. Los más bonitos y perfectos que jamás he visto —afirmó volviéndola para tenerla de frente y aflojar el nudo de la toalla.

—Que espero no hayan sido muchos, *professore*, ¿vale?

Ahí estaban esos celos que solía acompañar con la palabra *professore* y que a él tan solo le provocaban más ganas de ella.

—A ver, deja que haga memoria —bromeó como hacía siempre—. Mejor lo compruebo.

Por sorpresa, la cogió en volandas y con pasos largos la llevó a la cama, cayendo los dos en el colchón entre risas. Rápido, apartó la tela que le impedía ver el cuerpo por el que moría de deseo y se lanzó, ansioso, a disfrutar de los generosos atributos de su esposa.

—Te amo —murmuró entre jadeos—. Te amo, señor Maxidago Strozzi.

Dago abandonó su labor y se movió ligeramente a un lado para no incomodarla con su peso.

—Casi tanto como yo a ti, *preziosità*. Dime, estabas muy pensativa.

—Rememoraba este año pasado juntos. —Aprovechó que él se incorporaba ligeramente y se apoyaba en un codo para dejar una mano en su nuca. Tenía el cabello un poco más largo, y a ella le encantaba—. Cuando te dije que me venía contigo...

—Casi me da un infarto, *bella*. Pero te aseguro que ha sido uno de los días más felices de mi vida —declaró, acariciándole la cadera casi sin rozarla.

—A veces pienso que te lo puse muy fácil, jolines.

—Pues para mí fueron una tortura las veinticuatro horas de espera, temía que decidieras marcharte.

El mohín que hizo para dar pena solo consiguió que ella se riera.

—¡Pero mira que eres teatrero! Sabías que no, que algo muy fuerte e inexplicable me unía a ti.

—Sí, y largo —añadió con una picardía que hizo que ella abriera los ojos con espanto y le propinara un cogotazo—. Cuánta razón tienen los que dicen que el matrimonio cambia a las personas... ¡Ya me has pegado!

—¡Y puedo repetirlo, eh, Maxidago!

Nuevamente sus risas bailaron al unísono.

—No te habría dejado marchar, amor mío. Hubiera pedido una excedencia en la universidad para irme a vivir a tu lado —le dijo como en alguna ocasión anterior. Se acercó a su boca y dejó un breve beso—. El verdadero amor solo pasa una vez por la vida, y yo no pensaba dejarlo escapar.

Los ojos de Cisla se llenaron de lágrimas. Así era él, un hombre que no se cansaba de decirle y mostrarle cuánto la amaba, ya fuera en público o en privado.

—Eres la persona más romántica que he conocido en mi vida —elogió, acariciando su mentón—. En este tiempo me has devuelto la alegría, el humor...

—Las palabrotas —añadió él con diversión.

—Eso también, puñetas —le dio la razón verbalizando una de sus expresiones favoritas.

Dago sabía que no exageraba. Un año atrás, la mujer que conoció era divertida, pero se frenaba a la hora de dar rienda suelta a su verdadero carácter. Con el paso de los meses, la auténtica Cisla empezó a salir a la luz: ocurrente, chistosa, maniática... Porque, sí, lo era y mucho; sobre todo a la hora de sentarse a escribir. Sin embargo, él la amaba así: perfecta en su imperfección.

—¿De verdad no habrías preferido pasar la noche de bodas en una *suite* del Spadai? —volvió a la carga como en los días anteriores al enlace.

Cisla negó con la cabeza y se giró parcialmente a él, que no desaprovechó la ocasión para deslizar la mano hasta sus glúteos y pasar la pierna derecha entre las de ella.

—No quería la frialdad de un cuarto impersonal; quiero este, que huele a ti y a mí, a nuestro amor. Además, lo importante es que estoy en el mejor lugar del mundo —se calló con la intención de que le preguntara. Durante su respuesta, se había pegado completamente a su robusto cuerpo y así poder acariciar con su sexo al ya demandante de él.

Un gruñido ronco y profundo, acompañado de una embestida con la pelvis, la puso sobre la pista del resultado de sus sensuales movimientos.

—¿Y ese lugar es?

—Entre tus brazos, esposo mío —desveló, aumentando el ritmo de

fricción.

—Te equivocas. El mejor sitio es en el que estaré en dos minutos, *¡santa Madonna!* No, eso es mucho tiempo.

En dos parpadeos se posicionó sobre ella, tan hambriento de su cuerpo como la primera vez, justo la víspera de abandonar la isla. Se adueñó de su boca con prisa, bebiéndose el sabor mentolado que lo recibía. La sentía abrazarlo con fuerza, abrirse a él mientras le tomaba el miembro para...

—Espera, es-espera —jadeó, haciendo un esfuerzo sobrehumano de contención. Por muy impetuoso que fuera, y grande la necesidad, había algo que primaba sobre su propio placer: el de su mujer—. Deja que primero desayune.

—¿Vas a bajar a la cocina ahora?! —soltó casi en un chillido, incrédula y frustrada por la interrupción.

—Sí, voy a bajar..., pero no precisamente a la cocina.

Se deslizó por su curvilíneo cuerpo como si lo acabara de descubrir: besando cada lunar, cada pliegue, adorándola con calma y dedicación. Entre sus anhelos se alzaba con firmeza conseguir que cada gemido fuese superado por el siguiente, esa era su recompensa.

—Este es y será mi lugar favorito... —anunció mirándola primero a los ojos, para luego embelesarse con el rubor que cubría su bella piel. Colocó la palma de la mano derecha sobre su sexo e hizo leves pero decididas presiones—. Y el más sabroso.

El mundo de Cisla se volvió del revés cuando su atrevida lengua dejó una larga y húmeda caricia que la hizo temblar. Él, sujetándola por los muslos, no le daba tregua, arrancándole pequeños chillidos como si fuera una gata en celo; enterrado el rostro en su centro, dando lamidas y presionando con los

dientes en los puntos justos que a ella le volvían loca.

Hábil y salvaje, así era el hombre que la había hecho volver a disfrutar de su sexualidad alcanzando una satisfacción desconocida para ella. Que no imponía, sino que le dejaba ver y sentir lo mucho que la amaba y necesitaba; pero siempre, ¡siempre!, sin forzar voluntad ni situación.

—Da-Dago...

La voz sonó sin fuerza, rendida al experto y continuo trato placentero al que era sometida. Él conocía su voluptuoso cuerpo al detalle, cada recoveco y todos y cada uno de sus puntos erógenos, la mayoría de los cuales ella descubrió durante largas, intensas e inolvidables noches de pasión.

—Vente, ya —demandó. Besó la cara interna del muslo derecho y paseó los dedos por el que era territorio exclusivo de él—. ¡Hazlo!

Le dio otro beso, ahora en el muslo izquierdo, y se relamió antes de provocarle el orgasmo más brutal de las últimas cinco horas, justo el tiempo que habían descansado.

—Ju-Juraría que he vis-visto una nueva constelación, ¡Dios bendito!, y en colores —comentó entrecortadamente mientras tomaba grandes y sonoras bocanadas de aire aún entre espasmos de placer.

—No me extrañaría —afirmó muy pagado de sí mismo, acariciando su ardiente y sedosa piel a medida que ascendía por ella—. Yo, más que desayunar... me he dado un festín, aunque falta el postre.

Cisla sonrió, imaginaba lo que quería y, por supuesto, se lo iba a dar; los posibles remilgos a practicarle sexo oral quedaron desterrados en el mismo instante que él se negó a ello si esa práctica no era de su agrado.

Sin embargo, él adivinó su intención, que no era errada.

—Hoy no, *bella*. Ahora solo necesito adentrarme en ti y llevarte conmigo

a descubrir nuevas estrellas.

Sí, pensó Císla, su esposo había resultado ser todo un romántico, como no se cansaba de demostrarle.

Él, tras jugar a placer con los rosados pezones, que ansiosamente se ofrecían, le apresó la cara entre las manos e invadió su boca con el mismo frenesí que había saqueado su sexo.

Abrió las piernas para darle cabida y lo aprisionó por la cintura, acariciándole las nalgas con las plantas de los pies. Dago era hermoso, como ella lo piropeaba cuando veía su cuerpo desnudo. «*Hermoso y tuyo*», le indicó su mente con delicia. Sentía su urgencia, así que mientras le mordisqueaba el cuello, que sabía cuánto lo excitaba, disfrutó del tacto de sus hombros y descendió por la poderosa espalda empapada de sudor.

—*Bella...*

Sin prestar atención a la velada y ronca advertencia, detuvo una mano en su cintura y llevó la otra entre sus cuerpos, hasta apoderarse del protagonista del mote puesto: el largo y grueso miembro viril. Haciéndose dueña de él, lo guio a la entrada de sus dominios: ella, que lo recibió envolviéndolo sin medida y arrastrándolo a otra dimensión.

Les hubiera gustado demorarse más en el inmenso goce en el que se hallaban perdidos; sin embargo, resultaba imposible. El voraz apetito que se tenían no dio tregua a demora ni regodeo alguno, tan solo se dejaron caer por una pendiente de gemidos y ruegos ininteligibles.

Dago, lanzando un primitivo gruñido con los dientes apretados, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás cuando sintió que no podía seguir colmándola, pues todo él la llenaba, afianzó aún más el agarre a sus caderas, que habían aumentado las descontroladas sacudidas, y se derramó en el sanctasanctórum del idolatrado cuerpo que lo acompañaba de forma vibrante.

Como era habitual, se demoró en abandonar el cielo alcanzado y se quedó abrazado a ella, de lado para no incomodarla.

—Cada vez se nos da mejor, señora Strozzi; pero hay que seguir perfeccionando —bromeó con los ojos cerrados y beatífica sonrisa.

—Hummm —fue la expresiva respuesta, intentando recuperar el control de sus castigadas cuerdas vocales.

—Veo que coincidimos. ¿Qué te parece si nos damos una ducha rápida y le decimos al baño que eres mi esposa?

Cisla soltó una carcajada, y Dago la pegó más a su cuerpo, reticente a abandonarlo, para acariciar la tersa espalda.

—A ver, *mio* Dago —imitó el acento italiano—. Anoche ya hiciste una presentación muy... ilustrativa, ¿no crees?

—Sí, pero no está de más recordarlo. —Acompañó la explicación con un pícaro guiño.

—¿Y al resto de la casa también?

—*¡Santa Madonna!* Dame un respiro, mujer.

Sorpresivamente, la cogió en brazos y se dirigió al espacioso cuarto de baño, envuelto en la risa de su mujer: *mia moglie*.

Sentados en el asiento trasero de la limusina viajaban en silencio, perdido cada uno en sus pensamientos y solo haciendo alguna que otra pregunta casual.

—¿Seguro que tu madre o tú no habéis pagado? —preguntó por cuarta vez, a la espera de hallar un matiz en la respuesta que le dijera si mentía o no.

—Completamente, amor mío. Mi madre llamó al director del programa, que es conocido de la familia, y nada más —contestó con paciencia, pues

intuía que le volvería a plantear dicha cuestión.

—Está bien —dijo sin estar segura del todo.

Dago cogió su mano izquierda y se la llevó a los labios para besarla, dejándola luego entre las suyas, sobre su propio regazo.

No es que Cisla desconfiara de su marido, pero Ana era de temer. Además del grupo en Facebook, le había abierto cuenta en todas las plataformas digitales que existían; un club de fans, del que se encargaba de que estuviera activo, y mantenía contacto con revistas o cualquier medio que informara sobre el mundo editorial. Era la mejor representante que podía tener. Y, lo mejor de todo, una suegra perfecta, ya que nunca se inmiscuía en las decisiones que tomaba la pareja.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Estaba tan nerviosa que ni la suave música de fondo del confortable vehículo pudo hacerla dormir. Al contrario, su mente prefirió repasar los últimos acontecimientos...

Uno de los más importantes, sin duda, fue la llegada de sus hijos para asistir al enlace. Vinieron, hacía una semana, acompañados de sus abuelos Candela y Alberto. Rinaldo, que no consintió que se alojaran en un hotel, hizo de perfecto cicerone con los chicos y su consuegro, pues Ana y Allegra secuestraron a Candela y Cisla para ultimar los detalles de la boda y visitar las tiendas de la ciudad; aunque la que impuso el ritmo fue Anita, la hija pequeña de su cuñada y que con tan solo tres meses de edad traía loca de felicidad a la familia, sobre todo a la abuela, empeñada en que su primera palabra fuese *abu*. Recordar sus esfuerzos tan tempranos la hizo sonreír.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Dago, siempre atento a ella.

—Del empeño de Ana con la peque.

Cabeceó, su madre no atendía a razones de que era aún muy pronto para

que hablara, por lo que habían desistido.

—Pues recuerda esto —auguró—: apuesto a que lo consigues, que a insistente no la gana nadie; si la conoceré...

—No me extrañaría.

Cisla se calló unos segundos, los rostros de sus hijos llenaron su mente.

—Estaban guapos los chicos, ¿verdad? —apuntó con voz soñadora, orgullosa de ellos.

El mayor había terminado con buenas notas el segundo año de Derecho y el pequeño...

—Pero me preocupa Luis, eso de no saber qué quiere estudiar...

—Amor mío, cada persona tiene un ritmo diferente y necesita más o menos tiempo para tomar una decisión —argumentó Dago muy certeramente—. Quizás lo suyo no es la universidad, no tiene por qué serlo; es posible que prefiera algo técnico.

—Le encanta todo lo relacionado con la informática, programar... —recordó como si lo estuviera viendo pegado al ordenador y hablando de ideas para un videojuego.

—Ahí lo tienes; pero no hay que presionarlo, que él descubra el camino.

—Sí. —Hubo otro momento de silencio—. No imaginas lo feliz que me hace que os llevéis tan bien. Ya sabes que al principio tenía pavor a que te rechazaran o hubiera un mal rollo.

—Bueno, mis años de profesor han ayudado a saber conectar con la juventud. Además de que les dejé bien claro que yo no iba a sustituir la figura de su padre.

Dago recordó aquel primer encuentro, en Madrid. Cisla y él tardaron dos

meses en irse a vivir juntos, por petición de ella. Y unas semanas más tarde él pidió conocer a sus hijos.

—*Forman parte de tu vida, bella, y yo quiero estar en todo lo que hay en ella.*

A ese razonamiento no hubo nada que objetar.

La reunión fue tensa en un principio, en casa de sus abuelos, que desde el minuto uno aceptaron de buen grado a la pareja de su hija; pero él supo vencer la desconfianza y recelo de los dos jóvenes con la naturalidad y simpatía que lo caracterizaba.

—Y les encanta Florencia —precisó Dago con ironía.

—¡Oh, sí! —reaccionó ella—. Di que les gustan las italianas, es más exacto.

Se echó a reír ante su aparente tono molesto.

—Tienen buen gusto —contestó muy ufano.

Cisla se giró despacio a él, mirándolo con los ojos entrecerrados. No le hizo falta hablar.

—Me refiero a que ellos, como tú, prefieren el producto italiano. Porque es así, ¿verdad, *bella*?

—No me enrede, *professore*. ¿Te puedo hacer una pregunta... odiosa?, porque sé que lo es —le pidió mientras tironeaba del bajo de su vestido de gasa.

Frunció el ceño y la miró con intriga. No existía secreto que ella no conociera, le había contado su vida hasta el más mínimo detalle. ¿Quedaba algo más? Curioso, asintió con la cabeza, recolocándose en el asiento para verla mejor, pero sin soltar su mano.

—La boda ha estado genial —empezó a explicar—, sabes que yo no necesito una firma para...

—Ni yo tampoco, pero quería hacerlo —la interrumpió—. Hoy no eres mi mujer más de lo que lo eras antes —afirmó rotundo—. Sin embargo, legalmente es necesario para que lo que es mío sea tuyo. Y también porque lo de señora Strozzi te sienta genial, como la sortija de compromiso.

Cisla sonrió moviendo la mano derecha ante ellos, una impresionante esmeralda vestía su dedo anular; dicha piedra era el recordatorio de dónde se conocieron: Corfú, la isla Esmeralda.

Él quiso cumplir con todos los requisitos propios de una relación clásica: presentarse ante sus futuros suegros como el novio de su hija, petición de mano con intercambio de regalos entre los futuros esposos... A Cisla todavía le producía risa toda esa «parafernalia», así lo denominó en su día. Pero su marido, en algunos aspectos, era un hombre chapado a la antigua. Aunque cuando ella le propuso vivir separados hasta que fueran matrimonio resultó que no, que para eso sí era muy moderno...

—Disculpa, ¿qué querías decirme? —la invitó a continuar—. Por cierto, este vestido te sienta de maravilla. Estoy deseando quitártelo, puñetas.

La última frase le provocó una carcajada, tanto por la impaciencia que ya mostraba como por el *puñetas* que le había pegado y usaba con tanta frecuencia. Se aclaró la voz y tironeó un poco del escote hacia abajo.

—Provocadora... —Le acarició la rodilla, pero su intento de ascender por el muslo se vio cortado con un rápido manotazo.

—¡Zape! ¿Dónde crees que vas?

—Esta mano tonta... —se defendió de forma infantil—. Venga, dime.

—Respecto a la ceremonia y la comida que tuvimos después, ¿llegaste a

compararlas con tu primera boda? —Lo vio inspirar, serio de pronto—. Me refiero a que ha sido por lo civil, obvio, y a que no ha habido banquete con doscientos invitados, sino únicamente nuestra familia...

La miraba fijamente, un poco molesto.

—¿Tú te has acordado de la tuya? —le preguntó con dureza, retirándose un poco hacia atrás en el asiento y soltando su mano—. Porque yo no lo he hecho. Nunca os he comparado a ti y a mi ex, ¡jamás!, ¿lo voy a hacer ahora? Dame un motivo. —Observó que bajaba la vista y se mordía un carrillo.

—Lo siento, lo siento —se apresuró a hablar—. La maldita entrevista me tiene de los nervios y... ¡Mierda! No, yo no me he acordado en ningún momento, ¡ni se me ha pasado por la mente, puñetas! —Desabrochó el cinturón de seguridad para poder acercarse a él—. Perdóname, te he hecho daño; lo siento... Es que todo ha sido a mi gusto y quizás tú hubieras preferido otra cosa, pero por no contradecirme...

La angustia de ella lo mataba por dentro y la mano sobre su torso le quemaba la piel. La amaba como nunca había amado a nadie y sabía que, definitivamente, era la mujer de su vida. Con firmeza, le pasó un brazo por la cintura y la sentó sobre sus piernas; le pinzó la barbilla para que lo mirara a los ojos: gris y verde fundidos en un solo sentimiento.

—*Non dimenticarlo mai, ti amo. ¡Ti amo!*

Dos lágrimas bajaron por el terso rostro de Cislá, que abrigaba entre sus manos el cuello del único hombre que realmente la había amado.

—Nunca lo olvidaré; *ti amo, mio* Dago.

El beso que terminó uniéndolos les erizó la piel y dinamitó cualquier duda o dolor que restara en sus corazones. Él tenía razón, no empezaban una nueva vida a raíz del recién estrenado estado civil, sino que lo hicieron casi año

atrás cuando decidieron compartir techo, cama, ilusiones y... futuro.

El chófer les anunció que entraban en los estudios de televisión de la RAI, en Roma, tras bajar hasta la mitad el opaco cristal que separaba la parte delantera del resto del vehículo, sorprendiéndolos en un cómodo silencio.

Ya habían visitado la ciudad anteriormente; sin embargo, a ella siempre le llamaba la atención el ordenado caos en el que se desenvolvían sus habitantes. En otras ocasiones, el viaje se desarrolló por una ruta diferente para poder disfrutar mejor de los maravillosos paisajes que ofrecía la Toscana; pero esta vez no venían por placer, sino por trabajo, como Ana le había dicho con la intención de que se fuera haciendo a la idea de lo que le esperaba.

Durante el trayecto, de algo más de dos horas, comentaron la ceremonia tan íntima y emotiva que habían tenido en la casa de campo que los padres de Dago tenían en Cortona, uno de los pueblos más bonitos de la conocida región; el obligado registro en el consulado español, que hicieron al día siguiente, antes de encerrarse a cal y canto en su ático florentino. Los pocos invitados, tan solo la familia más directa de él, dos compañeros de la universidad con sus esposas, los padres de ella y sus hijos. En la misma línea de sencillez estuvo su blanco vestido de algodón con dos finos tirantes y largo hasta el tobillo, de corte suelto, la nota de color la puso el color de las sandalias, fucsia, y las pequeñas flores silvestres rosas y malvas que adornaron el desenfadado recogido de su cabello. Él también eligió el mismo color, símbolo de fuerza y pureza, para el pantalón, la camisa y el calzado. Como Císla dijo: no necesitaban nada más.

—¿Qué tal tengo el peinado?

Dago la miró y puso tal cara de horror que a ella se le fue el color de la cara.

—Está perfecto —dijo reprimiendo la risa.

—¿Tú quieres dormir esta noche solo? —Ahora fue el turno de él de componer un gesto de pánico—. Pues ya lo sabes, sigue con tus bromitas, jolines.

A pesar de que disimulaban, los dos estaban nerviosos. Ella, por la entrevista que le iban a hacer en el programa de máxima audiencia que tenía dicha cadena y que tocaba variados temas; entre ellos, las novedades editoriales. Él, por el inevitable encuentro que tendría lugar y que había relegado al fondo de su mente con el fin de no pensar en ello.

La limusina se detuvo ante la puerta principal de los impresionantes estudios y el chófer, profesional, se apeó para abrirles la puerta y que se bajaran. Primero lo hizo Dago, que ofreció su mano a Cisla no tanto como ayuda, sino como gesto galante que siempre tenía con ella. Aún no avanzaban unos pasos cuando se les acercó una azafata que, tras presentarse, los guiaría al estudio en el que se preparaba la emisión.

Después de pasar por maquillaje y peluquería fueron acompañados a una pequeña salita, donde se les ofreció un ligero refrigerio que haría más breve la espera.

—Muchas miraditas te echaba la maquilladora —comentó dando cortos pasos por la habitación y estirándose las mangas francesas del vestido verde manzana de seda salvaje, muy favorecedor el color a su tono de piel, de corte sencillo y vaporoso con un profundo escote de pico—. Claro que con ese traje negro y la camisa desabrochada...

Dago, sentado en el brazo de uno de los sillones, se miró negando con la cabeza.

—Solo tengo desabrochados los dos primeros botones. Te recuerdo que quise ponerme corbata y dijiste que no —le refrescó la memoria, divertido.

—Ya —admitió a regañadientes, parada frente a él y con los brazos cruzados sobre el pecho—. Es que así —lo señaló con una mano— atraes a cualquier mujer que haya en doscientos kilómetros a la redonda. —Dio un taconazo—. ¡Que no se puede estar tan bueno, puñetas! Cualquier día te ponen una multa, ya lo verás...

La risa de él cortó la retahíla de tonterías que salían por su boca, pintada de un rosa claro que acentuaba su sensual forma.

—Ni sé de qué mujer hablas. —Se acercó y le puso las manos en su marcada cintura—. Había muchas y yo solo tengo ojos para ti, *bella*.

—Hummm...

—Si quieres, y solo si te apetece —le murmuró en el oído después de dejarle un ardiente beso en el cuello—, te puedo quitar los nervios contra la pared que elijas; no tendrás que hacer nada, yo me encargaré de que te relajés —propuso mientras metía una mano bajo la falda y ascendía por el muslo.

—¿Te has vuelto loco?! —exclamó entre manotazos para que se apartara—. No ayudas, eh. ¡Así no ayudas!

Las carcajadas de Dago casi no dejaron oír la entrada en su móvil de un mensaje.

—Es mi madre —habló ante su impaciente mirada y leyendo el largo wasap recibido.

—¿Ha pasado algo? ¿Están todos bien? ¿Los chicos...? ¡¿Qué...?! —exigía saber a la par que tironeaba de su manga.

Tras el enlace, la familia se había quedado en la casa de Cortona para disfrutar tanto del pueblo como de su idílico entorno, planeando llegar a Roma el mismo día de la entrevista de Cislá.

—Todos bien, llevan tres horas sentados entre el público, les han dado un

buen sitio. Quiere saber cómo estamos y te dice que seas tú misma. —Sonrió —. Creo que ha puesto todas las caritas que existen, *santa Madonna*.

—Dile que no estoy nerviosa, ¡que estoy muerta de miedo! Y que si hay una próxima vez, que no creo, que me avise con más tiempo, ¡no el día de antes!

—Sabes que lo hizo precisamente por esto, para que estuvieras tranquila —defendió a su progenitora mientras tecleaba una concisa respuesta.

—Claaaaarooo, lo mismo que le decían a los condenados a muerte en... —hizo un gesto con la mano de quitar importancia—. ¡Ay, Dios mío! ¡Dago! —Se llevó las manos a la cara, aterrorizada.

—¿Qué te pasa?!

—¡Se me ha olvidado! ¡Ay, ay, Diossss!

—¡*Porca miseria!* ¡¿El qué?!

—¡Los títulos de mis libros! ¡No me acuerdo! *Imposible...* ¡¿Y el segundo?! ¡¿Cómo mierdas era el segundo?!

Dago apoyó las manos en las caderas inclinándose ligeramente hacia delante.

—Tendré una vida corta, lo sé, ¡*santa Madonna!*

El aplauso con el que recibieron a Cisla fue atronador, hecho que sorprendió a la misma presentadora, que la anunció como María Coca Duarte y elevando la voz para hacerse oír por encima de los vítores. Cisla, que ya había localizado a la familia entre los asistentes, observó que lucían una camiseta blanca con la portada grabada de su primer libro, más la etiqueta #FanCésar; y no solo ellos, sino gran parte de las personas que los rodeaban. No había duda de quién era el artífice del operativo: Ana.

Dago se hallaba en un lateral, no lejos del regidor y un poco entre sombras. Después del susto de la repentina y transitoria amnesia que tan bien había fingido, la azafata volvió a por ellos y empezó el espectáculo... Estaba orgulloso de ella, de lo conseguido gracias al duro trabajo y la inagotable constancia que tenía. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, atento a la entrevista, que se desarrollaba de forma fluida y divertida ya que ella no dominaba aún el italiano, lo que la hacía mezclar sus respuestas con el español, y esa combinación arrancaba risas entre los presentes.

Hubo una breve pausa publicitaria que él aprovechó para acercarse, decirle que lo estaba haciendo genial y darle un beso que arrancó más de un suspiro y obligó a que le tuvieran que retocar el carmín de los labios.

Cisla, increíblemente tranquila, creía estar viviendo un sueño; otro sueño que se cumplía, aunque el más importante era el de ese hombre, que le había dado tal beso que se acababa de convertir en la envidia de todas las féminas del país, pues aunque en ese momento no estaban en directo, seguro que alguien lo había captado y no tardaría en difundirlo por las redes sociales.

Llevarían algo más de seis o siete minutos en antena cuando Dago advirtió que alguien se movía cerca de él, a la izquierda y en una posición un poco más adelantada. No necesitó mirar para saber de quién se trataba. Un desagradable cosquilleo en la nuca lo alertó de su presencia y se puso en guardia. No obstante, giró la cabeza y clavó los ojos en la figura que vestía un pantalón vaquero, camisa negra y zapatos de igual color. Inspiró con fuerza y cruzó las manos a la espalda. Sabía que este momento tenía que llegar tarde o temprano. Desvió la vista a su mujer y ella, que en ese preciso instante lo miraba, le dedicó una sonrisa y se llevó la mano derecha al corazón, templando sus nervios; conocía el significado: te amo. Le devolvió el gesto, que para ellos era su clave secreta.

Sintió una agobiante presión, por la intensidad con la que era observado. Otra vez, pero ahora con fuerzas renovadas gracias al mudo mensaje de su esposa, enfrentó al desconocido con mayor firmeza y seguridad no solo en la pose, sino en el ánimo.

El silencioso duelo entre los dos hombres estuvo sentenciado desde el principio. Dago no se iba a dejar ganar la batalla y mirar a otro lado como si hubiera hecho algo reprobable. Por lo tanto, el obligado derrotado era: Ricardo Merino Sanz, *Cardo*.

Había llegado a Roma con el tiempo justo. Dejó el equipaje en el hotel y pidió un taxi para que lo llevara a los estudios; pero el infernal tráfico hizo que se retrasara más de lo previsto. No le gustaba estar ahí, ver a la imbécil de la madre de sus hijos sonreír al italiano de mierda con el que se había casado. Por supuesto por dinero, no le cabía la menor duda de que ese era el motivo. Pues para qué querría un tío rico a esa frígida... Era evidente: para tapadera de su homosexualidad o de su impotencia.

—Un chulo putas —farfulló apenas moviendo los labios antes de romper el contacto visual para mirar al frente.

Se centró en su ex; no había cambiado físicamente, seguía con esos cuatro o cinco kilos de más que parecía no estar dispuesta a perder. El cabello lo llevaba algo más corto, ondulado, justo como él siempre odió. A pesar de todo, el vestido la favorecía mucho, al igual que el zapato beis de tacón de aguja. La veía muy desenvuelta para ser la primera vez que se ponía delante de una cámara. Movi6 la cabeza a un lado y otro y cambi6 de pie el peso del cuerpo.

Ya hacía dos años desde que se separaron, algo menos del divorcio, y la vida que le auguró, y que él tanto le deseó y aún deseaba, no se había cumplido. Tenía que reconocerle las agallas, el que no le importara ponerse a

trabajar en una librería de mala muerte por un sueldo miserable. No pudo darse el gusto de ver que ella renunciaba y le pedía perdón para volver a su cómoda vida; sin embargo, lo compensó con la libertad que ganó: follarse a toda la que se le ponía a tiro y aceptaba sus condiciones. Un maldito pensamiento lo azotó sin misericordia, y no era la primera vez: algunas noches, más de las que le gustaría, se le hacía demasiado grande y solitaria la cama...

El barullo formado a su alrededor lo sacó de las cavilaciones que lo habían mantenido ajeno a lo que acababa de suceder. Oyó a la siliconada presentadora volver a repetir la noticia: María Coca Duarte había sido galardonada con el premio Escritora Revelación en Lengua Extranjera por... No entendió el nombre del organismo, editorial o lo que hostias fuera; tan solo la veía correr... «*Estaría bueno que viniera a mí*», pensó con prepotencia, pues sabía que era inevitable que ella lo viera.

A Cisla le dio igual saltarse la norma de permanecer en su asiento hasta que la entrevista finalizara y le indicaran que podía irse. Estaba tan feliz con lo anunciado que solo deseaba festejarlo junto a la persona que era su apoyo constante e incondicional. Así que se levantó y se apresuró en llegar a donde estaba su esposo. Ignorando completamente al hombre que se encontraba cerca de él, como había hecho desde el momento que lo vio llegar.

Dago se rompía las manos aplaudiendo, igual que toda la familia y la grada en general. Se alegraba de que su trabajo se viera reconocido. No le sorprendió verla andar todo lo rápido que podía sin riesgo de resbalar mientras gritaba su nombre. Él, sin pensarlo ni un segundo, voló a su encuentro y la abrazó alzándola y dando vueltas con ella. No había más felicidad en sus corazones.

—Venga, hijo, ¡suéltala ya!

El reclamo de Ana para poder abrazar a su nuera otra vez no se hizo esperar. Se hallaban en la misma salita que los acogió a su llegada, rodeados por la familia, que no cesaba de festejar tan maravillosa noticia.

Los últimos minutos de la entrevista tuvieron un invitado sorpresa: Dago, pues Cisla se negó a que volviera a su discreto rincón.

—*Esto es también tuyo, amor mío, y si no podemos celebrarlo juntos, ¿qué sentido tiene todo?*

Esa declaración de intenciones, hecha con el micrófono en una mano y la otra en el pecho de él, conmovió al público hasta el histerismo, arrancando aplausos incluso entre el personal que estaba al otro lado de las cámaras.

—¡Eres famosa, mamá! ¡Verás cuando se lo cuente a mis amigos! — exclamó Luis lanzando el puño al aire e imitando el gesto de su hermano.

—Sí, muy famosa... ¡Ricard, Luis, nos vamos! —dijo airado tras mirar, nervioso, dos veces la hora en su reloj de muñeca aparentando prisa.

La frialdad y el desprecio que dejó ver en el sarcástico comentario cayeron como un balde de agua fría sobre todos, que se giraron a su voz con sorpresa.

Rick estaba saturado de tanta demostración afectiva, sí se alegraba de ver a sus hijos contentos; pero no del motivo, y eso lo llevó a ni siquiera dedicar un saludo, aunque fuese por simple y elemental educación, a las personas que conocía.

Él no tenía por qué haber venido, pero Candela y el inútil del marido iban a prolongar su estancia en Florencia por no sabía cuánto tiempo, sin preocuparles que sus nietos debían estar en dos días en la residencia de Dublín y había que supervisarles el equipaje; por lo que se vio obligado a

interrumpir sus vacaciones para acompañarlos en el viaje de regreso a Madrid y así tener la certeza de que no prolongaban sus días en la ciudad con la excusa de haber perdido el vuelo, pues sabía lo que les atraía la tierra italiana; mejor dicho: ¡las malditas chicas italianas!

Candela, que lo conocía sobradamente e imaginaba una parte de su disgusto, le dijo con voz dura:

—Son tus hijos, tu responsabilidad, tal como lo reclamaste.

—Mamá, déjalo, no merece la pena —le pidió Cisla, avergonzada por su descortesía y reprimiendo las ganas de lanzarle cuatro verdades.

Increíblemente, esta era la primera vez que se veían cara a cara desde hacía más de un año, que fue en la notaría para firmar el documento por el que él pasaba a ser único propietario de la casa que habían compartido, tras pagarle a ella la cantidad acordada.

Cisla observó que tenía más canas, sobre todo en la barba, algunas arrugas alrededor de los ojos y un poco de barriga que se le marcaba por encima del cinturón del pantalón a pesar del vuelo de la camisa; era evidente que su dieta alimenticia ya no era tan saludable. Parecía que el paso del tiempo no le trataba muy amablemente.

Sabía por sus hijos, que de manera espontánea hablaban de su padre y ella nunca les impidió, que salía con una mujer bastante más joven que él, otra en la larga lista, y a la que había incorporado en sus excursiones con Zorricel y Fernando, más los hijos de estos. Rodrigo y Zorrionia se divorciaron, lo que ocasionó que poco a poco perdieran contacto con Estrella, ya que su madre se marchó a vivir a Barcelona, llevándosela consigo. La comunicación de ella con Carmen se limitaba a algún comentario en Facebook, después de desbloquearla, y nada más. El matrimonio cortó toda relación con Rick, influyendo en la asiduidad con la que se veían los chicos. «Una lástima, pero

mejor no forzar las cosas», opinaba Cisla.

Ricard y Luis, tensos por el ambiente creado, se apresuraron en despedirse; aunque demorándose en el fuerte abrazo a su madre.

—Famosa... —volvió a la carga Rick, con más ganas que nunca de bronca—. Dinos cómo se llama tu *negro* y cuánto le pagas, escritora de pacotilla —remató con sorna hiriente.

—Papá... —El principio de recriminación de Ricard a su padre no pasó de ahí, pues la mirada que recibió fue suficiente para hacerlo callar.

—Hay cosas que no cambiarán nunca, Cardo.

Cisla les hizo un gesto a sus hijos para que salieran. Nunca habían presenciado una pelea entre ellos y así iba a seguir siendo. Sus padres y sus suegros, serios, permanecían juntos en un lateral de la pequeña sala.

Dago... Dago se estaba tragando la bilis que le subía a la boca ante la vista de ese ser deleznable. Si por él fuera, ya lo habría echado del edificio a patadas; pero tampoco quería anular a su esposa como si fuera un cavernícola. Lo cierto era que la tensión le hacía cerrar una mano en puño, quizás por si lo tenía que descargar sobre alguien, hecho que no le importaría. Inconscientemente, pasó un brazo por la cintura de ella.

Ricard y su hermano, expectantes, observaban desde el pasillo. Al principio fue una sorpresa saber que sus padres se divorciaban, todo estaba bien en casa, ¿no? Amaban a su madre; sin embargo, la perspectiva de irse a vivir a un minúsculo apartamento hizo que se quedaran con su padre, además de la insistencia o, más bien, imposición de su progenitor. Por eso esta situación les resultaba nueva.

Rick se adentró un paso en la habitación, mirándola de arriba abajo con lentitud, su único deseo era incomodarla, amedrentarla.

—Psss, no pienso responderte —le dijo Cisla con tono cansado e indolente, apoyándose en el cuerpo de su marido—. En otro tiempo te habría dicho mil lindezas, pero hoy... Ahora soy la mujer más feliz del mundo y tú, Cardo, no lo vas a enlodar. ¿Sabes por qué? —El silencio parecía electrificar cada palabra pronunciada—. Porque no hiere quien quiere, sino quien puede, y a ti te falta ese poder.

Dago la hubiera vitoreado a pleno pulmón, pero temía perder su contacto, que era lo único que le impedía partirle la cara al impresentable. Ahora entendía mejor algunas de las situaciones que ella le había narrado: ese hombre era un machista, y cualquier lucha contra él se convertía en un gasto inútil de energía.

Rick, al darse la vuelta para marcharse, se topó con la mirada asombrada de sus hijos. Esa furcia, por mucho que fuera su madre, no lo iba a humillar delante de ellos. Así que la encaró de nuevo y dio otro paso para que solo poco más de un metro los separara.

—Tienes razón en algo: hay cosas que nunca cambian, Fuencis. —El esfuerzo que hacía para hablar con calma no surtía efecto en sus ojos, que llameaban. Se inclinó ligeramente y sonrió con maldad—. Sigues sin tener un buen cuerpo que follar, maldita pu...

Nadie podría haber evitado lo que ocurrió a continuación.

Dago cortó el insulto agarrándolo por la pechera de la camisa para sujetarlo y estrellar un puño contra la sucia boca que ultrajaba a su esposa, sordo a los gritos de la familia. Aprovechando el impulso del golpe, se precipitó sin soltarlo hasta la pared más cercana. No le importó ver la sangre que le bajaba por la barbilla a esa escoria, ni sentir las manos de su mujer en la cintura alentándolo a que lo soltara.

—Amor mío... —le suplicó Cisla, asustada y con las lágrimas bañando

sus mejillas

Alberto cogió a su hija por los hombros y la obligó a retroceder, temeroso de que se viera en mitad de una pelea; aunque por lo que conocía al padre de sus nietos, Rick era un cobarde a la hora de enfrentarse a un hombre hecho y derecho, su valentía de machito salía a la luz con el que él consideraba «el sexo débil».

Sin apartar la atención de su objetivo, se percató de que su suegro se llevaba con él a la mujer que era su vida entera.

—*¡Maledetto bastardo!* —Lo golpeó contra la pared sin importarle que él lo asiera por las solapas de la chaqueta, a un palmo de su despreciable rostro—. Esta es la última vez en tu puta vida que le faltas al respeto, *¿capisci?* Ella es mi mujer, *¡mia moglie!*

—*¡Suéltame, puto italiano de mierda!* —Forcejeó contra el firme agarre que lo inmovilizaba.

—Si mi esposa o yo volvemos a verte, me encargaré de que mis amigos de Calabria te hagan una corta pero intensa visita de cortesía; ya conocemos tus gustos, ¿verdad? Seguro que te harían disfrutar mucho —le murmuró al oído.

Se apartó un poco para ver el efecto causado por la amenaza, que esperaba fuera creíble, pues lo cierto era que no conocía a nadie de la mafia calabresa; pero eso, si llegaba el caso, podía arreglarse, pensó con decisión y disfrutando de la repentina lividez que le había hecho perder el artificial bronceado que lucía.

—Me importa una puta mierda tus amenazas de mafioso —declaró mientras sentía que se le retorcían las tripas ante la escena que le pintaban.

Dago, ladino, sonrió.

—Y ahora, ¿sabes lo que hacemos con la basura, *maledetto bastardo*? —
Lo llevó con él hasta la puerta, haciéndole trastabillar al andar hacia atrás—.
¡La echamos a la calle!



Un día cualquiera...

La suave brisa marina no conseguía aliviar el sofocante calor contra el que la sombrilla, con su escueta sombra, poco podía hacer. Era uno de esos días plomizos cargados de humedad y tan típicos en la isla de Corfú.

Dago se giró sobre la toalla de playa para quedar de lado y poder observar mejor a su mujer, recostando la cabeza en la mano derecha. Le hubiera gustado acariciarle la espalda, pero temió sobresaltarla, no le extrañaría que se hubiera dormido.

Llevaban cuatro días de luna de miel; mentalmente tranquilos aunque agotados en el aspecto físico por muchas y variadas razones. Una de ellas, la asiduidad con la que recorrían las viejas calles de la antigua ciudad medieval, que tanto les gustaba y en la que siempre descubrían nuevos rincones para disfrutar, y el otro motivo era lo frecuente e intensamente que se amaban.

Llevó la vista al horizonte y su mente también viajó lejos, justo al momento en el que echó al indeseable de Cardo, cuyo mote le iba a la perfección, de sus vidas. No obstante, sabía que esto último era imposible, había dos hijos por medio y tarde o temprano se presentaría algún acontecimiento que requeriría la presencia de sus padres; pero ya se encargaría él de mantener a raya a ese bastardo. Cuando habló por teléfono con los chicos, pasadas unas horas, no lo dejaron explicarse pues comprendían lo sucedido; de hecho, discutieron con su padre al afearle el comportamiento que había tenido.

Minutos después de «sacar la basura», ya los ánimos más tranquilos, se despidieron de la familia y la limusina los llevó al aeropuerto, donde les esperaba el vuelo privado que los trajo a su paraíso particular. Se alojaron en el mismo hotel en el que se conocieron: Aphrodite Apartments. Podrían haberlo hecho en uno de lujo, pero este tenía un significado muy especial para ellos: el destino los reunió en él para iniciar juntos una vida feliz y plena.

—Hummm...

—Despertó mi bella Córceira —dijo con ironía mientras la veía estirar los brazos.

—Creo que ya me he tostado suficiente, ahora toca el otro lado, viejo Poseidón —comentó con una sonrisa en los labios, siguiéndole la broma referente a la leyenda que daba origen al nombre de la isla.

—Espera, que te echo crema —le dijo arrastrando por la arena el bolso

de playa para coger la caja redonda de su interior.

—¡Que me llenas! Déjalo, me voy a dar la vuelta y...

—No seas exagerada, solo han sido cuatro granos de arena —se excusó, poniendo una mano sobre su espalda para detenerla y a duras penas conteniendo la risa al verla hacer aspavientos.

—¡Pues me los he tragado enteritos, jolines! ¡Tú lo que quieres es manosearme!

—Eso ni lo dudes —le confirmó, dándole una nalgada antes de dejar caer en su espalda un poco de protección solar.

—¡Ay, está helada!

—¡¿Pero cómo va a estar fría si la acabo de quitar del sol?! —razonó haciéndose el ignorante.

—¡Pues igual es que a la sombra hace más calor! No importa, tú sigue —lo animó al sentir el agradable masaje sobre la piel—. ¡Qué gusto!

Dago disfrutaba provocándola, pero no tanto como paseando las manos por su cuerpo. Le desanudó la parte superior del bikini y dejó los extremos a los lados, la vio cerrar los ojos. Se incorporó para sentarse a horcajadas sobre ella, en sus muslos, y el leve roce de su miembro con el respingón trasero lo sacó del letargo en el que se había mantenido durante las últimas tres horas.

—Te puedo dar más *gustito* si quieres —le ofreció con una evidente demostración de a qué se refería al presionar justo donde sus piernas se juntaban.

—Muy ilustrativo, *professore*, pero sigue con tu faena. ¿Sabes en lo que pensaba?

—Difícilmente, *bella* —admitió, inclinándose para dejar un tierno beso

en el multicolor tatuaje al que, semanas atrás, había añadido otra mariposa. Según decía, dos mariposas representaban la felicidad conyugal y el goce de un buen matrimonio, y ante esa explicación no dudó en imitarla.

Cisla amplió la sonrisa. Estaba viviendo el sueño más maravilloso de su vida, atrás quedó el desagradable enfrentamiento con su ex, que no se merecía ni un mal recuerdo. Tanto su presente como el futuro tenían un solo protagonista: Dago, su alma gemela, que llenaba de color cada segundo que pasaba a su lado. Dibujó con el índice en la arena un enorme corazón.

Él le daba su tiempo para que hablara, como siempre. Su relación se basaba, además de en el inmenso amor que se profesaban, en el respeto por el otro y el entendimiento de la necesidad de tener cada uno su propio espacio; esto último no significaba desinterés por el trabajo de la pareja. Dago disfrutaba viéndola escribir; cuando le era posible, le gustaba sentarse en su despacho y leer con el sonido de fondo de sus dedos volando sobre el teclado y los incompresibles comentarios que ella murmuraba. Cisla, por su parte, había resultado ser una eficaz y entusiasta ayudante en sus investigaciones tanto de campo como en las bibliotecas públicas o privadas que él necesitaba visitar.

—¿Por qué no te habré conocido hace veinte años o más?

La pregunta quedó en el aire como si fuera un misterio oculto por el tiempo y que de pronto, al ver la luz, hay que descifrar.

Dago asintió con la cabeza, dejó a un lado la crema, hizo una rápida lazada con las cintas de algodón y se movió para girarla y tenerla de frente antes de volver a su anterior posición.

—Porque hace veinte años, amor mío, éramos otras personas —le explicó inclinado sobre su bronceado rostro—. Porque lo que hemos vivido durante ese tiempo, lo bueno y lo malo, nos ha hecho así: ser como somos hoy. Tú,

bella, perfecta para mí...

—Y tú, *mio* Dago, mi ideal de hombre; el soñado compañero. —A Cisla se le anegaron los ojos de lágrimas ante la comprensión del sencillo, profundo y acertado razonamiento de él—. Pero si...

—Yo amo lo que eres hoy y lo que serás mañana —declaraba con pasión, envolviendo el óvalo de su cara entre las manos para acariciarlo con las yemas de los dedos—. Adoro tu pereza al despertar, ese ronroneo de gatita hambrienta, tus impulsos locos, ¡hasta las palabrotas, puñetas! Las manías... El que seas imprevisible...

—*Mio*...

—Chisss... —Puso un dedo sobre su boca, que empezaba a hacer un puchero encantador—. Y lo más importante, *preziosità*, amo que me ames como me amas.

—Ese trabalenguas es lo más bonito que he oído nunca, jolines —apreció con un hilo de voz.

Era cierto, él amaba sus peculiaridades de la misma manera que ella adoraba las suyas.

Cisla levantó un poco la cabeza para darle un intenso beso. Le pasó las manos por el cuello y, cuando notó su rendición, lo empujó a un lado para que quedara de espalda en la toalla.

—Lo dicho: imprevisible —remachó Dago entre risas y con las manos en las caderas de la mujer que, a horcajadas sobre su bajo vientre, le revolucionaba todos los sentidos.

—¿Quieres saber cuánto, cómo y por qué te amo yo, Maxidago?

La estruendosa carcajada que le provocó el remate de la pregunta fue el momento idóneo para que ella se pusiera en pie de un salto y lo mirara con una

picardía que provocó un conocido cosquilleo en una parte de su anatomía que se apresuraba en estar disponible para lo que se la pudiera necesitar.

—Creo que me lo imagino, provocadora —contestó mientras se incorporaba para quedar sentado.

—No tienes ni puñetera idea. ¡Tendrás que atraparme para saberlo!

Las dos últimas palabras las lanzó sobre el hombro izquierdo, corriendo por la abrasadora arena hacia el agua y dando pequeños gritos porque se quemaba.

Dago, divertido con la descompasada carrera en busca de refresco para sus pies, se llenó los ojos con el perfil de la silueta que el sol, descarado, recortaba.

—¡Cómo te amo, *santa Madonna!*

Se inclinó hacia el corazón que ella había hecho y dibujó en el interior sus iniciales: una *D* grande para que albergara y protegiera a la letra más bonita del alfabeto: la *C*.

Se volvió a ella y la vio chapotear entre las olas, feliz como siempre quería que estuviera.

—¡Estás tardando, Maxidago!

Se levantó y empezó a ir a su encuentro despacio, dejándose ver y señalándola con un dedo.

—¡Eso lo va a pagar caro, señora Strozzi!

El nervioso chillido de excitación era la respuesta que esperaba, incluida la precipitada y torpe huida hacia el interior de ese mar que la acogía entre rizada y blanca espuma. La luz reverberaba en su dorada piel arrancando destellos que la hacían parecer una criatura mitológica. «*Córcira, la hija del dios Asopo y la arcadia Métope, a la que yo, Poseidón, volvería a secuestrar*

una y mil veces con tal de tenerte siempre conmigo», pensó recreándose en la divina visión.

Se apartó el cabello de los ojos y no lo demoró más, en dos zancadas se sumergió y nadó con rápidas brazadas hasta su esposa.

Mientras, la imagen de aquel domingo viéndola descender las escaleras del hotel inundó su mente y recordó lo que entonces le susurrara, para volvérselo a repetir con ella entre los brazos y un frenesí que, segundo a segundo, crecía preñado de una pasión que nunca los abandonaría a lo largo de su dilatada y venturosa vida.

El vaivén de las olas amainó la fuerza con la que acariciaba los dos cuerpos, de manera que su bullicioso batir no velara las cuatro palabras que su dios quería verbalizar y que para él eran una verdad indiscutible.

Cuatro palabras inolvidables, cuyo significado iba más allá de lo que nadie pudiera siquiera imaginar...

Cuatro palabras que abarcaban todo un universo:

—*Bella, la più bella.*



Fin

Agradecimientos

He buceado en Google buscando una cita que pudiera abarcar lo que la historia de Fuencis encierra, quizás resulte prepotente por mi parte tal empeño; pero soy de la opinión de que todas las novelas llevan una moraleja, solo hay que saber buscarla. He encontrado verdaderas perlas de sabiduría, como si hubieran sido inspiradas por mi protagonista.

Dos ejemplos de lo anterior: «La mejor edad de una mujer es cuando deja de cumplir años para cumplir sus sueños» y «A veces hay que pasar por caminos difíciles para llegar a destinos maravillosos». Sí, así ha sido lo que Cisla, antes Fuencis, nos ha querido transmitir al mostrarnos en días puntuales lo que anhelaba, su plácida rutina, la oculta e inimaginable realidad y la valentía al dar un golpe en la mesa y gritar a los cuatro vientos que ella se merecía más, ¡mucho más!

Como mis lectoras cero y también amigas, o viceversa, a las que mencionarlas aquí se me antoja poca cosa: Beatriz Betegón y Genne L. Paris, dos buenas escritoras y mejores personas; gracias, chicas, por vuestra paciencia (cuando la tuvisteis), sabios consejos y ánimo. Y Genne, mil gracias por tu regalo de las fotos que ilustran el libro. Se os quiere mogollón.

No me olvido de mi ilustradora preciosa y dicharachera: Lidia S. Balado; así como de Luce Wd Teller, chilena bonita; l@s wadloadict@s y el grupo Fans Libélula, locas con el nuevo miembro: Pato pollo. Es imposible nombrar a todas las personas a las que agradezco que me sigan en las redes sociales, su fidelidad a la *Saga Los Wadlow* y el continuo interés que demuestran al querer saber más de mis proyectos. A todas ellas, mi profundo y más sincero agradecimiento.

Y cómo no, a quien me acompaña día y noche en este largo y fascinante periplo: José Luis, mi esposo; nada sería igual sin ti, amor.

Si os preguntáis qué será lo próximo, solo os diré un nombre y un lugar: Qasim en la Córdoba de los Omeya... Y mientras esta obra ve la luz, otra se irá revelando: *La Galería*.

Amigos, esto es solo un *hasta luego*. Aún quedan muchas historias por

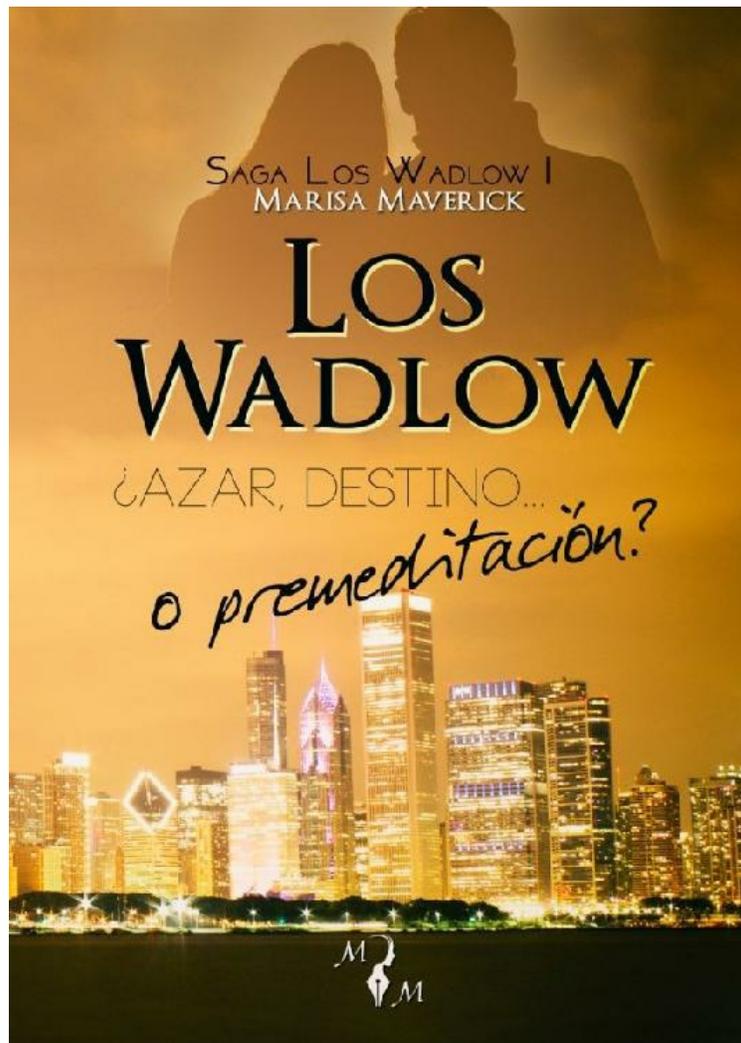
contar, aún queda mucho por soñar...

Marisa Maveich

Saga Los Wadlow

Los Wadlow I

¿Azar, destino... o premeditación?



Sinopsis

«Chicago, la ciudad de los vientos. Viernes...»

Celebrar el buen fin de su último caso en los tribunales fue la razón que llevó a Kathy a entrar en ese afamado local. Aceptar, y solo por esa vez, la insistente invitación de su compañera de trabajo para tomar una copa, el motivo de Adam.

El amor surgirá entre ellos de forma arrolladora, con una pasión que marcará sus propios tiempos. Y esa será la fuerza que los ayude a enfrentarse tanto a personas que quedaron en el olvido como a miedos y traumas del pasado.

Sin embargo, un estricto sentido del deber, unido al imperioso deseo de hacer justicia, llevará a un miembro de la familia Wadlow a remover acontecimientos del ayer. Pero toda acción conlleva una reacción, que afectará de forma implacable a sus seres más queridos y empujará a la joven pareja hacia un letal peligro que decidirá su futuro.

¿Quizás el **azar**, caprichoso, les jugó una mala pasada?

¿Tal vez estaban marcados por el **destino**?

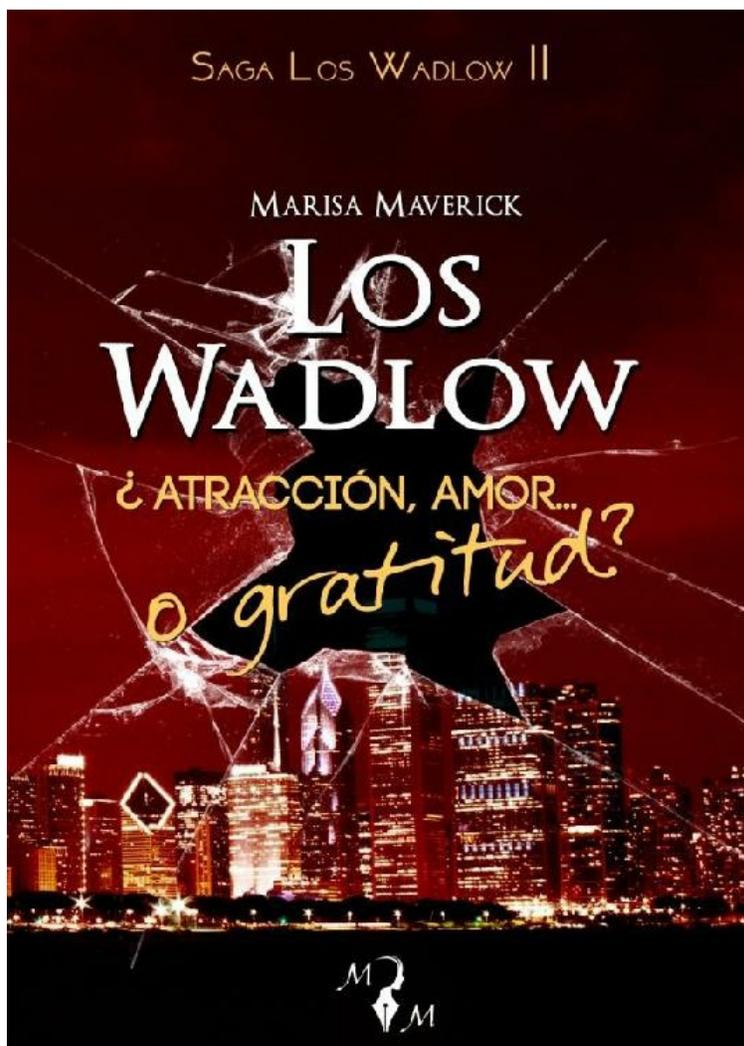
¿O el que sus caminos se cruzaran solo fue **premeditación**?...

Como cita Norbert Wadlow: *Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.*

Saga Los Wadlow

Los Wadlow II

¿Atracción, amor... o gratitud?



Sinopsis

Traicionado y manipulado. Insultado y despreciado en su hombría.

Johan Wadlow, educado en los principios de amor a la familia, respeto a la ley y fidelidad a la pareja, vio que todo ello era despiadadamente pisoteado. Sus sueños fueron arrollados por una avaricia sin fin. El amor que entregó, azotado por el látigo de la oculta lujuria de *ella*. Y su personalidad, simplemente, anulada por un espejismo.

Con el corazón sangrando, ¿es posible superar tanta humillación y digerir que solo has sido un títere en las codiciosas manos de la persona que amabas?

Tal vez no acertó en sus decisiones... Quizás cuando quiso dar un paso al frente ya era tarde, paralizado por el temor a las consecuencias. Por todo ello, hoy es un hombre destruido que sobrevive con la esperanza puesta en un futuro más amable.

Sin embargo, un acto de total generosidad convulsionará su vida y le traerá...

¿Satisfacer una mera **atracción**?

¿Un **amor**... sincero?

¿O **gratitud** como moneda de pago?...

Que los hados le sean propicios y escuchen su anhelo lanzado al viento:

Ven a mí...

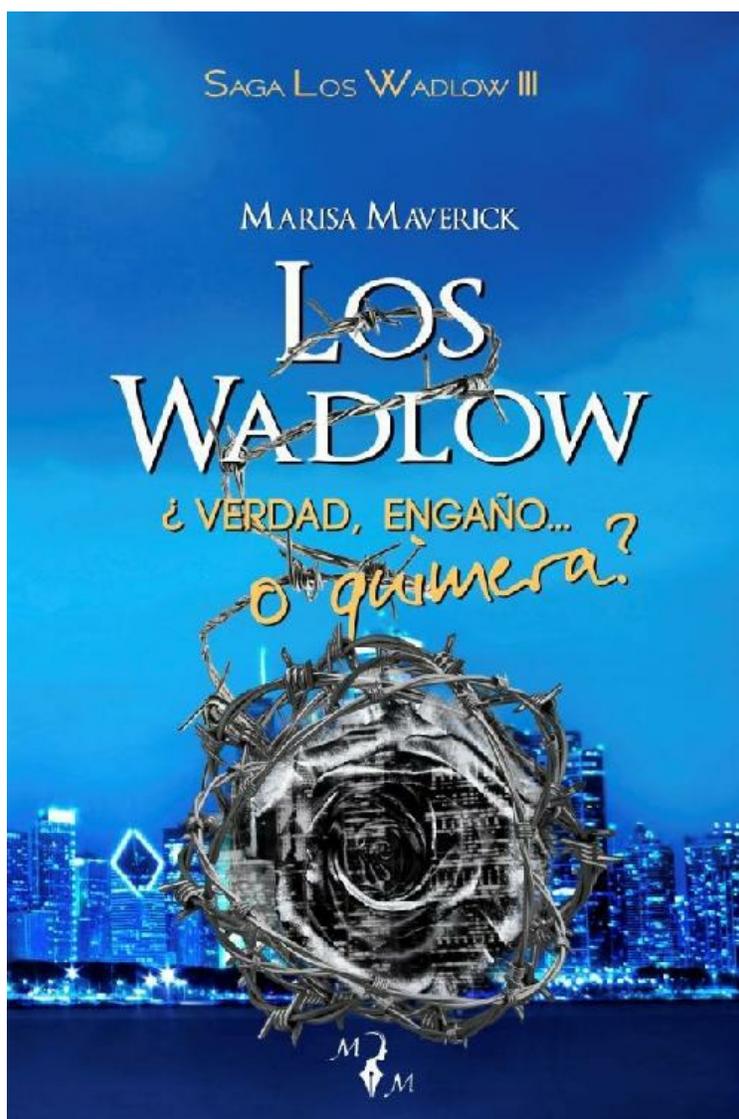
Norbert, su padre, tal vez tenga la respuesta al citar:

«Si vis amari, ama»

Saga Los Wadlow

Los Wadlow III

¿Verdad, engaño... o quimera?



Sinopsis

La vida de Diane no tuvo un buen principio, pues ya desde el vientre materno su futuro estaba sentenciado: ser abandonada a las pocas semanas de su nacimiento. A pesar de tan trágica circunstancia, nunca le preocupó no saber quiénes eran sus progenitores ni el porqué de su abyecto proceder.

Peter, su marido, es un hombre de carácter tranquilo, ecuánime en sus juicios y de modales elegantes. Pero hoy, con temor e impotencia, ve que tanto ese aplomo como la estabilidad de su matrimonio son puestos a prueba por hechos nunca imaginados y por... *ella*.

Esa mujer que vuelve a lanzar al aire la moneda de la necesidad y la sensatez con la que apuesta, y juega, como en el pasado; salvo que ahora con mayor motivación.

Se avecinan tiempos convulsos para la pareja. El destino, cual frondoso y traicionero rosal, los abrazará entre sus espinosos tallos mientras los aturde con la gélida fragancia de una acerada rosa sin igual. Por ello...

¿Cómo afrontar tan perturbadora **verdad**?

¿Y si tan solo se trata de un **engaño**?

¿O es mejor vivir en una **quimera**?

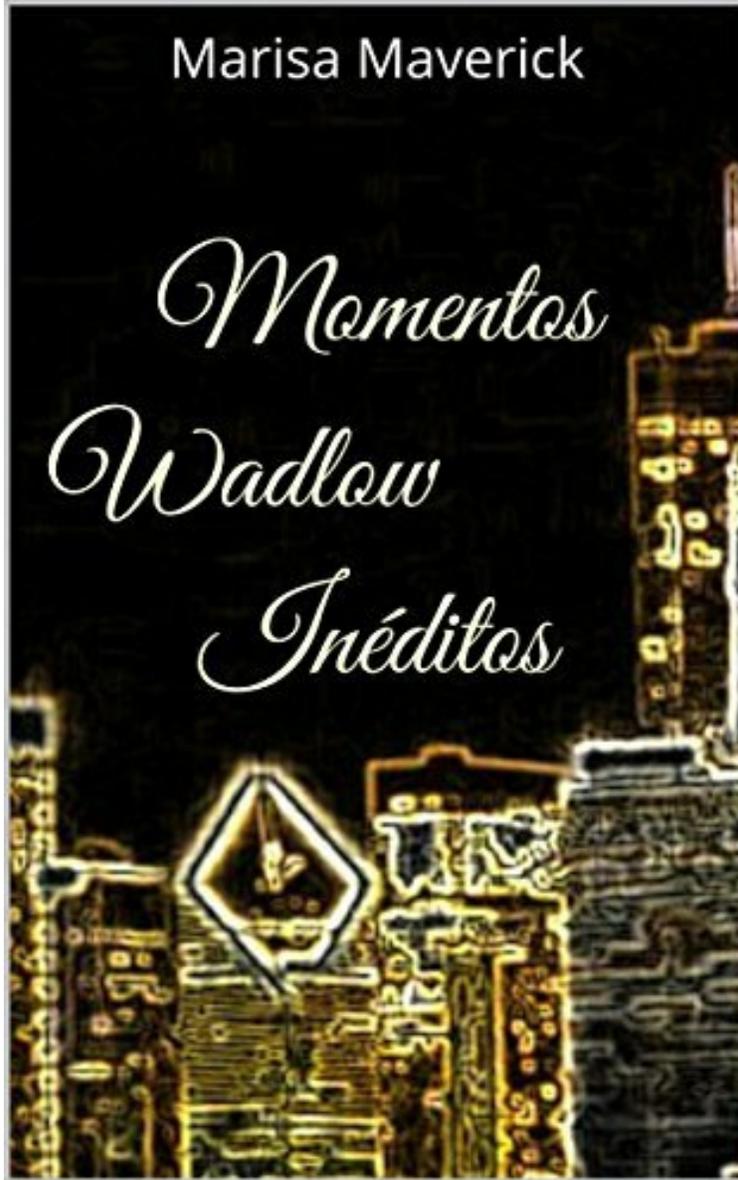
Como siempre, y de forma acertada, Norbert les dará la clave:

Veritas filia temporis

Momentos Wadlow Inéditos

Marisa Maverick

Momentos Wadlow Inéditos



Sinopsis

La vida de la familia Wadlow continúa más allá de lo que hemos conocido en las dos entregas de la saga.

En diferentes situaciones sabremos de su día a día a través de Diane con sus buenas intenciones; Norbert y sus celos ¿injustificados? Adam se nos presentará en una faceta desconocida incluso para su esposa, así como Anthony aceptará cumplir una inocente petición navideña.

Adéntrate en el mundo Wadlow, siéntelos y deja que su espíritu anide en tu corazón.

El secreto de la cueva



Sinopsis

Peter y sus primos, Johan y Adam, habían entrado muchas veces en esa cueva, siempre jugando a ser unos valientes exploradores. Por ello, después de un increíble juramento con el que se aseguraron de que sería un secreto dónde se hallaba, deciden enseñársela a sus nuevas amiguitas y aventurarse juntos en el interior de la conocida caverna.

Pero... ¿Qué sorpresas les espera en el laberinto de estrechos, fríos y oscuros túneles?
¿Cómo es posible que haya...?

—¡Sigue, abu!

Le pide una y otra vez su impaciente nieta, abrazada a *Pelitos*, para que continúe leyendo el capítulo que toca esa noche.

¿Y tú, quieres saber también más?

Biografía

Marisa Maverick nació en El Bierzo (León) y reside en el Campo de Gibraltar (Cádiz). Aficionada a la lectura desde la infancia, nunca se planteó tomar la pluma; pero por esos giros de la vida, y alentada por familiares y amigos, inició su andadura en el subyugante mundo de la escritura con el relato *Esperanza*, perteneciente a Regalo de Navidad.

¿Azar, destino... o premeditación?, ¿Atracción, amor... o gratitud? y ¿Verdad, engaño... o quimera? conforman la Saga Los Wadlow, que se ve complementada con escenas nuevas en *Momentos Wadlow Inéditos*.

El secreto de la cueva, cuento infantil inspirado en los personajes de dicha saga y con ilustraciones de Lidia S Balado, ha sido aceptado y forma parte de la Multicultural Regional Library of Kentucky State, USA.

En una breve incursión en el género paranormal, publicó el relato *Maldita perfección* en la antología *Cuentos para incrédulos*.

Todas estas obras están disponibles en la plataforma Amazon.

Actualmente, se halla inmersa en varios proyectos que en breve verán la luz.

Puede encontrar más datos de la autora y su obra en:

Facebook, @marisamaverickescritora

Twitter, @MarisaMaverick

Página web, marisamaverick.wordpress.com

